BIBLIOTECA DE POETAS AMERICANOS

E. Isaza

Antología Colombiana

TOMO I

PARIS

Librería de la Vda de [illegible]

ANTOLOGÍA COLOMBIANA

COLEGIDA

POR

EMILIANO ISAZA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO I

LIBRERÍA DE LA V^da DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1895

ADVERTENCIA

Al ordenar la *Antología Colombiana* hemos tenido á la vista la *Antología de Poetas hispano-americanos*, que por encargo de la Real Academia Española publicó D. Marcelino Menéndez y Pelayo; el *Parnaso Colombiano*, de D. Julio Áñez, y la *América Poética*, de la casa de Bouret; casi todas las ediciones especiales de poesías colombianas, hechas en Europa y en América; el *Repertorio Colombiano*, dirigido por D. Carlos Martínez Silva, « la más notable publicación de su género que hasta ahora ha aparecido en la América española », y varios periódicos de Bogotá en los cuales se han dado á luz algunas de estas poesías.

« El romanticismo », dice el ilustre académico á quien hemos citado, « arrancó en Bogotá y en Popayán magníficos acentos de amor y de ira á los espíritus ardientes é indómitos de José Eusebio

Caro y de Julio Arboleda, y en las montañas antioqueñas suspiró con inefable melodía en las dulces estrofas de Gregorio Gutiérrez González. Al mismo tiempo, la escuela lírica del siglo pasado, renovada y transformada en cuanto al espíritu, tuvo en D. José Joaquín Ortiz un excelso representante. En estos cuatro poetas líricos, tan diversos entre sí, se cifra lo mejor del tesoro poético colombiano, al cual la posteridad juntará las obras de algunos ingenios vivos, de los cuales hay tres, por lo menos, que escasamente encuentran rivales en América. Á nadie se hace ofensa con afirmar verdad tan notoria como que el Parnaso colombiano supera hoy en calidad, si no en cantidad, al de cualquiera otra región del Nuevo Mundo. »

Basta estar medianamente al corriente de la literatura colombiana, para comprender que en tan acertado juicio se alude á D. Miguel Antonio Caro, D. Rafael Pombo y D. Diego Fallon; pues éstos y los cuatro antes citados son los siete poetas mayores de Colombia, sin que esto quiera decir que entre los menores no haya algunos muy notables.

En las *Cartas Americanas*, califica D. Juan Valera la poesía colombiana de « aristocrática, culta y atildada », y dice que « claro se ve que en Colombia es cultivado con amor y con atinado

ahinco nuestro patrio idioma; que en Colombia ha nacido Rufino José Cuervo. Todas las locuciones vulgares, todas las adulteraciones que pueblo tan remoto de España ha introducido en el lenguaje español quedan tan estudiadas y corregidas en las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, que no hay rastro de ello en la buena poesía.» Tan justo y merecido es este elogio, que no hay escritor colombiano que no rinda parias al señor Cuervo en materia de idioma y no se precie de ser su discípulo.

Como se ve, antes que emitir nuestra propia opinión sobre la literatura de que tratamos, preferimos dejar oír la autorizada é imparcial voz de dos grandes escritores españoles, cuyas obras se leen y admiran dondequiera que se habla la lengua castellana.

En nuestra antología hallará el lector las más preciosas joyas de la poesía colombiana, aun las de más reciente data, tales como la admirable oda del P. Teódulo Vargas *El Crucifijo del jesuita*, que es sin duda una de las mejores, si no la mejor, de la colección.

En general, no incluímos en ella sino poesías originales: las únicas excepciones que hacemos á la regla son *Á Virgilio* y *El Buey* de Carducci, *El Amor verdadero* de Shakespeare y *La Copa* de

Sully Prudhomme, sonetos traducidos por Caro; el celebrado soneto de Blanco-White *El Despertar de Adán*, traducido por Pombo; el *Salmo de la vida* de Longfellow, por Conto, y *La Partida* de Byron, por Escobar.

Con el fin de aclarar ciertos pasajes del texto, hemos puesto al pie algunas notas explicativas, especialmente en las composiciones jocosas.

No figura en esta colección la bella oda del Ilustrísimo señor D. Rafael Celedón, Obispo de Santa Marta, *Al Concilio Vaticano*, porque no hemos podido conseguirla.

Sentimos que las obligadas dimensiones de este libro no nos permitan incluir en él algunas composiciones de otros poetas.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Principiamos esta Antología por el más popular de los poetas colombianos, cuyas estrofas andan en boca aun de gente que no sabe leer. Hablando de Gutiérrez González, dice D. Salvador Camacho Roldán: « Cuando los cantos de un poeta han ido más allá del campanario de la aldea, y vagado en alas de las auras, y han sido repetidos por el murmurio de los arroyos, y reproducidos por el eco de las colinas, y antes que aplaudidos en los palacios del rico, han alegrado las vigilias en las cabañas de los pobres, y resonado en tierras remotas, entonces está medio ganado el pleito de la fama. Y si reducida á polvo la generación que primero los oyó, tal vez indiferente, los cantos levantan la losa de los sepulcros y tornan á repetirse en los ecos, y otras y otras generaciones confirman el fallo, entonces se ha pronunciado la sentencia infalible, y la gloria envía desde lo alto coronas de luz á alumbrar para siempre un nombre decorado con el sello de la inmortalidad. » Examinando D. Rafael Pombo el *¿Por qué no canto?*, juzga que en él « el desempeño excedió á toda esperanza por su originalidad y primor, y cuatro solas de esas estrofas debieron colocar en el acto á su autor en primera línea entre los líricos castellanos dondequiera que á la calidad y no á la cantidad se adjudique la palma de oro. » Gutiérrez González comenzó y terminó la edición que de sus poesías hizo en Medellín por una composición *Á Julia*, como para dar á entender que ella, mujer noble y santa si las hay, fué el principio y el fin de su inspiración; y al pie de un retrato suyo que

el poeta regaló á Julia escribió este cuarteto, expresión fiel de sus delicados sentimientos :

> Son nuestras almas místico rüido
> De dos flautas lejanas, cuyo son
> En dulcísimo acorde llega unido
> De la noche callada entre el rumor.

Sentimos no disponer de espacio suficiente para reproducir la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, « poema bellísimo que con gusto prohijaría Virgilio » (Cuervo). Nació Gutiérrez González en la Ceja del Tambo, Departamento de Antioquia, el 9 de Mayo de 1826, y murió en Medellín el 6 de Julio de 1872.

A JULIA

Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos (1).

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

(1) Para que se entienda rectamente este cuarteto y desaparezca la aparente contradicción que hay entre los versos primero y cuarto, conviene advertir que « vencido » está usado en lugar de « rendido »; que la familia del poeta y la de quien más tarde fué su mujer vivían cerca una de otra y estaban unidas por lazos de estrecha amistad; que ellos se conocieron y trataron desde niños, y que después de dificultades y ausencias obligadas para poder él terminar sus estudios en Bogotá, se hallaron « por fin juntos los dos. »

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie;
Y de la senda en la áspera pendiente
Á mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Que te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz.

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

¿POR QUÉ NO CANTO?

Á DOMINGO DÍAZ GRANADOS

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera
Cuando hechicera inspíranos la edad,
Y publicamos necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar.

Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,
Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
¡Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
Puede tranquilo el corazón gozar;
Sólo en secreto sus favores presta,
Siempre modesta,
La que el hombre llamó *felicidad*.

¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que, herido,
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pie grabado
Un nombre amado por nosotros fué,
Debe á los cielos levantar sus notas,
Ó hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará....

Pero cantar cuando jamás se eleva
Y el aire lleva
Perdida la canción, ¡triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
De enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir á su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
Al sentimiento más nobleza das;
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laúd... Debes cantar.

¡Canta, y arrulle tu canción sabrosa
Mi silenciosa, humilde oscuridad!
¡Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir!... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

AURES (1)

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de AURES descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

---

(1) Heredad paterna, que el poeta se vió forzado á vender por haber venido á menos en bienes de fortuna. Se le dió el nombre de *Aures* á causa de sus ricas minas de oro.

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul....
La dicha que forjaba entonce el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques
Correr los años de mi infancia ví;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia....
¡Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña.
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, ¡adiós!

¡Á NADA!

Estaba un día el poeta ocupado, y quizá de mal humor, cuando le presentaron un merengue que le enviaba su amiga Edelmira, con este recado: « Que le diga á qué sabe »; á lo cual contestó: « Dígale que á nada ». La obsequiosa señorita, que á su vez había recibido como regalo el exquisito merengue de manos de unas amigas suyas, no quedó naturalmente muy satisfecha con la contestación; así se lo manifestó al poeta apenas le vió, y él entonces, en desagravio, le escribió estos versos.

I

¿Me preguntas, Edelmira,
Á qué me supo esa pasta
Llamada por ti merengue?
Pues oye: me supo á nada.
A nada, muy formalmente
Te lo repito: esto basta.

—

El sabor es, Edelmira,
Cual la voz, cual la mirada,
Cual todo lo que sentimos
Y cuyo juez es el alma.
Y si no, dime, ¿qué dicen
Los pájaros cuando cantan?

¿Qué dicen cuando murmuran
En blancas guijas las aguas?
¿Qué dice la blanda brisa
Cuando tropieza en las ramas,
Y el fiero mar que se escucha
Cuando colérico brama?
¿Qué los truenos cuando rugen
Y entre las nubes estallan?
¿Qué los volcanes publican
Cuando vomitan su lava?
¿Qué se oye, di, cuando suenan
Repicando las campanas,
Y de un péndulo el latido,
Y el de un perro cuando ladra?
Dime, ¿no es cierto, Edelmira,
Que brisas, rumores, auras,
Truenos, volcanes, sonidos,
Son mudos, no dicen nada?

—

¿No has visto tú algunos ojos
Que nos miran y que callan?
¿No has visto algunas sonrisas
Que entre dos hoyuelos vagan,
Ó bajo naciente bozo
Furtivamente se escapan?
¿Qué dicen esas sonrisas,
Mudo lenguaje del alma?

—

En el campo, á la oración,
¿No has estado reclinada

Mirando pasar las nubes
Que en mil grupos se abrillantan,
Que se escarmenan, se apiñan,
Negras, plomizas ó blancas,
Cuando el sol al esconderse
Débiles rayos les lanza?
Y allí mismo en esas horas
En el césped recostada,
¿No oíste mugir los toros,
No oíste bramar las vacas,
Y del caballo el relincho,
Y el balido de las cabras,
Currucutear (1) las palomas,
Y al gallo cantar, si canta?
¿No oíste de las gallinas
La monótona algazara,
Cuando disputan un puesto
De un árbol entre las ramas,
Y susurrar las abejas
Cuando anhelantes enjambran,
Y á la torcaz que solloza
Cuando todo rumor calla?
Edelmira, di, Edelmira,
Todo esto, ¿qué dice? Nada.

II

Á nada, es decir, á todo,
Porque esta palabra vaga,

---

(1) Voz onomatopéyica, usada en el sentido de *arrullar*

Como el maná del desierto
Á cualquier gusto se adapta.
Se escucha lo que se quiere
Porque es fotógrafa el alma,
Y con su luz un deseo
Es realidad y resalta.
Y si no, dime, Edelmira,
Cuando los pájaros cantan,
¿No te expresan lo que anhelas,
Lo mismo que oculto guardas?
Cuando las aguas murmuran,
¿No responden en su habla
Á una pregunta secreta
Que estás haciendo aunque callas,
Respuesta que á nadie pides,
Pero que confiada aguardas?
Y en las brisas apacibles
Cuando sacuden sus alas,
¿No escuchas en tus oídos
Los mil suspiros que pasan?

III

Nos forja la fantasía
Lo que la mente anhelara,
Y oímos lo que queremos
Si repican las campanas,
Si mugen fieros los toros,
Si braman tiernas las vacas,
Si melancólica arrulla
La paloma enamorada,

Si el relincho percibimos
Del alazán cuando escarba,
Ó el ladrido de los perros,
Ó el gallo criollo que canta,
La torcaz que se lamenta,
Ó las cabras cuando balan.

—

El mar, el volcán, el trueno,
¿ No te espantan cual te espanta
La realidad de un martirio
Que sus sonidos retrata?
En las nubes caprichosas,
Que tímidamente vagan,
¿No ves fantasmas, vestiglos,
Demonios, ángeles, hadas,
De púrpura inmensos ríos,
De plomo negras montañas,
Formando así tu capricho
La figura deseada?

—

Las sonrisas dicen mucho,
Dicen más que las palabras,
Crepúsculo vespertino
Ó tinte róseo del alba,
Ya sean de ira ó despecho,
Ya de amor ó de esperanza.
Y los ojos, ¡ oh Edelmira !
El telégrafo del alma,
¿ Cuántas cosas no nos cuentan
Con una sola mirada?

¡Oh! Cuán amargas las penas
Son en las horas calladas
De una noche de aflicción....
¡Tan lentas horas no acaban!
Y por eso los murmullos
Que llegan á la almohada
Nos dicen cosas tan tristes,
Que mejor fuera ignorarlas.
Y si postrada en el lecho
Sientes la fiebre que mata,
¿No oyes que el péndulo imita
De la muerte las pisadas,
Cuando palpitando acordes
Tu sien y el péndulo marchan?
Que el péndulo y las arterias
Compás acordado marcan,
Á la sangre que circula
Y al tiempo fugaz que pasa.

—

En fin, sonidos, rumores,
Sombras, sonrisas, miradas,
Volcanes, nubes y truenos
Dicen todo, ó dicen nada.

IV

Convengamos, Edelmira,
En que no sabiendo á nada
Ese merengue exquisito,
Mil cosas ocultas guarda.

Yo al probarlo estaba viendo
Esas manos delicadas
De las graciosas criaturas
Que aéreas cosas amasan;
Creí que estaba leyendo
El interior de sus almas,
Y en su limpio fondo escritas
Sus ilusiones galanas.
Me supo, y me supo á mucho.
Porque no me supo á nada....
Y veía, sobre todo,
Que aquella bendita pasta,
Pasando antes por las tuyas,
Luego á mis manos llegaba;
Y pensando en ti leía
Lo que allá en tu pecho pasa.
Donde á leer he aprendido
Por tu voz y tu mirada.

—

Concluyamos, Edelmira,
¿Á qué me supo esa pasta?
Á lo mismo que estos versos:
Me supo á todo y á nada.

LAS DOS NOCHES

Á DEMETRIO VIANA

¡Oh! ¡noche oscura! ¡oscura, oscura noche!
Voy á matar mi luz artificial,
Y me quedo conmigo en otra noche
Más oscura que tú, mi propio mal.

Entre dos pabellones que se elevan
Si negro es el de arriba, el mío es más:
De esas cortinas ¿cuál me infunde miedo?
Me infunde miedo la que tengo acá.

Voy á mi lecho, estrujo mi ropaje,
Dando sin descansar vueltas en él;
Vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
Y oscuridad en su contorno ve.

Pero en su fondo no, pues dondequiera
Algo hay que punza y en relieve está:
No se puede borrar de la conciencia
Lo que puede borrar la oscuridad.

Los ojos hacia dentro, te aseguro,
Los infusorios de la vida ven,
Microscópicos seres que un cocuyo
Con su luz vacilante hace tremer.

LA ORACIÓN

Bien hace aquel que prosternado cae
Y confiesa y alaba á su Señor;
Creer y confesar tal vez lo salven,
Pero es dulce, es mejor pedirle á Dios.

Confiad en la oración, llama que sube
Hasta las salas de la eterna luz,
Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Las plegarias, que son alas del alma,
La llevan recta hasta encontrar á Dios,
Y oración que á su trono se lavanta
Baja trayendo alguna bendición.

Pedidle á Aquel en cuya mansa boca
Tantas promesas para todos hay;
No temáis implorarle á todas horas;
Creed en el *Pedid y se os dará.*

Si no alcanzáis lo que pedís fervientes
(¡Misterioso poder de la oración!),
Encontraréis de los pedidos bienes
Después de orar, necesidad menor.

. . . .

Á JULIA

« Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos. »

Así te dije; ¡oh Dios!... ¡Quién creería
Que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó!

¡Con cuánto orgullo yo añadí : mi brazo
Te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
Risueño, ufano, al mundo lo mostré.

¡ Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer :
Mas el débil fuí yo, yo fuí el vencido;
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir.

Basta para una vida haberte amado :
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
Mas sólo incontrastable hallé mi amor.

Julia, perdón si al fin de la carrera
Fatigado y sin fuerzas me rendí....
¡Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz!

Tú fuiste para mí como la roca
Al solo y casi náufrago bajel,
Que, el ancla en ella al arrojar, provoca
Las tempestades que en contorno ve.

Empero, la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.

Fué desigual la unión de nuestros lares :
Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
Tú dándome tu amor, yo mis pesares....
¡Oh! ¡debiste salvarte, sola, tú!

Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como yo debes hallar
Un consuelo supremo : Julia, escucha :
Si no como antes, nos amamos más.

JOSÉ EUSEBIO CARO

Las siguientes autorizadas palabras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo sintetizan el carácter y la obra de este insigne poeta : « José Eusebio Caro fué el más lírico de todos los colombianos, por lo profundo é intenso de su vida afectiva, la cual expresó con rara franqueza y viril arrojo en versos de forma insólita, que bajo una corteza que puede parecer áspera y dura, esconden tesoros de cierta poesía íntima y ardiente, á un tiempo apasionada y filosófica, medio inglesa y medio española, que antes y después de él ha sido rarísima en castellano. La extraña y selvática grandeza de la poesía de Caro procede enteramente de la grandeza moral del hombre, que fué acabado tipo de valor y dignidad humana.

> Poeta fué, y altísimo poeta;
> No por poeta, empero, mas por grande....

ha dicho de él D. Rafael Pombo, uno de los espíritus más dignos de comprenderle ». Principiamos esta sección con la oda *La Libertad y el Socialismo*, « la más arrogante y magnífica de sus inspiraciones líricas ». Nació Caro en Ocaña, Departamento de Santander, el 5 de Marzo de 1817. Su enérgica y varonil actitud en la política de Colombia, en defensa de la justicia y el orden, le obligó á emigrar á los Estados Unidos; y poco después de regresar al puerto de Santa Marta, Departamento del Magdalena, murió allí de fiebre amarilla, el 28 de Enero de 1853.

LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO

Oda en conmemoración del día 7 de Marzo de 1849, en que el general José Hilario López fué proclamado presidente de la Nueva Granada, á virtud de la violencia que una turba armada practicó sobre el Congreso; dedicada á la juventud republicana de la Nueva Granada.

> O HOMINES AD SERVITUTEM NATI!
> (Exclamación que Tácito pone en boca de Tiberio, cansado ya de la abyección de los Senadores romanos).

I

¡Oh López! sal, pregunta por la tierra
¿Cuál es más vil y odioso de los dos;
El salteador que al monte se destierra
Y hace á los hombres sin disfraz la guerra,
Mofándose de Dios;

II

Ó el fariseo infame que de hinojos
Ora contrito al pie del sacro altar
Y va, con dulce voz y dulces ojos,
Del huérfano y la viuda los despojos
Hipócrita á usurpar?

III

¡Oh, siglos ha que el punto está juzgado!
Mas falta aún que aprenda el mundo á ver
Con menos odio al rey que, rey criado,
Mira á su especie cual servil ganado
Nacido á obedecer,

IV

Que al demagogo que en traidor arcano
Celando su venganza y ambición,
Hace la corte al pueblo soberano
Sube al poder, y ejerce á salva mano
Rapiña y proscripción.

V

Que esa ambiciosa inquieta hipocresía
No es menos vil que la falaz piedad:
¡Ni hay opresión cual esa tiranía
Que usurpa con sacrílega ironía
Tu nombre, Libertad!

VI

¡Oh Libertad, tres veces santo nombre,
Del alma la más bella aspiración!
¡Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

VII

¡Oh Libertad! yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al son de mi laúd;
Que desde niño amaba en ti mi mente
El bien mayor que dió á la humana gente
El Dios de la Virtud.

VIII

Con la Virtud en mí te confundías,
Con la Justicia, con la dulce Paz:
¡Jamás, cuando ante mí resplandecías,
Manchadas con el crimen me traías
Tus manos ni tu faz!

IX

Á amarte pura me quedé enseñado;
Por tu pureza te conozco bien;
Mi corazón me anuncia tu reinado
Como la imagen del glorioso estado
Del hombre en el Edén.

X

— Los hombres todos por su ser iguales
Ante una ley de universal amor,
Y sólo por sus obras, desiguales,
Como lo son sus obras inmortales
Delante del Señor....

XI

Todos seguros en los varios modos
Con que á su bien, sin daño ajeno, van;
Sí, todos libres, responsables todos,
Sin distinción de títulos ni apodos
Que orgullo y odio dan....

XII

¡El justo, blanco ó negro, hermoso ó feo,
Estrecho ú opulento en su vivir,
Inglés ó chino, jesuíta, hebreo....
Y aun el cegado inofensivo ateo,
Pudiendo en paz dormir!

XIII

Y el malo, sólo por la ley herido,
Por lo que ha hecho — ¡por lo que es, jamás!
¡Y herido sin rigor, y garantido
Contra su mismo juez; juez sometido
Á un juez mayor detrás!

XIV

¡El hombre nunca al hombre degradando,
Rey de sí mismo y de sus cosas rey!
¡El fin del hombre el fin de Dios llenando!
¡La ley del hombre santa reflejando
De Dios la santa ley!....

XV

¡ Eso es la Libertad : la que he previsto
Entre los raptos de mi ardiente edad;
La que en la tierra de Franklín he visto;
La que me ofrece en sus promesas Cristo;
Ésa es la Libertad!

XVI

Y ésa la misma que en la Patria mía
Joven sus fuerzas ensayando ví...
Hasta que ¡oh López! en aciago día
La hirió con su puñal la turba impía
Que te aclamaba á ti.

XVII

¿Á ti?... ¡ No sólo á ti! No le bastaba
Tu indignidad á su nefando amor.
¡ Ah, más que indignidad necesitaba:
A tu infernal amigo proclamaba;
De Sucre al matador! (1)

XVIII

¡ Yo los oí... cuando su puño armado
Del hierro vil, salían en tropel
Del templo, donde habían ya violado
La majestad inerme del Senado
En nombre tuyo y de él!

---

(1) Alusión á Obando.

XIX

¡Yo los oí... Su canto de victoria
Viene á amargar mi triste proscripción.
Cual eco del abismo, esa memoria,
Atravesando nuestra negra historia
Será nuestro baldón!

XX

El nuestro... ¡ Sí, de todos! ¡Cada uno
A la obra de tinieblas ayudó:
Cuál débil — cuál traidor — digno ninguno!
¡ Ni el Cuerpo que á la paz, sin fruto alguno,
Tu honor sacrificó!

XXI

La esposa del romano Colatino,
Al verse impura, prefirió morir.
¡ Los hombres del Congreso Granadino
Besáronle la mano al asesino
Á trueque de vivir!

XXII

Hoy viven... ¿ Cómo? Pudo su bajeza
Quizá esperar de gratitud el don....
Con negro insulto, vejación, pobreza,
Ya á demostrarles el tirano empieza
Cuál es su galardón....

XXIII

Hoy viven... Como vive en el serrallo
El triste eunuco de africano Dey;
Cual vive en el corral lo que fué gallo,
Cual vive, el cuello al fin haciendo callo,
Bajo su yugo, el buey.

XXIV

¡ Son todo, menos hombres ! ¡ Han perdido
Lo que da al hombre ser — su dignidad;
Que á la víctima el crimen consentido
Mancilla más que al violador bandido
Su misma atroz maldad!

XXV

¡ Oh, más dichosos, harto más, aquellos
Que afrontaron, ya tarde, al dictador:
Y hoy, de extranjero sol á los destellos
La Patria lloran y sus campos bellos,
Su hogar y dulce amor;

XXVI

Ó amenazados en su propio suelo
Con el despojo, azotes y prisión,
Por todos vela su leal desvelo,
Por todos lucha con heroico anhelo
Su libre corazón!

XXVII

¡ Esfuerzo generoso, mas tardío!
Lo que en su origen era vil raudal,
Que pudo en tiempo haber cegado el brío
De la virtud, hoy es inmenso río
De irreparable mal.

XXVIII

¡ Ah, sí, de mal irreparable! Nada
Tan hórrido se puede concebir;
¡ Ver de la ley con la tremenda espada,
Que sólo contra el malo fué forjada,
El malo al justo herir!

XXIX

Puedes contarlo tú, modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal....
Y hoy comes del destierro el pan conmigo....
Que, por reparación, ¡ nuevo castigo
Te impuso un juez venal!

XXX

Podéis hablar, vosotros, asímismo,
Humildes misioneros de la cruz,
Contra los cuales, del reabierto abismo,
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz.

XXXI

¡ El mismo espectro horrendo resucita!
¡ La misma escena! ¡ El mismo ardor feroz,
Que entre la noche á la inocencia excita
Del pobre lecho al ostracismo, y quita
Á la piedad su voz!

XXXII

Y al son de libertad, que desde el foro
Vinoso eleva el proscriptor motín,
Los jefes corren al común tesoro
Do el pan del pobre, do del rico el oro
Les prepara el botín.

XXXIII

El oro así del rico, el pan del pobre,
No sólo pagan á la audaz maldad
El mal ya obrado, sino el mal que aun obre
Para impedir que en la nación recobre
Su imperio la verdad.

XXXIV

¡ Del orden inversión abominable;
Por guardia de la hacienda, el más ladrón;
Por juez de la inocencia el más culpable;
Por paz la esclavitud; por ley el sable;
La fuerza por razón!

XXXV

¡ Eso es el Socialismo ! ¡ El Socialismo
Que, su fealdad queriendo disfrazar,
Él, hijo de Ambición y de Ateísmo,
De Libertad se atreve y Cristianismo
La estirpe á reclamar !

XXXVI

¡ Ése es el Socialismo ! Hoy atavía
Con falsos nombres su genial horror.
Su nombre Galia supo darle un día ;
Su nombre dice más que Tiranía ;
¡ Su nombre es el Terror !

XXXVII

— ¡ Modelos de virtud y de hermosura
Madres cristianas, prez de Bogotá !
¡ Llorad ! — de vuestro llanto la amargura
Cuál es la libertad nos asegura
Que el Socialismo da.

XXXVIII

¡ Llorad ! en vuestras lágrimas espera
Con fe mi desolado corazón :
¡ Ellas, en esta degradada era,
De libertad futura y verdadera
La noble prenda son !

XXXIX

Que la mirada húmida que lanza
Al cielo la virtud de una mujer,
Es tan sublime que á expiar alcanza
La paz del vil, del malo la venganza,
Ante el Supremo Ser.

XL

Mas Dios es justo. La nación suicida
Podrá regenerarse y ser feliz....
¡Mas en las carnes de su nueva vida
Conservará de la salvaje herida
La eterna cicatriz!

Nueva York, 7 de Marzo de 1851, segundo aniversario del entronizamiento de la Dictadura socialista de la Nueva Granada.

UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho,
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el remoto ocaso do se hundía:
¡Inmenso, en torno de él, resplandecía
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el oriente alguna ú otra estrella,
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, ó voz, ó movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
¡ Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento,
Con plácida igualdad!

¡ Oh! ¡ yo me estremecí!... ¡ Sí; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura!
¡ En mis brazos vencida tu hermosura!
¡ En mi pecho el amor!

Y cual si alas súbito adquiriera,
Ó en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
¡ Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo
Para ti, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo —
¡ La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén,
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte
¡ De nuestro amor el bien!

Y en un rapto de gloria, de improviso,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;

Una secreta voz del paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
¡Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo que el amor formó
Traje contra mi pecho palpitante....
Y en tu faz una lágrima quemante
¡De mis ojos cayó!

¡Ay! despertaste... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
¡Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambióse al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar!

De entonce acá... ¡oh amante idolatrada
Mas sobrado celosa! huyes de mí;
Si á persuadirte voy, no escuchas nada,
Ó de sollozos clamas sofocada:
« ¡Soy suya... y llora así! »

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!
No injuries de tu amigo el corazón;
¡Ay! ¡ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar cual lloraría
El de otro en la aflicción!

El mundo para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar mi sien;
Hoy de la dicha en mi primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
¡Encerraba un edén!

— ¡ Oh!... ¡ La esposa que joven y lozana
Diez hijos á su esposo regaló,
Y que después vïuda, enferma, anciana,
Á sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió!....

¡Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuantas puede sufrir una mujer;
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza á comprender!....

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados
Llame á juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver á tenerlos abrazados....
¡ Oh! ¡ de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
Á la diestra de Dios la hará subir;
¡Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno,
No, no será más dulce ni más tierno
¡ Que el llanto de mi amor!

EL BAUTISMO

Á MI SEGUNDO HIJO RECIÉN NACIDO

I

¡Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron
Con su espíritu y brazo subyugaron
La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino;
Y á los vientos alzándose sin alas,
Siguieron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del Océano.

Cristianos son los que esas formas bellas
Con que el Creador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño....
¡Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño !

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo :
« ¡Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
Yo rasgaré del firmamento el velo! »

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta á Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estanza,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza.

II

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para bien crecieres
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres);

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor, de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado:

Conocerás entonces por ti mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

Sí; do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo á moderadas leyes
Que formaron senados populares
Y que obligan á súbditos y á reyes;

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y á la mujer como á su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva fiel sin vivir esclavizada;

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes;

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De obscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas;

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo;

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado al anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño;

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia;

Allí do respetándose á sí mismo
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar: «¡Honor al cristianismo,
Que éstos no pueden ser sino cristianos!»

III

¡Ésos serán cristianos! herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar Hijo del Hombre;

De Aquel que en un establo fué nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin como un ladrón crucificado;

Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Y adolescente al pueblo de Judea
Dió tres años no más sus instrucciones;

Y cuyo Verbo empero más fecundo
Fué que el cetro y la espada de los Reyes :
¡ Con los siglos creció, renovó el mundo,
Cambió costumbres, religiones, leyes!

DOLOR Y VIRTUD

AL DOCTOR NINIANO RICARDO CHEYNE,
INSIGNE MÉDICO Y CIRUJANO ESCOCÉS.

I

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
CHEYNE, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á ti?

— Cuando en un día tropical de Enero,
Tendido el cielo de brillante azul,
Desde el cenit al universo entero
Derrama el sol calor, y vida, y luz;

Hacia ese cielo espléndido, encantado,
Levanta entonce alegre el corazón
Tanta víctima humana, que has salvado,
Bendiciéndote á ti, después de Dios.

¡Y tú la diestra, pálido, entre tanto,
Al pecho llevas con intenso afán,
Para contar, con gozo ó con espanto,
De tus arterias el latir mortal!

El rico no te paga con el oro,
Que con la vida le conservas tú :
Más rico aún el pobre, con el lloro
Te paga de su santa gratitud.

Mas ¡ ah ! ni la opulencia generosa,
Ni el poder, ni el amor, ni la amistad....
¡ Ay, ni tu misma ciencia prodigiosa
De tu destino te podrán salvar !

Más que la griega, firme y atrevida,
Á los cielos pasmados arrancó
Tu inglesa mano el fuego de la vida....
¡ Y un buitre te devora el corazón !

¡ Oh ! ¿ quién no llorará sobre tu suerte,
Cheyne, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á ti ?

II

¡ Oh, no te enojes, no, con el poeta !
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

Su misión, cual la tuya, es de consuelo ;
Él sabe que en el valle del dolor,
Ni todo gozo es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

Tú sabio — simple yo — los dos cristianos,
Ambos sabemos que ante el Sumo Ser
Que pesa en su balanza á los humanos,
Prueba es el mal y tentación el bien.

— Si todo cesa aquí, si noche eterna
Es de justo y malvado el porvenir,
Si de las tumbas en la yerba tierna
El hombre entero se ha de transfundir;

¡ Sabio entonce el malvado, y necio el justo!
¡ Necio de ti, que con tan loco afán,
De negra muerte en incesante susto,
Sufres, y haces el bien sin esperar!

— Pero si nunca tu escalpelo ha hallado,
Cuando un cadáver fétido rompió,
En la albumina del cerebro helado
La centella inmortal que la animó;

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
¡ Oh ! si ese pensamiento aquí no acaba....
¡ Sufre y espera en tus dolores, Cheyn' !

¡ Oh, no te enojes, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

III

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

Entre el justo y el malo hay un abismo :
El placer y el dolor, el bien y el mal,
Para el malo son fuentes de egoísmo,
Para el justo son fuentes de bondad.

Sí : cuando el malo en su carrera corta
Halla salud, prosperidad, honor,
Triunfa y dice en sí mismo : *¡ Qué me importa*
Que otros padezcan mientras gozo yo !

Y cuando al fin sobre su frente pesa
Con todo su rigor la adversidad,
Cae diciendo entre sí : *¡ Qué me interesa,*
Si yo sufro, aliviar á los demás !

De Caledonia bajo el turbio cielo,
De esos montes románticos al pie
De do ha tomado libertad su vuelo,
Bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,
Y con un germen de bondad en ti :
Los tesoros de ciencia que adquiriste
Aquí te vemos prodigar sin fin.

Sabio, puedes vivir para ti mismo;
Justo, quieres servir á los demás:
La ciencia que degrada el egoísmo,
La santifica en ti la caridad.

Y hoy vives pobre, enfermo... ¡y envidiado!
Mas bendito serás en tu dolor,
Que el don del desgraciado al desgraciado
Es el más aceptable para Dios.

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

EN BOCA DEL ÚLTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,
Hoy á la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre.

¡ Padre Sol, oye! por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
¡ Solo, mas libre!

¡ Padre Sol, oye! sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
Á las naciones; á matarme vengo,
¡ Á morir libre !

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso á hundirte,
Sobre la cima del volcán tus himnos
Cantando libre.

Mañana sólo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
¡ Mi tumba libre !

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor, que en las cumbres vive,
Pondrá sus huevos y armará su nido
Ignoto y libre.

MIGUEL ANTONIO CARO

Hablando de Caro, el escritor liberal argentino D. Miguel Cané, persona no sospechosa de parcialidad, dice que « ha leído cuanto es posible leer en treinta años de vida intelectual. Su alta inteligencia ha entrado á fondo en la literatura moderna, y pocos como él podrían hablar con tal autoridad de lo que en materia de ciencias y letras se ha hecho en el mundo en los últimos cien años. » *Á la estatua del Libertador*, una de sus más bellas y magistrales poesías, es un retrato moral de Bolívar hecho con sentencias suyas propias que han venido á ser históricas, y una descripción artística de la clásica obra de Teneranni. Caro, digno hijo del ilustre D. José Eusebio Caro, es bien conocido por sus trabajos literarios no sólo en Colombia sino en España, donde personas competentes consideran su traducción de las obras de Virgilio como la mejor que se ha hecho en lengua castellana. Si como poeta es notable, como prosista elegante y correcto y como escritor erudito no hay quien le supere en América. Á él, en primer término, se debe el que haya caído en desuso el espíritu antiespañol, que no era natural y espontáneo sino simple moda, fomentada oficialmente cada año por los discursos patrioteros de 20 de Julio, y tal resultado se obtuvo con el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la madre patria, con la propagación de la buena literatura castellana y con la fundación de las Academias americanas, que tanto han contribuído á estrechar los lazos de amistad entre España y las Repúblicas hispanoamericanas. Miguel Antonio Caro nació en Bogotá el 10 de Noviembre de 1843, y es miembro de la Academia Colombiana y Presidente de la República.

Á LA ESTATUA DEL LIBERTADOR

(EN LA PLAZA MAYOR DE BOGOTÁ)

¡BOLÍVAR! no fascina
A tu escultor la musa que te adora
Sobre el collado que á Junín domina (1),
Donde estragos fulmina
Tu diestra, de los Incas vengadora.

No le turba la Fama,
Alada pregonera, que tu gloria
Del mundo por los ámbitos derrama,
Y doquier te proclama
Genio de la venganza y la victoria.

Él no supo el camino
Por do el carro lanzaste de la guerra,
Que de Orinoco al Potosí argentino
Impetüoso vino
Temblar haciendo en derredor la tierra.

Ni sordos atambores
Oyó, ni en las abiertas capitales

---

(1) Verso de Olmedo puesto aquí como alusión á *La victoria de Junín Canto á Bolívar*.

Entrar vió tus banderas tricolores
Bajo lluvia de flores
Y al estruendo de músicas marciales.

Ni á sus ojos te ofreces
Cuando, nuevo Reinaldo, á ti te olvidas,
Y el hechizante filtro hasta las heces
Bebiendo, te adormeces
Del Rímac en las márgenes floridas.

No en raptos de heroísmo,
No en vértigo de triunfos y esplendores
Admiró tu grandeza. Él á ti mismo
Te buscó en el abismo
De recónditas luchas y dolores.

Te vió, si adolescente,
Ya en el silencio de la gran rüina
Que Roma encierra, apacentar tu mente,
La soñadora frente
Doblada al peso de misión divina.

Retando á las Españas
De América inflamar el seno inerte
Con grito que conmueve las montañas;
Solo, en playas extrañas,
Ó entre escombros hundido, engrandecerte;

Y puesto el pensamiento
Allí donde visión mortal no alcanza,
Nuevo Colón en pérfido elemento,
Con profético aliento
Avivar en tinieblas la esperanza;

Con mano compasiva
(No bien á la Fortuna has hecho esclava)
Restituír su libertad nativa
Á una raza cautiva
Y á la prole infeliz que amamantaba;

Ó llevar de un segundo
Palante (1) el corazón al templo santo,
Mientras responde á tu dolor profundo
Con eco gemebundo
Fiel muchedumbre derramando llanto;

Ó en la región del hielo,
Del Chimborazo hollar la cumbre cana,
Y contemplar allí del tiempo el vuelo,
La inmensidad del cielo,
La pequeñez de la grandeza humana.

Vió el dolor que se ceba
En ti, á la hora en que el Eterno dijo:
« Quiérole ya purificar con nueva
Y terrífica prueba. » —
Colombia entonces te negó por hijo;

Y envidia vil desflora,
Con rabioso azotar, la ínclita rama
Con que piadosa gratitud decora
Tu frente creadora
Que el honor de los Césares desama;

(1) Girardot.

Ya el obcecado hermano
El arma revolvió contra tu pecho,
Y en el confín postrero colombiano
Te brinda hidalgo hispano,
Si patria te faltó, su honrado techo.

Á ese asilo postrero,
Del piélago mezclándose al bramido
Ó al lejano clamor del marinero,
¿ Qué acento lastimero
Fúnebre vuela á golpear tu oído?

¿ Qué asolación augura
La voz doliente que en los aires gira?
De negra ingratitud víctima pura,
En hórrida espesura,
¡ Cielos! el Héroe de Ayacucho expira.

En tan solemnes días,
Por la orilla del mar, los pasos lentos,
Y cruzados los brazos cual solías,
Hondas melancolías
Exhalabas á veces en lamentos.

Ora pasara un ave,
Ya hender vieses el líquido elemento
Sin dejar rastro en él, velera nave,
Murmurabas: « ¿ Quién sabe
Si aré en la mar y edifiqué en el viento? »

En sordos aquilones
Oías como lúgubres señales:

« ¿Si caerán sobre mí las maldiciones
De cien generaciones?
¡Ay, desgraciado autor de tantos males! »

Brotar la alevosía
Viste, y á empuje de discordia brava
Bambolear la libertad. Gemía
Colombia en agonía;
Tu espíritu radioso declinaba. —

El noble estatüario
Apartando fulgentes aureolas,
De dudas en tu pecho solitario
Vió aquel tumulto vario;
¡Vió el hondo abismo, las amargas olas!....

Callando respondiste
Á la íntima efusión con que él te nombra
Cuando en fijar tu semejanza insiste,
Y hermosa, pero triste,
Apareció tu veneranda sombra.

Con ese aspecto, y esa
Melancólica nube de tu ceño
Que desengaño y abandono expresa;
Descendiste á la huesa,
Y aun te acompaña en el eterno sueño.

Inclinando la espada
Tu brazo triunfador parece inerme;
Terciado el grave manto; la mirada
En el suelo clavada;
Mustia en tus labios la elocuencia duerme.

Mágico á par de Dante
Teneranni tu vasto pensamiento
Renovó, concentró, y á tu semblante
Dió majestad cambiante,
Y á tu austero callar múltiple acento.

No tremendo, no adusto
Revives; del fragor de la pelea
Descansas ya... Mas tutelar, augusto,
Doquier se alce tu busto,
Con plácida elación se enseñorea;

Y en tu serena altura
Mártir perdonas, y recibes culto
Sublime en tu dolor, sin amargura,
De lisonja perjura
Libre por siempre, y de cobarde insulto.

Y tu nombre en su vuelo
Más que el de antiguos semidioses crece
En tu edad misma y en tu propio suelo;
¡Y tu historia sin velo
Las grandezas que fueron oscurece!

El divinal aliento,
Que anima á la materia y transfigura;
Nobilísimo humano sentimiento;
Final recogimiento;
Cuanto á el alma enaltece ó la depura,

En mística amalgama,
Cual vago nimbo de tu excelsa frente

No imitación, veneración reclama :
El que Padre te aclama,
Mezcla de orgullo y de vergüenza siente.

¡ LIBERTADOR ! Delante
De esa efigie de bronce, nadie pudo
Pasar sin que á otra esfera se levante,
Y te llore, y te cante,
Con pasmo religioso, en himno mudo.

LA VUELTA Á LA PATRIA

Mirad al peregrino
¡Cuán doliente y trocado!
Apoyándose lento en su cayado
¡Qué solitario va por su camino!

En su primer mañana,
Alma alegre y cantora
Abandonó el hogar, como á la aurora
Deja su nido la avecilla ufana.

Aire y luz, vida y flores,
Buscó en la vasta y fría
Región que la inocente fantasía
Adornaba con mágicos fulgores.

Ve el mundo, oye el rüido
De las grandes ciudades,
Y sólo vanidad de vanidades
Halla doquier su espíritu afligido.

Materia da á su llanto
Cuanto el hombre le ofrece;
Ya la risa en sus labios no florece,
Y olvidó la nativa voz del canto.

Hízose pensativo;
Las nubes y las olas
Sus confidentes son, y trata á solas
El sitio más repuesto y más esquivo.

Á su penar responde
En la noche callada,
La estrella que declina fatigada
Y en el materno piélago se esconde.

¡*Vuelve, vuelve á tu centro*!
Natura al infelice
Clama; ¡*vuelve*! una voz también le dice
Que habla siempre con él, amiga, adentro.

¡Ay triste! En lontananza
Ve los pasados días,
Y en gozar otra vez sus alegrías
Concentra reanimado la esperanza.

¡Imposible! ¡Locura!....
¿Cuándo pudo á su fuente
Retroceder el mísero torrente
Que probó de los mares la amargura?

Ya sube la colina
Con mal seguro paso;
Del sol poniente al resplandor escaso
El valle de la infancia se domina.

¡Ay! Ese valle umbrío
Que la paterna casa
Guarece; ese rumor con que acompasa
Sus blandos tumbos el sagrado río;

Esa aura embalsamada
Que sus sienes orea,
¿ Á un corazón enfermo que desea
Su antigua soledad, no dicen nada?

El pobre peregrino
Ni oye, ni ve, ni siente;
De la Patria la imagen en su mente
No existe ya, sino ideal divino.

Invisible le toca
Y sus párpados cierra
Ángel piadoso, y la ilusión destierra,
Y el dulce sonreír vuelve á su boca.

¡ Qué muda despedida!
¿ Quién muerto le creyera?
¡ Mirando está la Patria verdadera!
¡ Está durmiendo el sueño de la vida!

ODA A LA GLORIA

Yo entonces era niño
Cuando entre nubes bellas
Bajar te vi del cielo
Con ímpetu veloz;
Vi tu mano de púrpura,
Tu corona de estrellas,
Y resonó en mi oído
Tu inolvidable voz.

Y aquella imagen vívida
Llevóse mi sosiego:
Salir tú me ordenaste
De mi tranquilo hogar;
De las tribulaciones
Templar mi alma en el fuego,
Y ver los yertos montes,
La soledad del mar.

Y á cantar me obligaste
Con levantado aliento,
Y en premio me ofreciste
Tu divinal favor.

Hoy á buscarme vuelves
Yo conozco ese acento,
Y sé de tus miradas
El mágico fulgor.

¡ Salve, visión gloriosa
De mis sueños de oro!
Yo tu vuelta he esperado
Con férvida inquietud :
¡ Hoy te miro presente
Y de hinojos te adoro,
Radiante de belleza,
De pompa y juventud!

Óyeme : yo he perdido
De mi vivir la calma,
Sumiso á tus mandatos,
Al juramento fiel,
Atesorando siempre
Los ecos de mi alma,
Con ambicioso anhelo
De tu mejor laurel.

Yo he subido á las cumbres
Más altas de la tierra;
Hervir bajo mis plantas
La tempestad sentí;
Rugiendo hallé en los mares
Á la sangrienta Guerra,
Y con ella altercando
Mi voz tronaba allí.

Y yo escalé las nubes
Con ala llameante,
Y visité sin brújula
La vacua inmensidad;
Crucé desiertos soles,
Y absorto, vacilante,
Paréme en el espacio
Y ví la Eternidad.

¡Oh, cumple tus promesas:
Alza mi nombre al cielo,
Lleva los cantos míos
Al último confín,
Y dales, incansable
En tu radioso vuelo,
La heroica resonancia
De tu inmortal clarín!

LAS AVES

¡ Aves! ¿ Dó vais cruzando la alta esfera
Risueña limpia y clara?
¡ Ay! ¡ quién como vosotras libre fuera!
¡ Quién cual vosotras, ay, el vuelo alzara!

Blancos y deliciosos pensamientos
Despertáis en el alma :
Cuando os mecéis sobre los mansos vientos
Cual la esperanza sois que boga en calma.

Y cuando descendéis apresuradas
Sois cual las ilusiones
¡ Ah! de puro atrevidas, disipadas
Del porvenir abierto en las regiones.

Va á perderse el incienso allá en el cielo,
Y allá en la mar el río;
No se dónde, siguiendo vuestro vuelo,
Vuela á perderse el pensamiento mío.

Para la eterna inmensidad nacida
Gime el alma y quisiera
En edades lanzarse sin medida,
En espacios hundirse sin ribera.

Por eso amar, volar nos place tanto :
El que ama, los lugares
Y el tiempo olvida. ¿Qué es el desencanto
Sino al fondo bajar de los pesares

Y volver á contar menguadas horas?
¡Ay, aves pasajeras
De tristeza y amor inspiradoras,
De adioses y esperanzas mensajeras!

Os sigo con la vista; ya no os veo
Y miro todavía;
Que absorta en la ilusión de su deseo
Os busca el alma en la región vacía.

Sombra y esclavitud cubren el suelo;
Siguiendo vuestro giro
La alegre libertad que hay en el cielo
Gozo un instante, pues gozarla os miro.

PATRIA

¡ Patria! Te adoro en mi silencio mudo
Y temo profanar tu nombre santo;
Por ti he gozado y padecido tanto
Como lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo,
Sino la dulce sombra de tu manto;
Quiero en tu seno derramar mi llanto
Vivir, morir en ti, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía
Son razones de amar. Otro es el lazo
Que nadie, nunca, desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo;
Madre eres tú de la familia mía;
¡ Patria! de tus entrañas soy pedazo.

A VIRGILIO

Como luna serena en el estío
Á los sedientos campos da frescura;
Luce á los blancos rayos, y murmura
Bienhallado en sus márgenes el río;

Oculta al ruiseñor boscaje umbrío
Y llena el horizonte su voz pura;
Mudo al pie el viajador, muerta hermosura
Recuerda en amoroso desvarío;

Madre infeliz convierte la llorosa
Mirada, de una tumba al firmamento,
Y calma el vago albor su hondo quebranto;

Ríe el collado, allá la mar reposa;
Suena en los altos árboles el viento : —
Tal para mí la magia de tu canto.

Come quando su' campi arsi la pia
Luna imminente il gelo estivo infonde;
Mormora al bianco lume il rio tra via
Riscintillando entro le brevi sponde,

E'l secreto usignuolo intra le fronde
Empie il vasto seren di melodia;
Ascolta il viatore, e pur le bionde
Chiome che amò ripensa, e'l corso oblia;

Ed orba madre che dolcasi in vano,
Da un avel gli occhi al ciel lucente gira,
E in quel diffuso albor l'animo queta;

Ridono intanto i monti e'l mar lontano,
Tra i grandi arbor la fresca aura sospira;
Tale il tuo verso a me, divin poeta (1).

CARDUCCI.

---

(1) Tale tuum carmen nobis, divine poeta.
Buc. 5.45.

AMOR VERDADERO

No, no aparta á dos almas amadoras
Adverso caso ni cruel porfía;
Nunca mengua el Amor ni se desvía,
Y es uno y sin mudanza á todas horas.

Es fanal que borrascas bramadoras
Con inmóviles rayos desafía;
Estrella fija que los barcos guía;
Mides su altura, mas su esencia ignoras.

Amor no sigue la fugaz corriente
De la edad, que deshace los colores
De los floridos labios y mejillas.

Eres eterno, Amor : si esto desmiente
Mi vida, no he sentido tus ardores,
Ni supe comprender tus maravillas.

Let me not to the mariage of true minds
Admit impediments. Love is not love
Which alters when it alteration finds,
Or bends with the remover to remove :

O, no! it is an ever-fixed mark,
That looks on tempests and is never shaken;
It is the star to every wandering bark, [taken.
Whose worth's unknown although his height be
[cheeks
Love's not Time's fool, though rosy lips and
Within his bendings sickle's compass come;
Love alters not with his brief hours and weeks,

But bears it out even to the edge of doom.
If this be error and upon me prov'd,
I never writ, nor no man ever lov'd.

SHAKESPEARE

(*Sonnets*, CXVI.)

LA COPA

Rodar veréis en torpes bacanales
De grosero licor cántaro lleno;
Mas no abunda lo mismo el vino bueno
Que ha de espumar en límpidos cristales.

Aguarda, en tanto, en altos pedestales,
Áureo, artístico vaso, noble estreno;
Vacío permanece su hondo seno;
Nadie osa profanar copas reales.

El espíritu va cual la materia;
Contenta á un pecho vil placer inmundo;
Altiva es la pasión del alma altiva;

Y quien aspira á la pureza eteria
No halla amor, entre amores de este mundo,
Digno de que su seno le reciba.

Dans les verres épais du cabaret brutal
Le vin bleu coule à flots et sans trêve à la ronde;
Dans les calices fins plus rarement abonde
Un vin dont la clarté soit digne du cristal.

Enfin la coupe d'or du haut d'un piédestal
Attend, vide toujours, bien que large et profonde,
Un cru dont la noblesse à la sienne réponde :
On tremble d'en souiller l'ouvrage et le métal.

Plus le vase est grossier de forme et de matière,
Mieux il trouve à combler sa contenance entière,
Aux plus beaux seulement il n'est point de liqueur.

C'est ainsi: plus on vaut, plus fièrement on aime,
Et qui rêve pour soi la pureté suprême
D'aucun terrestre amour ne daigne emplir son cœur.

Sully Prudhomme

EL BUEY

Ora, manso animal, inmóvil miras
Cual fijo bloque, el campo floreciente;
Ora al pesado yugo das la frente
Y á la labor del hombre fiel conspiras.

Él te aguija, él te punza, y tú á sus iras,
Los ojos revolviendo mansamente,
Respondes en silencio. ¡Oh buey paciente!
Paz á un tiempo y vigor al alma inspiras.

Tu ancha negra nariz húmido aliento
Exhala; tu mugir ondeando lento
En los serenos ámbitos se pierde;

Y en el glauco cristal de tu pupila,
Grave y dulce, refléjase tranquila
La muda soledad del campo verde.

T'amo, o pio bove; e mite un sentimento
Di vigore e di pace a'l cor m'infondi,
O che solenne come un monumento
Tu guardi i campi liberi e fecondi,

O che a'l giogo inchinandoti contento
L'agil opra de l'uom grave secondi:
Ei t'esorta e ti punge, e tu co'l lento
Giro de' pazzïenti occhi rispondi.

Da la larga narice umida e nera
Fuma il tuo spirto, e come un inno lieto
Il mugghio ne'l sereno aer si perde;

E de'l grave occhio glauco entro l'austera
Dolcezza si rispecchia ampio e quïeto
Il divino dei pian silenzio verde.

Carducci.

PRO SENECTUTE

Tú que emprendiste bajo albor temprano
La áspera senda con ardiente brío,
Y hora inclinado y con andar tardío
Rigiendo vas el báculo de anciano :

Torpe el sentido y el cabello cano
No te acobarden ; ni en sepulcro frío
Contemples con doliente desvarío
De rápido descenso el fin cercano.

Fúlgida luz la vista te oscurece ;
Argentó tu cabeza nieve pura ;
Cesas de oír, porque el silencio crece ;

Te encorvas, porque vences la fragura ;
Anhelas, porque el aire se enrarece ;
Llegando vas á coronar la altura.

RAFAEL POMBO

« Lo que sobre todo es de admirar en Pombo es la sencillez, al parecer al menos sin arte, con que dice cosas muy bellas, que por lo mismo que están dichas tan sencillamente parecen más bellas y penetran mejor y más hondo en el alma », dice D. Juan Valera en las *Cartas Americanas*. Ya Pombo era conocido en toda la América Española por su apasionada poesía *Mi Amor*, puesta en boca de una mujer (*Edda*), y por la sentidísima á *Elvira Tracy;* y sus composiciones posteriores, de entonación aun más alta y majestuosa, tales como su oda *En el Niágara*, publicada por primera vez en *El Repertorio Colombiano*, no han hecho más que confirmar el juicio que los doctos se habían formado del poeta. Una de sus más bellas é inspiradas producciones en el género elegiaco es *Una Señora sobre la muerte de su esposo*, y en el patriótico *El 9 de Diciembre.* Domina en ésta un tono tal de desaliento, de tristeza, que raya en arrepentimiento por la independencia americana; y el himno de alabanza á las hazañas y sacrificios de los héroes que la dieron, es al propio tiempo un terrible anatema á la ambición y la codicia que se han apoderado de la mayor parte de los gobernantes de América y que son la causa principal de sus constantes revoluciones. Véase si no:

> ¿Do están ¡oh Dios! tus mágicos prospectos?
> ¿Por qué allí no cerraste nuestra historia
> Antes de que acudiesen los insectos
> Á devorar la mies de tanta gloria?
>
> . . . .
>
> Besara yo ese polvo, y, como el perro
> De aquellos dioses persiguiera el rastro
> Prófugo de esta edad del vil Becerro
> Do la nostalgia de lo grande arrastro.

Porque pasó la fiebre de la gloria
Y quedó en esqueleto el egoísmo
Parodiando raquítico la historia
Y hambriento devorándose á sí mismo.

En resumen, á Pombo mismo es aplicable lo que él ha dicho de otra gloria colombiana : « Es poeta, y altísimo poeta ». Es tal la idea que él tiene de la excelsitud de la poesía y la belleza del arte, que nunca ha querido hacer ni que se haga colección de sus versos ; porque, dice, en una gran reunión de ellos, tiene que haber muchos malos. Son, asímismo, generalmente conocidas y apreciadas sus traducciones de Horacio y de Longfellow. Pombo nació en Bogotá el 7 de Noviembre de 1833, y es miembro de la Academia Colombiana y su secretario perpetuo.

EN EL NIÁGARA

(CONTEMPLACIÓN)

DEDICADA EN PRENDA
DE RESPETUOSA ADMIRACIÓN Y DE PROFUNDO RECONOCIMIENTO
Á LA SEÑORA MARÍA JUANA CHROSTIE DE SERRANO

¡ Ahí estás otra vez !... El mismo hechizo
Que años ha conocí : monstruo de gracia,
Blanco, fascinador, enorme, augusto ;
Sultán de los torrentes
Muelle y sereno en tu sin par pujanza.
¡ Ahí estás ! ¡ siempre el Niágara ! Perenne

En tu estático trance, en ese vértigo
De voluptad tremenda, sin cansarte
Nunca de ti, ni el hombre de admirarte.

¡Cómo cansarse! La belleza activa,
La siempre viva porque siempre pura,
No puede fatigar. Hija perfecta —
Sin medio humano — del excelso *fíat*
Que perpetuaron leyes inviolables
En su incesante acción; mimada hermana
Del firmamento, de la luz, del aire;
Huésped no expulsa del Edén perdido:
Esta hermosura es creación constante
Y original, donde trasciende el soplo
De su Autor soberano. Algo nos dice
Que allí está Dios: el néctar de embeleso
Y de reparación que á un tiempo mana.
Al contemplarla en nuestro fondo bullen
Los dormitados gérmenes divinos,
Cual hierve al sol el ánima viviente
De la Naturaleza; y surge ansioso
El amor de familia, el de la eterna
É indisoluble; y como al mar la gota
Emancipada al fin de térreos lazos,
Como del pecho dè la madre el niño,
Mudos de íntimo gozo nos prendemos
En comunión de eternidad con ella.
¿Podrá Dios fatigar? ¡Ah! en lo que hastía
Hay encanto letal, triste principio
De inercia, hostil á Dios, germen de muerte,
Gangrena de las almas secuestradas
De su raudal vivífico....

Mas, ¿dónde
Mi mente descendió? Llámala al punto.
¡Oh Niágara! y en ti la imagen vea
De las almas triunfantes; mire al Héroe
Sublime en su martirio; al Genio mire
Sereno en la conciencia de su fuerza.
Distráeme, diviérteme, museo
De cataratas, fábrica de nubes;
Mar desfondado al peso de tus ondas;
Columnas que un omnipotente Alcides
Descolgó del Olimpo, entre dos vastos
Mediterráneos piélagos de un mundo (1).

Sigues, gigante excéntrico, gozando
Tu solitaria, inmemorial locura,
Digna de un Dios. Descadenada sueltas
Del valle por la rápida pendiente
Tu oceánica mole; y poseído
Del rapto á que impetuoso te abandonas,
Ebrio del regocijo de tu fuerza,
No adviertes que ya el hombre ha sorprendido
Este retozo de titán, violando
La agreste soledad; y que en tus bordes
La hormiga semidiós bulle, y se empina
Á medirse contigo... ¡Ah! ¡qué te importa!
No cabes en la tierra, y de un arranque
Vas á tomar por lecho el Oceano.

---

(1) El Niágara no es, como el Tequendama, una catarata, sino una vastísima línea de cataratas, caprichosamente dispuestas. El contraste que hace con el estrecho, altísimo, sombrío y pavoroso Tequendama, no puede ser más completo.

De los más lejos términos del globo
Á visitarte vienen y á elevarse
Con tu contemplación, reconociéndote
Sin rival hermosura. En tus orillas
Un sentimiento en lenguas mil proclama
La grandeza de Dios y el inocente
Triunfo de la inmortal Naturaleza.
Heredia te tributa entusiasmado
El Niágara de su alma, pavoroso
Muy más que el de tus ondas; el activo
Cíclope anglosajón, probando al mundo
Que es digno amo de ti, con puente aéreo
Salva tu abismo inmenso; y por su mano
Te da su abrazo atlético de hierro,
Esto que el hombre (insecto de un instante
Y atolondrado por su instante) llama
La Civilización. El cielo mismo
Tiende á tus pies esos divanes de ángeles,
Nácar del firmamento; y oponiendo
Á un puente, mil; al arte de los hombres
El del Señor, suspende caprichoso —
Cual la sonrisa de la paz del alma
Entre los estertores del que muere —
Su iris tranquilo en medio á tu desastre.

Basta para tu gloria, insigne muestra
Del Manantial de las bellezas; ara
De la perpetua admiración del hombre.
Yo, nada podré darte, aunque aspirara
Á unir mi nombre á tu famoso nombre:
Que soy la misma sombra que otro día
Á tus umbrales se asomó impasible,

Fantasma evanescente que en silencio
Va atravesando entre tu niebla fría....
Si al estruendo volcánico, profundo
De tu derrumbamiento, cimbra en torno
La tierra estremecida, el viento llora,
Y aun tu cuenca de piedra conmovida
Sonora te responde: ¡ay! entre tanto
Sordo mi corazón no te percibe
Ni en mi alma hierve el frenesí del canto.

Pero ¿qué á ti, si el mismo de aquel día
Ahí estás, en tu pompa y magno aliento,
Como yo aquí, perenne en mi aislamiento
Y en su tedio infinito el alma mía!
Hoy te recorren otra vez mis ojos,
Mustios y melancólicos como antes,
Divino anfiteatro,
Do entre un misterio de borrasca y nieblas
Luchan, cual en eterna pesadilla,
Monstruos de roca y Amazonas de agua.
En mí no hay lucha, no; y en tu presencia,
Más que tu alta beldad, me maravilla
Mi absorta postración, mi indiferencia.

Ese lago de leche que dormido
Yace á tus pies; esas tendidas hojas
De cuajada esmeralda, opacas, turbias,
Manto marino que tu cauce vela,
Cuyas inertes, aplanadas olas
Atónitas al golpe, ignoran dónde
Seguir corriendo; ese ancho remolino
Que abajo las aguarda, y retorciéndose

Al empuje del mar que lo violenta
Yérguese al centro, y cual pausado boa (1)
En silencio fatal se enrosca, y nunca
Suelta la presa que atrayente arrolla :
Allí más bien estoy ; ése el mar muerto
De mi existencia, y el designio arcano
Que en giro estéril me aletarga y me hunde.

¿ Dónde ¡ oh Heredia ! tu terror ? Lo anhelo
Y no puedo encontrarlo. ¡ Ah ! no serías
Tan infeliz cuando esto te aterraba,
Si aquí la dicha palidece y tiembla,
Aquí por fin respira
La desesperación : sobre estos bordes
Alza ella sus altares ; de ese abismo
En el tartáreo fondo
Á voluptuosidades infernales
Un genio tentador la está llamando....
No, nada alcanza á dar pavor en toda
La alma Naturaleza ; el mal más grave
Que hace, es un bien : servirnos una tumba,
Un lecho al fatigado. Ella es un niño —
Siempre inocente, y candorosa, y dulce —
Nodriza en fin que la bondad del Cielo
Concedió al hombre....
¡ El hombre ! ése es el monstruo
(¡ Bien lo supiste, Heredia !) ése es el áspid
Cuyo contacto me estremece ; el áspid
Que cuerpo y alma pérfido emponzoña ;

(1) La Real Academia, de acuerdo con el uso en España, da á *boa* el género femenino; pero como en Colombia se dice *el boa*, creemos que este sustantivo puede calificarse de ambiguo.

Sempiterno Satán de ajenas vidas
Y aun de la propia; turbador de tanto
Terrenal paraíso que Natura
Brinda obsequiosa, y de cualquiera escena
De orden y paz; beldad que á su memoria
Presentará la aborrecida imagen
Del malogrado bienestar celeste.
¡El hombre! injerto atroz de ángel y diablo,
Enemigo mortal de cuanto asciende
La escala etérea en descollante copia
De la Divinidad... ¡Aparta, oh monstruo!
¡Aquí, Naturaleza! Yo, á la vista
De este río de truenos — fulgurante
Cometa de las aguas — no querría
Sino abrazarme dél, como aquel iris
Que en su columna espléndida serpea,
Y, como él, ni sentido ni sensible,
Desparecer... Eres tan grande, ¡oh Niágara!
Es tan irresistible tu embeleso,
Tu majestad, que el infortunio humano,
Á no haber otro Dios, te adoraría.
Dios de la blanda muerte, á quien en vano
Jamás acudiría
Á descargar su insoportable peso....

Perdón, ¡oh madre mía,
Mártir idolatrada! Hoy es la fecha
En que allá en nuestro hogar, alegre un tiempo,
Tu nombre festejábamos. Imploro
De hinojos tu perdón. No es culpa tuya
Deberte yo tan miserable vida.
Hoy me salvas de nuevo; hoy, por ti sola.

Por tu ternura infatigable, ardiente,
Tu hijo infeliz se inmola —
Se inmola, sí — viviendo nuevamente....

Aquí, al salir del templo, venir usan
Los desposados. Su segundo templo,
Su ara de amor es ésta; aquí se sienten
Como fuera del mundo y ya en los brazos
De ese Dios, todo amor, todo clemencia,
Que les bendijo; y al más bello y puro
Torrente, arrojan el jazmín primero
De su fresca guirnalda....
¡ Duerme, duerme,
Casta y dulce visión ! duerme al arrullo
Del mismo padre Niágara que un día
Recién nacida te arrulló (1), y no ha mucho
Recién feliz te prometió arrullarte.
Duerme, y al par que á tus guirnaldas llegue
El perdurable réquiem que él te canta,
Llegue á tu alma mi oración profunda,
Llegue mi bendición á tu memoria.
¡ Bendita porque amaste ! más bendita
Por no ser ya mujer, porque moriste
Y desapareciste y descansaste,
Y descansó mi espíritu en tu fosa.
Todo acabó, perfectamente todo,
Como el Señor lo quiso... Hoy el ausente
Regresa al fin cerca de ti. Bien cerca
Estamos otra vez : tú en tu sepulcro

(1) En la vecina ciudad de Búffalo. Las *guirnaldas* á que luego se alude son las sepulcrales, muy numerosas en los cementerios norteamericanos.

Muerta, ¡es verdad!... y yo quizá más muerto
Que tú, sobreviviéndome á mí mismo....
¡Silencio! ¡paz! No turbarán mis voces
Á la que fué; más fácil turbarían,
Niágara, tu tremendo arrobamiento.

En ti parece que comienza el mundo
Soltándose de manos del Eterno,
Para emprender su curso sempiterno
Por el éter profundo.
Eres el cielo que á cubrir la tierra
Desciendes, y velada en blancas nubes
La majestad de Dios baja contigo.
Siempre nuevo, brillante, en movimiento,
Siempre fecundo, poderoso y fuerte
Como el vivo raudal de hirviente savia
Que de los pechos deslumbrantes brota
De la madre común Naturaleza,
Despliegas tu grandeza en tu caída,
Y alzas de aquel abismo al firmamento
El himno de la fuerza y de la vida.
Mas para mí la vida es un sarcasmo,
Mi mundo ha concluído,
Mi alma es hoy incapaz del entusiasmo,
Y á quererte cantar, mi canto fuera
Del despecho el rugido
Ó un de profundis de cansancio y muerte.
Por varïar de tedio únicamente
Á contemplarte, Niágara, he venido;
Y al volverte la espalda indiferente
Limpio de tu vapor mi helada frente
Y te pago tu olvido con olvido.

HIMNO AL TRABAJO

¡Siempre es padre el Señor! Cuando Él
Sus golpes mismos paternales son. [condena
Nos impuso el Trabajo como pena,
Y aun esa pena es una bendición.

La vista del Señor colmaba un día
La gloria humana. El hombre la perdió;
Nuestra vida sin Él quedó vacía,
El trabajo y sólo él nos la llenó.

Y si antes era el hombre rey del mundo
Por reflejar sin mancha el Sumo Bien,
Fuélo después por el sudor fecundo
Que en claras perlas coronó su sien.

Y allí el blasón de su nobleza nueva,
Sus títulos allí de propiedad;
Allí el mejor obsequio para Eva,
Allí el Edén de la segunda edad: —

El dulce Hogar — alzado por sus manos,
Pagado con el oro del Amor,
Donde sus frutos rendirán los granos,
Donde las plantas abrirán su flor;

Y á cuya mesa, entre auras de jazmines,
Vendrá del cielo el cuotidiano pan,
Como en alas de alegres serafines
Que á comerlo con él se sentarán.

Y Eva y su Adán, con tal amor y encanto
Querrán su nuevo familiar verjel
Que, si al hecho por Dios lloraron tanto.
Ya no trocaran éste por aquél.

Es obra del Trabajo... ¡ Oh tú, mil veces
Bendita pena ! ¡ santa esclavitud !
¡ Tú, que á los más humildes ennobleces,
Compañero y guardián de la Virtud !

Que cuando la Virtud bajó del Cielo
Te encontró á ti, su hermano terrenal ;
Y tú consagras el placer y el duelo
Y huye de ti la tentación fatal.

Tú, amar la vida en la virtud nos haces,
Cual su lid bien lidiada al paladín,
Y amar la inmensa tierra, do te places
En señalar *tu* tierra y *tu* jardín ;

Y haces amar á los demás, que iguales
Ante tu ley, cuantos la cumplen, son ;
Y cada cual recibe sus jornales,
Y tendrá cada cual su galardón.

¿ Tu galardón ? Lo gozas ya en ti mismo :
Tranquilo sueño, fresco despertar,
Conciencia en paz, fruiciones sin guarismo,
Salud aquí, derecho á descansar ;

Derecho á la Esperanza, que en el mundo
Y allende el mundo, siempre sonrió,
Aun sobre el cabezal del moribundo,
Al que *con su trabajo* la compró.

Derecho al sol — á no evitar su vista
Ni la de hombre ninguno. — En tu lugar,
Tú, no por nacimiento, por conquista
Eres más rey que en su palacio el Czar.

Para ti la sonrisa de la tierra,
Que tú embelleces, que enriqueces tú,
Do sólo en ti la libertad se encierra
Como en el ocio eterna esclavitud.

Do faltas tú, todo es miseria y vicio;
Do llegas tú, la redención llegó.
La opulencia sin ti... ¡ duro suplicio
Que al jornalero mísero envidió !

Tú y sólo tú — no el oro ni la espada —
Haces rica y potente á una nación.
La riqueza sin ti, vicia y degrada;
Y Dios la espada condenó al talión.

Naturaleza entera, esclava tuya,
Lámpara de Aladino es para ti.
Donde una vena urífera concluya
Tú harás que otra mayor surja de allí.

Los astros mismos ríndente tributos,
Y sigue el Tiempo el rastro de tus pies.
Se acerca el sol por madurar tus frutos;
Llueve, para dar germen á tu mies.

Y á cada golpe de tu azada el Cielo
Responde fiel con una bendición;
Y pulsa agradecido, bajo el suelo,
De nuestra madre Tierra el corazón.

Pero es tu privilegio dulce y santo,
Que ángeles en el Cielo envidiarán,
Poder con tu sudor rescatar llanto
Y partir con los míseros tu pan.

¡Salve, oh segundo creador del mundo!
¡Numen de independencia y de virtud!
¡Adversario del Mal! ¡Padre fecundo
De toda humana fuente de salud!

Do ayer todo faltaba, hoy por ti sobra,
Que en ti de Dios la voluntad se ve;
Mágico irresistible, oración de obra,
Omnipotente brazo de la Fe.

¡Grande y feliz el pueblo donde tú halles
En cada corazón culto y altar!
Que obstáculo no habrá que no avasalles,
Ni pabellón que dejes humillar.

Cual se renueva en tu labor la tierra,
Tú al hombre lo renuevas de raíz;
Y al viril pueblo que extirpó la guerra
Lo harás resucitar grande y feliz.

—

¡Y tú, sudor y lágrimas del alma!
¡Labor de lo alto! ¡excelsa Poesía!
Tu premio no es el oro... ¡Ah si mi palma
El amor fuese de la Patria mía!

ELEGÍA

UNA SEÑORA SOBRE LA MUERTE DE SU ESPOSO

(EL SEÑOR ANTONIO OSPINA)

Cual cisnes que en sosiego se deslizan
Uno es pos de otro en plácida laguna;
Cual nubecillas que en Diciembre rizan
El cielo azul en torno de la luna :

Así, con esa paz, con ese encanto
Junto á ti mi existencia resbalaba ;
Y si lloraba alguna vez, mi llanto
La miel de tu cariño lo endulzaba.

Era modesto nuestro hogar bendito,
En nuestros cofres no abundaba el oro,
Pero tu corazón era infinito
Y de más precio que el mejor tesoro.

Tu amor genial, cual deliciosa lumbre,
Daba en redor satisfacción y abrigo.
La tierra, en que penar es la costumbre,
No era valle de lágrimas contigo.

Si el mucho trato excluye la blandura,
Tú ni en ficción ocasionaste agravios ;
Nunca faltó en tu acento la ternura,
Ni la sonrisa en torno de tus labios.

Nunca el solaz buscaste en el oprobio
Esquivando el doméstico sagrado;
Para tu esposa fuiste siempre novio,
Para tus hijas siempre enamorado.

¡ Con qué discreto y ejemplar cariño
De nuestro amor las flores cultivabas,
Tú que haciéndote niño con el niño
Ciencia y virtud jugando insinüabas!

Así en tus manos se formaron ellas,
Ricas en bien que con el tiempo no huya.
Si Dios en su bondad las hizo bellas,
La belleza de su alma es obra tuya:

La fe, que da en la adversidad la fuerza;
La diligencia, que el fastidio espanta;
La rectitud, que aire falaz no tuerza;
La solidez, que el oropel no encanta.

La modestia, el perfume de la gracia,
Sin la cual no hay amor ni acatamiento;
El contento interior, que hasta en desgracia
Difunde en rededor paz y contento.

Era por ti el hogar limpia colmena
Do cada abeja cándida traía
Su bocado de miel á la faena
Y el susurro vivaz de su alegría.

Era la casa nuestro mundo entero
Que en torno á ti, su sol de amor fecundo,
Giraba armonïoso y placentero
Cual si no hubiese fuera dél más mundo.

Y el tiempo en vuelta plácida corría
Sin dejar otra huella, otra mudanza,
Que el rendimiento de labor del día
Y una sonrisa más de la esperanza.

¡ Ay, cuán feliz era yo entonces : — tanto
Que en mi hábito ignoraba mi opulencia !
¡ Creía el infortunio un vano espanto
Y que *así* fuera siempre la existencia !...

La horrenda muerte de repente vino
Y te arrancó ¡ gran Dios ! de nuestros brazos :
Desde ese instante se perdió el camino ;
Mi cielo cayó encima hecho pedazos.

De tal modo mi vida era tu vida
Que aun me pregunto siempre que despierto,
¡ Cómo sigo existiendo, desprendida
De ti, mi amor, con cuya muerte he muerto !

Lo que tengo de vida es solamente
El sentimiento acerbo de tu falta,
Ojos para llorarte, y una ardiente
Ansia que á veces, de morir, me asalta.

De nuestra dicha lúgubres despojos
Tu casa está de tu memoria llena.
No hay un lugar donde poner los ojos
Que no parezca hablar de nuestra pena.

Á veces, acosadas por tu sombra,
Tus hijas en silencio se me prenden
Como en busca de alivio. No te nombra
Nadie... mas nuestras lágrimas se entienden.

Hace que te lloramos más de un año,
¡Y veinte pasarán cual solo un día!
Todo contento aquí parece extraño
Sin el que todo nuestro encanto hacía.

Sin ti, perseverante jardinero,
¿Qué suerte correrán tus blandas flores?
¿Quién pondrá en ellas tu exquisito esmero?
¿Quién tu cariño, amor de los amores?

Á este cruel pensamiento me estremezco,
Y lo aparto de mí desesperada.
Si al peso de mi duelo desfallezco,
El del deber me abruma y anonada.

¡Qué suplicio mayor que el de la vida
Sabiendo ya con honda certidumbre,
Que su parte de dicha está vivida
Y todo lo que falta es pesadumbre!....

Perdido tú, que mi universo fuiste,
Perdió todo en la tierra su hermosura;
Para mi corazón ya todo es triste,
Y hasta la luz del sol tiniebla oscura.

¡La dicha que el Señor me dió, no pudo
Haber sido más grande, más intensa!
Pero tampoco puede ser más rudo
El cáliz de dolor que hoy la compensa.

Y cuando yo lo apuro hora por hora,
Y lo que no es pesar no entiende mi alma,
El mundo sigue en bacanal sonora
Sin momento de tregua ni de calma.

¡ Parece que el dolor es sólo mío,
Que sólo tú sobre la tierra has muerto,
Que sólo en nuestro hogar hay un vacío,
Y en nuestros corazones un desierto!....

Tú — todo corazón — que de aflicciones
Andabas siempre en busca, para en ellas
De tu insaciable caridad los dones
Verter, calmando heridas y querellas:

Tantos que tú aliviaste con tus manos
¿ En dónde, en dónde están, que no te lloran?....
. . . .
Si tanto bien olvidan tus hermanos,
Los ángeles de Dios no los ignoran.

Él, por el bien que hiciste, me depare
Las fuerzas que no encuentro; y su infinita
Misericordia no nos desampare,
¡ Ya que el amparo que nos dió nos quita!

Entre tú y nuestras hijas yo he quedado
Partida el alma en dos, postrada, inerte.
¡ Cuándo estaremos todos á tu lado
Donde todo es amor, donde no hay muerte!

ELVIRA TRACY

THE MASS IS OVER, COME! COME!
LET US GO HOME.
(De sus últimas palabras)

¡He aquí del año el más hermoso día,
Digno del Paraíso! — es el temprano
Saludo que el Otoño nos envía:
Son los adioses que nos da el Verano.

Ondas de luz purísima abrillantan
La blanca alcoba de la dulce Elvira;
Los pajarillos cariñosos cantan,
El perfumado céfiro suspira.

He allí su tocador: aun se estremece
Cual de su virgen forma al tacto blando.
He allí á la Madre de Jesús: parece
Estar sus oraciones escuchando.

¡Un féretro en el centro, un paño, un Cristo,
Un cadáver! ¡Gran Dios!... ¡Elvira... es ella!
Alegremente linda ayer la he visto;
¿Y hoy?... hela allí: ¡solemnemente bella!

No ha muerto, duerme. Vedla sonreída.
Ayer en esta alcoba deliciosa,
Feliz soñaba el sueño de la vida;
¡Hoy sueña el de otra vida aun más dichosa!

Ya de la rosa el tinte pudibundo
Murió en su faz; pero en augusta calma
La ilumina un reflejo de otro mundo
Que al morir se entreabrió para su alma.

Ya para los sentidos no se enciende
La efímera beldad de arcilla impura;
Mas, tras ella, el espíritu sorprende
La santa eternidad de otra hermosura

Cumplió quince años : ¡ ay ! edad festiva,
¡ Mas misteriosa y rara ! — ¡ edad traidora
Cuando es la niña, para el hombre esquiva
Y á los ángeles férvida enamora!

¡ Pobre madre ! — ¡ del hombre la guardaste
Pero esconderla á su ángel no supiste!
¡ La vió, se amaron, nada sospechaste
Y en impensado instante la perdiste !

Vió al expirar á su ángel adorado
Y abrió los ojos al fulgor del Cielo,
Y dijo : « *el sacrificio ha terminado*
¡ Ven ! vámonos á Casa », y tendió el vuelo.

Por eso luce tan hermoso el día
Indiferente al llanto que nos cuesta;
— Hoy hay boda en el cielo — él se gloría,
La Patria de la novia está de fiesta.

¡SIEMPRE!

Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo
Acumular los años sobre ti.
Mi corazón sacude el turbio velo,
Y siempre te hallo, ¡oh dádiva del Cielo!
Fresca y radiante en mí.

Porque á mí te envió Él, y yo he guardado
Tu mejor luz en ánfora inmortal.
Porque á cosas de Dios morir no es dado,
Y eres tú claro espíritu encarnado
En diáfano cristal.

No hay flor cuyo matiz no degenere
Al pasajero sol que la esmaltó.
Tan sólo propia luz firmeza espere:
La perla de la mar se opaca y muere;
Las de los cielos no.

Nuestra querida estrella leve gasa
Ó negro temporal veló tal vez;
Mas ¿qué á ella el furor que el golfo arrasa?
Parece cada nubarrón que pasa
Doblar su brillantez.

La copa del banquete postrimera
Deja el gusto encantado. En tu verjel
Mi hora sonó de juventud postrera;
Y el ángel me hallará, cuando yo muera,
Saboreando tu miel.

La tarde de la vida, árida y fosca,
Pide un hogar con su genial calor.
Si él falta, huraño el corazón se embosca,
Y la memoria en torno á sí se enrosca
Cual serpiente en sopor.

Así, vuelta la espalda á lo presente,
Que, sin el ser por quien vivir sentí,
Es noria vil, bullicio impertinente,
Torno á buscar mi sol, mi cara fuente,
Mi cielo, urna de ti.

Voy para atrás, pisada por pisada,
Recogiendo el rumor de nuestros pies,
Repensando un silencio, una mirada,
Un toque, un gesto... tanto que fué nada
Y que un diamante hoy es.

Oculta, como en mágica alcancía,
Guardé felicidad para los dos,
Y cuanto una vez fué lo es todavía,
Que el sol del alma no es el sol de un día,
Ni es del tiempo, es de Dios.

Cierta, como la dicha antes de su hora,
Es ésta; y tierna cual pasado bien

Que en escondida soledad se llora;
Sacra como deidad que la fe adora
Y ojos de éxtasis ven.

Hora, hora mismo, en alta noche oscura
Mi aurora boreal, surges aquí.
Hay resplandor, hay brisa de hermosura,
Y alzo á ver, y hallo tu mirada pura
Vertiendo tu alma en mí.

Y ya no media esa impaciencia ingrata,
Ese exceso de luz que impide ver
Y que al gustar el bien, nos lo arrebata.
La sal de la amargura hoy aquilata
El néctar del placer.

. . . .

¡ Ah ! cuando osen á ti dardos y afrentas,
Cuando te odies tú misma en tu dolor,
Cuando apagada y lóbrega te sientas,
Abre mi corazón. Allí te ostentas
En todo tu esplendor.

¿ Dónde está él ?—Donde tú estés. Bien sabes
Que fué, por fiel á ti, conmigo infiel.
Abrelo, que en tu voz están sus llaves;
Pero, al mirarte en su cristal, no laves
Lo que escribiste en él.

EL 9 DE DICIEMBRE (1)

(FRAGMENTO)

. . . .

Hoy, á este sol de fiesta en que los Andes
Etéreos flotan en su azul profundo
SUCRE, el héroe perfecto entre los grandes,
La independencia consumó de un mundo.

Nunca se dieron más solemne cita
La generosidad y la bravura;
Nunca escribió la Libertad bendita
Página más cabal, brillante y pura.

Serena ciencia y obediencia estoica
El número y la fuerza equilibraron.
Lidió la Madre como siempre, heroica,
Y sus hijos el serlo acreditaron.

Concurrió allí la flor del Continente
Á merecer y coronar su dama,
Y sonreía Dios Omnipotente
Como el Poeta del grandioso drama.

---

(1) Dia del año de 1824 en que se dió la batalla de Ayacucho, la cual decidió de la independencia de lo que fué luego Colombia.

¿ Dó están ¡ oh Dios ! tus mágicos prospectos? (1)
¿ Por qué allí no cerraste nuestra historia
Antes de que acudiesen los insectos
Á devorar la mies de tanta gloria ?

Una nube de horror mis ojos vela.... (2)
No miremos aquí, demos un paso :
¿ Qué es de ti, fabulosa Venezuela,
Sacra de Norte á Sur, de Oriente á Ocaso ? (3)

¿ Cómo América entera no te guarda
Como á su corazón, entre cristales,
Y tu rüina indiferente aguarda,
Santuario de hombres y hechos ideales ?

Caracas, Cumaná, Valencia, el Llano,
Campos do fué vulgar la maravilla,
¿ Quién á su historia no se siente enano ?
¿ Quién á su vista no hinca la rodilla ?

Besara yo ese polvo, y, como el perro,
De aquellos dioses persiguiera el rastro,
Prófugo de esta edad del vil Becerro
Do la nostalgia de lo grande arrastro

Porque pasó la fiebre de la gloria
Y quedó en esqueleto el egoísmo
Parodiando raquítico la historia
Y hambriento devorándose á sí mismo.

. . . .

(1) Este acepción se funda en la etimología latina (*prospicere*, mirar adelante), y así se usa en inglés (*prospect*).

(2) Alusión al vil asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho en la montaña de Berruecos.

(3) Por haber nacido en ella Bolívar, Sucre, Páez, etc., y haberse dado en su territorio muchas y muy gloriosas batallas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense, á tu luz, las fuentes y los ríos,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡ oh Luna!
Vuelo al través de solitarias breñas
Á los lejanos valles do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡ Oh ! y éstas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha ;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del caos, por el mundo errantes ;
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
Ó con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,
Y alumbra al pie de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el Desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita....

Se acerca el centinela de la Muerte:
¡He aquí el Silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario,
Del infinito á la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada....

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumergirme torno entre mí mismo,
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo.

Delirios siento que mi mente aterran....
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados....

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera, gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda, al verte, su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Esta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya,
Ante el brillo del alma, hija del Cielo,
Nó son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

Á LA PALMA DEL DESIERTO

(AL SEÑOR D. JOSÉ MARÍA SAMPER)

¡Palma gentil, del bosque soberana!
Yergue tu cuello ufana,
Que ante tu excelso tronco, la techumbre
De la alta selva apenas es alfombra
Do tendida tu sombra
Ondula del Ocaso á la áurea lumbre.

Sí, que del bosque el secular follaje
Te rinde vasallaje,
Al par que tú, con trémulos vaivenes,
Audaz á la región del trueno subes
Para que orlen las nubes
Con diáfano cendal tus regias sienes.

Al desatarse allí tu copa al aire,
¡Con qué gentil donaire
El verde encaje mece cada rama!
Tal, en brillante fiesta, ondula, juega,
Se descoge ó repliega
El abanico de andaluza dama.

Y si al hechizo de tu esbelto talle,
Desde lejano valle
Vuela á pulsar enamorado viento

Tus muelles flecos en la noche umbría,
Tu copa al cielo envía
Himnos de amor en regalado acento.

De amor sin par; que al son de tu ramaje,
Del árabe el linaje
Meció feliz su primitiva cuna;
Y sólo tú seguístele proscrito
Al arenal maldito
Donde vaga sin rumbo y sin fortuna:

Do no se ve del matinal rocío
El fúlgido atavío
Al sol brillar sobre tus verdes frondas,
Ni de sereno lago en la ribera
Tu imagen hechicera
Oscilar á tu pie bajo las ondas;

Do no se escuchan trinos ni el murmullo
De fuentes, ni el arrullo
De palomas, ni brilla flor galana,
Verde sembrado ni lozano huerto:
¡Sólo tú... y el Desierto!
¡El rojo sol... y errante caravana!....

¡El sol! que por centurias hiere en vano
Tu ramaje liviano,
Porque su rayo, á tu vaivén airoso,
Sobre tus hojas fascinado duerme,
¡Que la hermosura inerme
Siempre el escollo fué del poderoso!

Allí tu tronco estremecido cruje
Del Ábrego al empuje,
Que la arena levanta en turbia espira,
Y tu copa descuella siempre sola,
¡Pabellón que enarbola
El Amor sobre el campo de la Ira!

¿Ó acaso el Yermo en tiempo primitivo,
Al defender altivo
Su manto de verdor, luchando en vano
Contra el poder que le dejó desnudo,
Salvar apenas pudo
Ese jirón en su convulsa mano?....

¡Ah, sí! ¡Venid, y tras la huella mía
Seguidme hasta la ería
Llanura sin confín! Con la voltaria
Arena por alfombra, con la lumbre
Del cielo por techumbre,
Entremos en la ardiente y solitaria

Región del Exterminio : do triunfante
Sobre nube girante
De raudo polvoroso torbellino,
¡Su espectro cruza el ámbito infecundo!....
Refléjanse del mundo
La informe cuna y el final destino

Sobre este vasto espejo de la Nada,
Donde la luz lanzada
Sobre la faz del arenal bravío

— Como del siglo la rebelde ciencia —
¡Derrocha su opulencia
En alumbrar la Nada y el Vacío!

Menos traidora la Tiniebla, acata
El pudor, y recata
Su estéril seno en negra vestidura :
¡La luz que á la Esperanza corta el vuelo
Es tiniebla sin velo
Que audaz se ostenta en desnudez impura!

Sí ¡desdichado suelo! tus raudales,
Tus nieblas matinales
Huyeron, con tu gala verdecida,
Tus frutos, tus aromas y tus flores;
¡Y te fueron traidores
Aun los gérmenes mismos de la vida!

¡Y fué tu mismo sol el incendiario!
¡El Siroco nefario
Que con lúgubre aullido el fuego atiza,
Un tiempo el aura fué de tus jardines!
¡Tu arena sin confines
Es de tu antigua pompa la ceniza!

No el horizonte bástale por fosa,
La ceniza rebosa
Del cerco azul por sobre el linde vago,
Y el mustio polvo, allí, de humanas greyes
Al polvo de los reyes
Mezcla el Simún con pavoroso estrago.

Que los reyes que púrpura vistieron,
Cetro y vida rindieron
Ante el Poder que exalta y que destrona;
Mas del frondoso reino la presea,
En cuya sien cimbrea
De trémulo verdor triunfal corona;

Esa que invicta en garbo y esbelteza,
Prolífica adereza
Reparador manjar en blando nido
Que próvida recata en su corona;
La que el óleo sazona
Que de la pingüe oliva pone olvido;

Esa que herida en la procera frente,
La vivífica fuente
Mana, cuyo raudal emula ufano
La blanca espuma que al nacer el día
Exprime en la alquería
De la vaquera la robusta mano;

La que opulenta en su collar espacia
Con generosa audacia
De cauteladas urnas los turgentes
Senos, donde la cándida ambrosía
Y el refrigerio cría
Para sustento á desvalidas gentes;

La que de frutos mil ostenta opimo
El pródigo racimo,
Blasón y prez de su donoso tallo,

No la vida rindió, que su diadema,
Al par que regio emblema
Tesoro y vida fué para el vasallo.

Por eso, aun hoy, allí, tu cetro impera,
¡Munífica palmera,
Honor y timbre de la ardiente zona!
¡Tú conquistaste inmarcesible vida
Y reina fuiste ungida
Por la mano que exalta y que destrona!

Y luego osaste intrépida y fecunda
De la tribu errabunda
Los destinos seguir hasta el Desierto,
¡Y eres del adüar único amparo
Y del oasis faro,
Y en proceloso trance único puerto!

Y de tu blonda cuelgas al abrigo,
Para rey y mendigo,
Con largueza sin par que al mundo asombra,
Del dátil redentor el rico enjambre;
Que el espectro del Hambre
Jamás violó el recinto de tu sombra.

¡Jamás!... Cuando el Simún abate el vuelo
Y al pavorido suelo
Se desploma su inmenso torbellino,
Tu copa exhala por la mar de arena,
Acentos de Sirena
Que lejos oye el triste peregrino;

Y un grito al columbrarte en lontananza
El peregrino lanza,
Bendice á Alá y en su oración e nombra;
¡Y tú le brindas fruto y dulce ambiente,
Y acaricias su frente,
Su tienda y su camello con tu sombra!

REMINISCENCIAS

Á MI QUERIDO AMIGO ALEJO POSSE MARTÍNEZ,

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

Como en el yermo al límite distante,
Tras noche de borrasca asoladora,
El risueño celaje de la aurora
Sale á orientar al triste caminante ;
Así, cuando en un tiempo,
Apagado tu hogar al soplo aleve
Del cierzo de la tumba,
Sentiste el alma en lobreguez sumida,
Súbito un ángel con su faz de nieve
Iluminó el camino de tu vida.

¿ Era ángel ó mujer ? Mientras viviera
Fué preciso dudarlo, amigo amado.
¡ Sólo al tocar ayer su cuerpo helado
La encontraste mujer por vez primera !

Joven aún, empero,
En aquel tiempo, al contemplar la imagen,
En ella vió tu absorta fantasía
De tus ensueños la hechicera virgen,
La que tu mente adivinado había.

Y al célico fulgor de su mirada
Dilatóse á tus ojos
El horizonte del amor primero,
Bajo su etérea cúpula encantada,
Donde viste flotar tus ilusiones
En fila vagarosa
Cual nubecillas de jazmín y rosa;
Sin que de esas visiones
Por el sereno campo sombra alguna
Fugaz cruzara en el instante mismo;
Mas ¡ ay ! sobre la tierra
La codiciada flor de la fortuna
Nace siempre en el borde de un abismo.

Fué tuya al fin. Su mano entre tu mano,
Rica la sien con el olor süave
Que exhala de azahares la corona,
La vieron tus amigos
Del templo recorrer la augusta nave.
Y en el altar postrada,
Iluminado el rostro
Del pudor por las tintas virginales,
Incierto se divisa
Tras los velos de la alba vestidura,
Cual rayo de la aurora que fulgura
Al través de las nieblas matinales.

En ese fausto día
Aquella tierna y cándida paloma
Llevó de sus virtudes el aroma
Al nuevo hogar que para ti se abría.

Y en él entraste. El tiempo su carrera
Siguió veloz y venturoso fuiste,
Y al lado de tu dulce compañera
Te vi mil veces de tu dicha ufano
Cuando al hundirse el sol en occidente
Tu fatigada frente
Ella enjugaba con su blanca mano;
Y te vi en medio á la inocente prole,
De rostros infantiles
Y blondos rizos en alegre nido,
Echando tus afanes en olvido.

—

Cuando entre el hombre y su futura suerte
Cuelga la Dicha el deslumbrante velo,
No se escucha del Tiempo el raudo vuelo,
No se oyen las pisadas de la Muerte.

—

En apacible sitio
Hacia el confín de calle solitaria,
Lejano del tumulto
Aturdidor de muchedumbre varia,
Risueño se alza delicioso albergue
Del vano mundo á la mirada oculto.
En tan feliz morada,
De rosas y azucenas
Por sus nevadas manos adornada,
Empezaban tus horas de ventura
Á deslizarse apenas....

Y súbito ¡ oh dolor! ante tu esposa
Su seno abrió la Eternidad inmensa;
Del Sumo Tribunal en los umbrales
Sonó la voz de justa recompensa.
¡ Un toque de llamada!... ¡ Un nombre !... ¡ El suyo !
Y en pos dejando lágrimas y duelo,
Y el yerto polvo sobre el pecho tuyo,
Á la orden del Eterno tendió el vuelo.

Al pavoroso estrago
Que hace en tu alma tan terrible golpe,
En tinieblas envuelta
Un instante vacila,
Y entonces la Esperanza,
La cristiana virtud, veloz avanza
¡ Y allá en tu corazón cubre la fila!

¡ Ella era del Señor! ¡ Silencio ! ¡ Espera !
Su amor de esposa y madre
Cual un suspiro al viento,
Cual gota al Oceano,
Se unió al Amor del Ente soberano,
Y por arcanas sendas
Hoy vivifica, más que ayer fecundo,
El corazón de las amadas prendas,
Que á tan excelso fin le guarda el mundo.
Así, del sol al rayo poderoso,
El cristal de la fuente que murmura
En cauce estrecho por el valle umbrío,
Al éter sube en vuelo vaporoso,

Para verter mejor desde la altura
Su fecundante riego en el plantío.

¡ Valor ! Dos campos hay, amigo caro,
Que en este triste valle á un tiempo mismo
Su fruto ostentan á la luz del día :
El campo del placer — ¡ la cobardía !
El campo del dolor — ¡ el heroísmo !

LAS ROCAS DE SUESCA

I

Coronados de pencas y de arbustos
Sobre altos precipicios suspendidos,
Ved de gigantes los informes bustos
En éxtasis eterno sumergidos.

Un gesto horrible allí petrificado,
Con nariz trunca y arrugada frente,
Decir parece al que le queda al lado
Que le pisan un callo eternamente.

De otro coloso en la entreabierta boca
Las águilas sus nidos han formado,
Y del labio inferior bermeja roca
Cuelga como la lengua del ahorcado.

Y sobre mí la mole vacilante,
Tenida allí por invisible dedo,
Díjome con acento de gigante :
« Huye, mortal... ó sobre ti me ruedo. »

Á la voz *huye* víme en tal aprieto,
Que no hallando de pronto una tangente,
Resolví descender por el cateto
De un triángulo de estratas adyacente :

Triángulo que en sus pardos murallones
Sustenta de otros mil masa confusa,
Y en antediluvianos mojicones
Apoya la musgosa hipotenusa.

Cruzan con la mirada el horizonte
Cuatro patriarcas de semblante duro,
Á quienes miran del opuesto monte
Otros patriarcas de guijarro puro.

Y por saber si á conversar se prestan,
— ¿Qué hacéis ahí? — pregúntoles en verso,
Y en mudo endecasílabo contestan :
« Aguardamos el fin del universo. »

Escucho luego, lo que apenas creo,
Cual el rumor de viento que se aleja,
Un singular y vago cuchicheo
Entre las altas peñas de la ceja :

Cuando hacia el sitio la atención dirijo,
De abuelas miro inmóvil caravana,
Festejando con hosco regocijo
El fausto cumplesiglos de una hermana.

Es la faz de ésta avinagrada mueca,
Con letras chibchas en los dos carrillos;
El moño, de aluvión y yerba seca,
De liquen el collar y los zarcillos.

Secas raíces que á los lados penden
Forman su escasa cabellera grifa,
Y tres cabras, que el riesgo no comprenden,
Le comen la *capul*(1) á la *cachifa* (2).

Un pañuelo de musgo y lama verde,
Con prendedor de *quiche* (3) al seno atado,
Remata el traje : lo demás se pierde
Tras un dosel en el peñón tallado....

Es fumadora la siguiente roca,
Y por cigarro tiene, aunque apagado,
En el rincón izquierdo de la boca
De un frailejón (4) el tronco retostado.

Á la sazón en el opuesto monte
Caliginoso nubarrón se asienta,
Y en sombra sepultando el horizonte
Va á desatarse en hórrida tormenta,

Cuando la zalamera fumadora
Al crespo nubarrón así interpela :
— ¡Motosito! (5).
— ¿Qué manda, mi señora?
— Que me prestes, mi negro, tu candela.

---

(1) Con la palabra *capul*, de un nombre propio francés, se designa el cabello que cae sobre la frente.
(2) Muchacha.
(3) Planta de hojas anchas, que crece en las rocas.
(4) Planta de páramo, resinosa y medicinal.
(5) Diminutivo de *motoso*, de *mota* : aplícase al que tiene el cabello crespo, y es calificativo cariñoso.

Lanza la nube un rayo de su seno
Al frailejón entre la grieta fijo;
Tiembla la tierra al pavoroso trueno,
Y la abuela contesta : « Gracias, hijo. »

Y sigue en tanto el vago clamoreo,
Ora cual raudo viento que se aleja,
Ora cual soterrado campaneo
Entre las peñas de la torva ceja.

Pongo el oído atento, de sus voces
Oigo la cavernosa resonancia;
Llorar parecen los perdidos goces
De su inocente, submarina infancia.

— ¿No recuerdas, Miocena — exclama una —
Aquellos tiempos libres de pesares,
Cuando fué pabellón de nuestra cuna
El manto azul de primitivos mares?

— Aun se remonta á tiempos anteriores,
Cara hermana Pliocena, mi memoria,
Y me pinta con vívidos colores
De nuestro origen la remota historia,

Cuando de nuestros cuerpos las sutiles
Desligadas partículas sin cuento,
En juegos y reyertas infantiles,
Flotaron en el líquido elemento;

Y la vieja Borrasca sus canciones
Entonaba agitando, aquellas riñas,
Con chinesco de truenos y aquilones
Desde fuera gritando : « Bailen, niñas! »

Hasta que la invisible superiora
Con su sorda llamada, desde adentro,
La madre Gravedad, habitadora
Del vasto mundo en el fundido centro,

Al fin á nuestros lechos nos atrajo,
Hizo cesar los juegos y la riña,
Cantando sin cesar y en tono bajo
Con rumorosa voz : « Duérmete, niña. »

¡Almas de la Cotopa y la Cocigua,
Y *mama* Chimba, y todas nuestras madres,
Que fueron ¡ay! la cordillera antigua;
Y almas de los inviernos, nuestros padres!

Hijo de la Cotopa dicen que era
El muchachuelo aquel tan consentido,
Que de entonces *lisiado de hervidera* (1)
No dejaba dormir con su ronquido.

— ¡Ah, sí! Cotopaxito, por supuesto :
Mi amigo fué, ¡lo tengo tan presente!
Dicen que ahora con su hermano ha puesto
Hornos de fundición en Occidente. —

. . . .

Mas, del cimiento el rezongar profundo
Súbito escucho herido de sorpresa,
Que á las cornisas, viejas como el mundo,
« Muchachas, » dice, « ¿qué algazara es ésa? »

---

(1) Expresión familiar que significa *enfermo de ahoguío*, cuya respiración es por lo mismo difícil y ruidosa; y que por analogía se aplica aquí al hervor de los volcanes.

II

Enmudecieron todas un instante;
Mas, luego que el cimiento venerando
Tornó á dormir, la peña intermediante
Dió de ello aviso, y se siguió charlando.

Siluria, la mayor, anciana austera,
Que de su clara estirpe vió la gloria,
Vivo guardaba de su edad primera
El recuerdo feliz en la memoria.

Que su prosapia sube hasta el más alto
Rango; porque Plutón el Rey, la Infanta
Doña Traquita, el Duque de Basalto
Y el Príncipe Granito, cuya planta

Sonda la mar del subterráneo fuego
Mientras sus sienes baña en los sombríos
Golfos del polo, todos desde luego,
Según sus pergaminos, son sus tíos.

Y de esos pergaminos no se puede
Dudosa hacer la antigüedad presunta,
Que al herirlos, burlada retrocede
Del taladro tenaz la recia punta.

Mas ¡contempladla! Sobre la ancha frente
En vano el Sol sus dardos ha lanzado,
En vano, al par, la lluvia disolvente,
El rayo, el aquilón la han azotado.

¡Ved! De sus cejas trazan la figura
Sendos cordones de erizadas pencas,
Y he visto fulgurar en noche oscura,
Del cazador la hoguera entre sus cuencas.

Es de su alta nariz el bloque corvo,
Atalaya del buitre carnicero,
Que desde allí condena, inmóvil, torvo,
Su presa á muerte en el lejano otero.

Su boca, agreste ermita donde vierten
Mortal sudor las piedras; do se llaman
Á iglesia los conejos cuando advierten
Que los hambrientos galgos los reclaman;

Y es sacristán de aquella gruta pía
Un armadillo, que á la mansa vieja
Le ha perforado interna galería
Que comunica oreja con oreja.

Miréla. Alcé mi voz: — Augusta anciana —
Interpelé con hondo acatamiento —
Á vos ruego cantéis en lengua humana
Vuestra patria, abolengo y nacimiento. —

Viento improviso que del valle sube,
Penetrando en el hueco de su boca,
De arena expele giradora nube
Y, libre su garganta, así la roca:

— El Oceano que hoy al Occidente
Dilata sus cerúleos horizontes,
Cubre de nuestro patrio continente
Los hondos valles, los altivos montes

Esos montes, un tiempo, esas llanuras,
Desde el abismo á la nevada cumbre,
Ostentaron galanas vestiduras
De la Luna y el Sol bajo la lumbre.

Las celestes montañas que cruzaban
De confín á confín el patrio suelo,
Por cima de las nubes perfilaban
Sus vastas cumbres sobre el tul del cielo :

Cumbres que fueron trono soberano,
Regia mansión, en fuerzas opulenta,
Donde empuñó con fulminante mano
Su flamígero cetro la tormenta;

Donde regaba arrebozada en nieblas
Sus jazmines el alba veladora,
Y separaba el sol de las tinieblas
Con su jardín de luz la rubia aurora.

Los flancos sustentaban de la altura
De inmensas moles las pendientes rasas
Que revelaban ser por su textura
De primaria fusión enfriadas masas.

Allá — de imperio la mirada llena,
En ademán de enérgico tribuno,
Con sólo el mudo ceño el mar enfrena
Un basáltico espectro verde bruno.

Y acá — la faz de viso cristalino
Fija en la lumbre del lejano Oriente,
Un silíceo peñón, de su destino
El fin aguarda con serena frente.

Y el fin llegó; que fuerzas soterradas
Trabaron con el monte horrenda lucha
Que conmovió regiones dilatadas.
Se acercaba mi tiempo. Atento escucha :

De esa primaria sílice los bloques
Por el potente impulso destrozados,
A la honda quiebra tras tremendos choques
En fragmentos sin fin fueron lanzados.

Con fragor en el fondo se azotaba
Más que fiero torrente, inmenso río;
Que, en las venas del orbe rebosaba
De su pujante juventud el brío.

Las angulosas guijas al instante
Fueron por la vorágine sorbidas;
Y en tropel, al azar de la onda errante
Á recíproco frote sometidas.

Y en baraúndas cada vez crecientes
La turba de subácueos peregrinos
Á tumbos fué salvando las pendientes
Y en los cuencos girando en remolinos,

Hasta que de sus puntas y perfiles
Al violento volcar se desprendieron
Innúmeras partículas sutiles
Que á flote el rumbo del raudal siguieron.

Tal fué mi origen, el preciso punto
De do parte mi historia. La figura
De mi cuerpo infantil era disyunto
Corpuscular enjambre sin hechura.

De esa lid subacuática reñida
Por los bravos erráticos fragmentos,
Fuí yo la pétrea sangre difundida
En los senos de la onda tremulentos.

Era informe voluble muchedumbre
De undívagas moléculas que daban
Pálido viso de ambarina lumbre
Al diáfano cristal en que flotaban,

Y que mi germen fueron primitivo,
Como esas linfas fueron mi fortuna,
Aquella cumbre, mi linaje altivo,
Y ese cauce de pórfido, mi cuna.

. . . .

Á PANAMÁ

EN LA APERTURA DEL CANAL

(AL SEÑOR DOCTOR MANUEL PÁJARO)

Despierta, hermosa hurí; de tus palmares
Descorre el pabellón : la lucha suena
Que el fin augura á tu prolija pena,
Rompiendo tus prisiones seculares.

Del andino collado los sillares
Vuelan deshechos en menuda arena :
Ese roto eslabón de tu cadena
Será en tu mano cetro de los mares.

Ó bien, ¿será que turba enloquecida
Abriendo viene con ferradas manos
En tu cuello gentil mortal herida?

¿Qué importa, bella hurí? Los Oceanos
Te otorgarán la llave de la vida
Cuando se den el ósculo de hermanos.

Á LA SEÑORA L. S. DE SOFFIA

EN LA MUERTE DE SU ESPOSO EL EXCELENTÍSIMO

SEÑOR DON JOSÉ ANTONIO SOFFIA

Si en la tumba la mano yace inerte
Que ayer tu senda recamó de flores,
Tus ojos, noble amiga, cuando llores,
De Eterna Luz á la mansión convierte;

Que, cuando toca al corazón en suerte
Apurar el dolor de los dolores,
Sólo puede el amor de los amores
El abismo llenar que abre la muerte.

¿Por qué á tu pie gentil y peregrino,
Desde la altura el dedo soberano
De súbito trazó nuevo camino?....

Descifrado hallarás el hondo arcano,
Tras el dintel de tu final destino;
En tanto ... besa del Señor la mano.

JULIO ARBOLEDA

Sentimos no poder insertar en nuestra colección sino el primer cuadro del *Gonzalo de Oyón*, considerado por jueces competentes como el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica; pues ese poema es el que mejor personifica el carácter y las inclinaciones del poeta soldado. Publicamos además su bella despedida de Lima y su popular *Te quiero*. Julio Arboleda nació en Timbiquí, Departamento del Cauca, el 9 de Julio de 1817, y fué asesinado el 12 de Noviembre de 1861 en la montaña de Berruecos, no lejos del lugar en que lo había sido el Gran Mariscal de Ayacucho.

GONZALO DE OYÓN

PRELUDIO

Voy recorriendo pensativo y mudo,
Con paso lento, la esmaltada falda
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,
Precipita su rápido caudal.
De lo pasado en el abierto libro
Mis ojos por las páginas errantes
Leyendo van de los que fueron antes
La virtud, el delito, el bien, el mal;

Y los siglos, que ruedan envolviendo
Hechos y nombres en común rüina,
Cuya planta pesada peregrina
Dejando en pos olvido y destrucción;
Los siglos se presentan apiñados,
Leve punto en el tiempo do se hundieron,
Y donde, en su naufragio, confundieron
Nombres, historia, y gloria y tradición.

¿Dónde están ¡ay! los ínclitos varones
Que cansaron la fama, á cuyos hechos
Los límites de un siglo eran estrechos,
Que, abrumado, á su peso se rindió?

El más feliz al tiempo lanzó un nombre,
¡ Un nombre ! ¡ una palabra sin sentido,
Esparto leve al huracán cedido !
¡ Ligero corcho que á la mar cayó !

Mas á tu voz ¡ oh patria ! cuyos ecos
Repite el corazón, la débil mano
Extiendo (y por ventura extiendo en vano);
Y tras un nombre me verán correr.
¡ Esfuerzo inútil, desigual combate
De endeble enano con gigante atleta !
Mas ¡ ay ! ¡ sucumba el mísero poeta,
Y pueda el nombre vida merecer !

¡ Ven, pues, memoria, ven ! Tú eres tormento
Del desgraciado á quien tu peso oprime;
Á tu lúgubre aspecto, el hombre gime
Viendo surgir el olvidado mal.
Eres, memoria, espejo donde arde
El sol de la desdicha concentrado;
¡ En un foco, en un rayo, lo pasado
Reflejas sobre el tímido mortal !

¡ Ven, oh memoria, ven ! La patria mía
Es semejante á su infeliz poeta :
La desgracia también, con mano inquieta,
Meció su cuna, marchitó su sien;
Y hoy la insigne ciudad que yace sola,
Camello abandonado en el desierto,
Sigue abatida su destino incierto,
Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles
Secos, y uno por uno deshojados;
Crujen sus torreones encumbrados,
Tristes sus lindas virgenes están;
Y combatido de las recias olas
Que la barbarie por doquier subleva,
Su glorioso estandarte, en vano prueba
El soplo á resistir del huracán.

Y allí mis hijos, de la madre en torno,
Lloran sin quien á consolarlos vaya,
Vuelta la vista á la remota playa
Á do el común tirano me arrojó;
Y allí mi madre su viudez arrastra,
Y el flujo mira, sin apoyo, sola,
La náufraga infeliz, que á cada ola
Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡ Payán ! ¡ Payán ! en tus anales veo
Siempre la flor guardada por espinas;
Al roce de sus hojas purpurinas
Punzante abrojo con mi mano da.
Si las dispersas, mutiladas hojas
Tímido exhibo sin color ni vida,
Es que mi mano ¡oh patria dolorida!
Es que mi mano sin vigor está....

¡ Mas ven, memoria! y atrevida arranca
De las hojas del libro del olvido
Una desgracia más. Prestad oído
Á mi canción, vosotros que lloráis....

Pero no ; no me es dado las desgracias
De Gonzalo cantar, porque la lira
Mejor no pulsa quien mejor suspira ;
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

CUADRO PRIMERO

PUBENZA

El héroe ibero con prudente tino
Lo que al valor debió, guardar sabía ;
De Payán el imperio obedecía
Á Benalcázar, lidiador tenaz ;
Y las tribus de bárbaros errantes,
En torno unidas de la cruz izada,
La cara independencia abandonada
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria
Del cacicazgo ; el hijo generoso
Entre suplicio bárbaro, espantoso,
Rindió la vida á su Criador también ;
Y no quedada de la clara estirpe,
Para baldón de un héroe y su vergüenza,
Sino la hermosa, angelical Pubenza,
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,
Y á la vista del can, yace en acecho,
Con sus ojos de púdico temor ;

Pura como la cándida paloma,
Que de la fuente límpida al murmullo
Oye, al beber, el inocente arrullo,
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,
Al despuntar benigna primavera,
Modesta ostenta, virginal, primera,
Su belleza en el campo, sin rival;
Tierna como la tórtola amorosa,
Que arrulla viuda, y de su bien perdido
La dura ausencia en solitario nido
Llora, y lamenta su incurable mal;

Brillante como el sol, cuando refleja
Sus rayos el cristal de la montaña,
Si ni la lluvia, ni la nube empaña
Su naciente, purísimo esplendor;
Majestosa cual palma que se eleva,
Y ostenta en la vastísima llanura
Su corona imperial y su hermosura,
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban
El dolor y la negra pesadumbre,
Y de sus ojos la apacible lumbre
Empañaba una lágrima fugaz;
Y la vida arrastraba silenciosa,
Devorando su mísero tormento,
Porque al alma gentil ¡ ay ! ni un momento
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza : en ella el alma, todo
Respira amor, pureza y hermosura ;
El hechizo en sus ojos, la dulzura
Vaga sobre sus labios de clavel ;
Juega el blando placer modestamente
Con las esbeltas formas de la indiana ;
India en amar, en resistir cristiana,
Era su pecho á la virtud dosel.

¡ Malhadada belleza ! ¡ Malhadada
Aun la heroica virtud de la princesa !
Nada han valido, que sobre ella pesa
El yugo de despótico señor.
Padre tuvo, Pubenza, y no le tiene :
Hermano tuvo, mas también ha muerto ;
Y el mundo para ella es un desierto,
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores
Paz y felicidad le prometieron ;
Pero esos tiempos rápidos huyeron ;
¡ Huyeron, sí, no volverán jamás !
Huyeron, cual la nube del desierto
Al ígneo soplo de huracán airado ;
Y quedóle el recuerdo del pasado,
¡ Ay, tan sólo el recuerdo, y nada más !

Entre las huestes que la madre España
Desbordó sobre un mundo de repente,
Vino Gonzalo, el joven, el valiente,
De amor y gloria espléndido adalid.

Clara es su raza en bélicas hazañas,
Que en esos tiempos la virtud guerrera
Temprana herencia de los hijos era :
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,
Desnudo aún de la flotante pluma,
Precipita de lo alto hasta la espuma
Que hierve abajo en el bramante mar;
Ó cual león que por la selva ruge
Con el cachorro al lado, y se embelesa
Viéndole abalanzar sobre la presa
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,
Que aspira, entre perfumes y mujeres,
El aire enervador de los placeres,
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón :
Una piedra la almohada del guerrero,
La tierra era su lecho suntüoso;
Su alma en la gloria hallaba su reposo,
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,
Dejó doquier los rastros de su gloria,
Sin que un recuerdo diese á su memoria
De la Historia veraz la gratitud;
Y á su lado también lidió valiente,
Alvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano,
Que fué después, y se llamó *el Tirano*,
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,
Álvar del mundo injusto separóse,
Pero su pecho de venganza hinchóse
Contra España, sus leyes y su rey.
Júzganle muerto, y solitario estáse,
Víctimas señalando á su alto enojo,
Cual de águila real certero el ojo
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,
No halla, en el mundo nuevo Americano,
Sino el vago rumor de que el hermano
Yace en la tumba al par del genitor.
Álvaro en tanto, cual taimada fiera
Que escapó de reciente cautiverio,
Desde el triste cubil mira el imperio
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;
Lidia de honor sediento, y por doquiera
El entusiasmo de la hueste ibera
Le captan su prudencia y su virtud.
De Pasto por las bélicas legiones
Es debelado el escuadrón hispano;
Gonzalo acorre, anima al castellano,
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del Payanés imperio
Mírase á fuego y sangre acometida;
Cede la turba bárbara vencida,
Cede el Cacique á la imperiosa ley :

Del vencedor sacrílego la espada
Va á mancharse en la sangre del anciano,
Pero Gonzalo la alevosa mano
Castiga, y salva de Payán al rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte
Valor desmaya y la constancia falta;
Cuando el sueño los párpados asalta,
Y sucumbe la hambrienta desnudez;
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado,
De estéril roca en la tostada cima,
Gonzalo vela, calla; y si habla, anima,
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,
Cual leve sombra, el labio delicado,
Y en el rostro infantil ya era el soldado,
El consejero, el héroe, el capitán;
Ídolo de las huestes vencedoras,
Amparo al infeliz americano,
Éste la vida débele á su mano,
Á ésas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha
Sus páginas la historia de la tierra,
Máquinas de exterminio, que la guerra
Brota y el mundo adora en la abyección,
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,
La frente alzaba cándida y serena,
De deber y de honor el alma llena,
De piedad y de amor el corazón....

¡Flor solitaria en espantoso yermo,
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,
Por dar alivio á los cansados ojos
Heridos del calor del arenal!
¡Única fuente en árido desierto
Que refresca al sediento peregrino!
¡Sola enseña de bien en el camino
Por donde siembra la conquista el mal!

Cual su aroma á la flor, así á Gonzalo
Sigue Manuel, cuya agitada vida
Está con la del héroe confundida,
Y con él sufre, y gózase con él:
Amigos en la infancia se abrazaron,
La gloria y los trabajos los unieron,
Y jamás los peligros sorprendieron
Al buen Gonzalo lejos de Manuel.

Á la voz del honor atentos ambos,
Éste de aquél admira el heroísmo,
Y casi tiene celos de sí mismo
Si logra en la virtud sobresalir:
Se atribuyen su gloria; sus hazañas
Están, como sus nombres, enlazadas,
Y las dos existencias separadas
No puede el pensamiento concebir.

Del Payanés imperio era heredero
Payán, hijo del rey: su estirpe clara
Cualquiera fácilmente adivinara
De su rostro en la augusta majestad;

Mas al regio donaire del guerrero,
Al valor y á la atlética estatura
Une una alma gentil, cándida y pura,
Inagotable fuente de piedad.

Le ama Gonzalo; y él, agradecido,
Da por afecto, afecto más ardiente:
Le ama Manuel; y el príncipe valiente
Paga amor con amor, con fe la fe:
Los tres unidos por los dulces lazos
De la amistad, el siervo americano
Ve como hermano al vencedor hispano,
Y éste á su hermano en el vencido ve.

Digno es de dicha el ínclito Gonzalo,
Digno de que la suerte le bendiga....
Mas ¡ ay ! no; ¡ que la suerte es enemiga
Del genio, de la gloria y la virtud !
¡ La suerte agosta con su soplo ardiente
En nuestros pechos la mejor semilla,
Porque la suerte próspera no brilla
Jamás sobre la incauta juventud !

Gonzalo vió á Pubenza, y en sus ojos
Buscó amor, halló amor: el rey anciano
Bendijo al par, y el héroe castellano
Cifró su dicha en la alma bendición:
Y bajo un techo el par feliz vivía,
Amándole ella candorosa y pura,
Él bebiendo la vida en su hermosura;
Los dos un ser, una alma, un corazón.

¿ Quién al doncel heroico predijera
De su inocente amor la desventura,
Al contemplar vencida á la hermosura
Sobre su pecho reclinar la sien ?
¿ Quién á la virgen casta que se entrega
Al honor del doncel enamorado,
Hubiera dicho entonces : *Desgraciado*
Será Gonzalo, y lo serás también ?

¡ Nadie ! ¡ nadie ! ¡ En su púdico semblante
Juegan las ilusiones adoradas !
Flor virginal, sus hojas delicadas
No abrasa el sol, ni turba el huracán.
Y cual agita el céfiro süave
El tierno cáliz de naciente rosa,
Su mejilla, con púrpura gozosa,
Amor colora en su inocente afán.

Y el dichoso doncel goza á su lado ;
Y el doncel es mayor ; pero él no mira
Por sí, ni alienta solo, ni suspira ;
Ella suspira, alienta y ve por él ;
Él no tiene más vida ni ventura,
Que ella, principio y fin de sus acciones,
Y ella, en todas sus tiernas emociones,
Por su principio y fin tiene al doncel.

¡ Los une la virtud ! Brillan las horas
De grata luz, de paz y venturanza,
Que acompaña el placer de la esperanza,
Que anima el sol radiante del amor....

¡ Par infeliz ! ¡ contempla delirando
En la dicha futura, en la presente,
Y descuidado en su virtud, no siente
La tempestad que ruge en su redor!

Fernando Benalcázar, el soberbio,
Ama á Pubenza, adórala ; alimenta
Su alma altanera, indómita, violenta,
La inextinguible, la feroz pasión;
Y de todo es capaz : un pensamiento
Ocupa entera su existencia amarga,
Y del funesto amor bajo la carga,
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa;
Y celoso corteja á la venganza;
Y furioso de amor sin esperanza,
Busca en el crimen su único sostén:
Su carácter de fuego no permite
Contradicción ni leve resistencia,
Y en su absurda despótica potencia
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña ; vida y honra,
Todo está á su capricho encadenado:
En el imperio vasto conquistado
No hay más ley que su firme voluntad;
Ella manda, ella impera, ella se cumple,
Ni hay donde huír del lúgubre tirano ;
Que se siente doquier su férrea mano
Cual vasta, universal calamidad.

Un día vino, cuyo albor primero
Halló de Dios el templo profanado,
Y vió caer, de labio desmayado,
Cabe el altar un funerario *sí*;
Y al pie del ara, sin color, sin vida,
Una virgen modesta y hechicera....
De cien caciques la última heredera,
PUBENZA yace desmayada allí.

Ella, que por salvar al padre anciano,
Ella, que ya privada de su amante,
Al resplandor de lámpara oscilante,
Esposa de Fernando se juró.
Y el tirano cruel llevó contento
La carga leve en sus robustos brazos,
Y volvióla á la vida, entre los lazos
Que su pasión sacrílega forjó.

¡ Desgraciada mujer ! y desgraciado
Aquel que arroja en desigual balanza
El amor de la virgen, su esperanza,
Y de la hija el último deber :
¡ Su padre aquí ! ¡ su amor allá ! Batallan
La hija piadosa, la mujer que ama,
Y, á la voz del deber que adentro clama,
La hija piadosa vence á la mujer.

Corre la nueva en alas de la fama,
Y el Cacicazgo entero se estremece ;
Gonzalo, el buen Gonzalo no parece,
¡ Ay ! ni parece el destronado rey,

Ni Manuel, ni Payán. El hecho horrendo
Tolera y calla el pueblo americano,
Que donde impera el bárbaro tirano,
Hablar es crimen, el silencio es ley.

¡Ah! ¡Pubenza! ¡Pubenza! ¿conque el fuerte
Hijo del gran conquistador, te ha hecho
Desleal á tu amor? ¿Mintió tu pecho?
¡Ay! mísera, ¿qué hiciste? ¿dónde estás?
¿Dónde tu amante?... Un velo tenebroso
Aun oculta el sacrílego misterio....
Llora Pubenza en duro cautiverio:
¡La mano ha dado, el corazón, jamás!

¡Vive Fernando! ¡vive! De su suerte
La estrella brilla, plácida y tranquila;
Mas llega un tiempo en que su luz oscila,
Y parece apagarse para él.
Vago rumor de crímenes le acusa
Indignos ¡ay! de su elevada cuna,
Y en medio del poder y la fortuna,
Aspira ambiente emponzoñado y hiel.

La frente clara, la cabeza erguida
Ya no sostiene el cuerpo vigoroso:
Clava en tierra los ojos, temeroso
Del hombre no, del justiciero Dios;
Y embozado en su manto, y solitario,
Ora con paso mesurado, lento,
Se inclina ante el atroz remordimiento,
Ora de él huye, que le sigue en pos.

Al rumor que le acusa, con la muerte
Sale al encuentro, y de la sangre vive,
Y en medio de los crímenes percibe
Que es imposible detenerse ya;
Y por la suerte mísera empujado
Matar pretende al pensamiento mismo,
Y de crimen en crimen, al abismo
Rodando á su pesar, rápido va.

Es el primer delito como el lurte
Que el huracán de los nevados lanza:
¡ Rueda! y en cada giro crece, avanza,
En mole, y movimiento y solidez.
¡ Rueda! — de cumbre en cumbre despeñado,
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
Hasta que al fin le rompe y despedaza
Con estrago, su propia rapidez.

Busca alivio Fernando, ¿ pero dónde?
Del cielo aparta los enjutos ojos:
En el jardín de amor sólo hay abrojos;
En la tierra hay esclavos, soledad.
Pero nada le abate; solo y fiero,
Amor y tierra y cielo desafía:
En su pasión, en su valor confía,
Y desprecia á la abyecta humanidad.

Tan sólo con un fin humillaría
La frente altiva, el alma de diamante;
Y vaga eterno el pensamiento errante
De aquel objeto idolatrado en pos.

Es amor su fantástico delirio:
Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,
Y, desoído, de su ser reniega,
De gloria, y cielo, y religión, y Dios.

Siete veces el sol trajo el estío,
Y siete veces le encontró penando,
Porque el dolor se sienta con Fernando,
Y vive con Fernando el padecer.
La octava vez... ¡ Silencio ! que ha sonado
Bélica trompa cuya voz retumba....
Busca, ¡ oh guerrero, una gloriosa tumba !
¡ Llama el clarín !... ¡ Silencio á la mujer !

Y el trátago de gentes afanadas
Sordamente resuena,
Y hierve la ciudad como si fuese
De los hombres anchísima colmena.

¡ Mas no fué siempre así ! Mi fantasía
Á la pasada edad tornando el vuelo,
Se place en contemplar la dulce patria
De su oriente pacífico en el día.
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo
Se yergue de basílica suntuosa,
El altar santo queda,
Con el céfiro manso una arboleda
De robles seculares se mecía;
Y aquel otero allá, de donde corre
Primero, rotas peñas quebrantando,
De linfas claras resonante río,
De cabañas de bálago cubiertas
Era entonces un pobre caserío.

¿ Y en qué lugar al aire abierto un día
La redentora cruz se alzó primero ?
El escuadrón conquistador la frente
Humillado inclinaba,
Mientras la muisca gente
Viendo rendir el formidable acero
Que desquició su antigua monarquía,
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡ Oh ! ¡ ven conmigo, antigua amiga mía,
Musa ! que no quemaste un solo grano

De incienso nunca ante ningún tirano;
Tú que arrojas coronas enlazadas
Con ramas de laurel, que jamás muere,
Para ceñir la sien, no del guerrero
Que se alza, lidia y triunfa,
Y cual tormenta que pasando asuela,
Dejando en pos de sí tristes despojos,
Mas la frente del útil ciudadano
Que primero este campo hizo fecundo
Sembrando en la era el extranjero grano;
Del cenobita impávido que al centro
Penetró del desierto más profundo,
Y á la vida social al indio errante
Redujo del amor con suave mano;
Y del que pan y regalado lecho
Dió cariñoso al desvalido infante.

¡ Oíd cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha! Ya en la loma más distante
Prende voraz el fuego,
Y el humo azul camina lentamente,
Mas se derrama luego
Por los collados todos;
Y el águila imperial, alipotente,
Fija la vista al sol, alza su vuelo,
Y se pierde en las nubes arrolladas
En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado
Bajo el fecundo arado

El toro, padre de la grey; el seno
De la tierra rompiéndose negrea,
Y la que antes espada destructora
Resplandeció ominosa en la pelea,
Hora en reja cambiada
Entre los grandes surcos centellea;
Y ese que, hoy labrador, ayer guerrero,
El mar cruzó trayendo el rubio grano
Que derramado en la era
Dará abundancia á la colonia entera,
Después verá doblándose á los soplos
Del favonio süave
La frágil caña con la espiga grave;
Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,
Recogerá, saltando en leves ondas
El blanco río de menuda harina.

Ya que musa servil loores canta
Al guerrero que al mundo en sangre tiñe
Y la corona á la virtud debida
Doblando la rodilla humilde ciñe;
¡Musa mía! levanta
De éstos los nombres sin culpable miedo,
Y mi patria no ignore
Que el inmenso bien debe
Á Briceño y á Aguayo y á Acevedo.
Y de prez no menor dignos se hicieron
Para ilustrar su nombre,
Aquellos españoles que trajeron

Los animales útiles al hombre.
Junto al hogar medio apagado yace
Adormido el lebrel de noble raza:
Mas oiga el eco gemebundo apenas
De la armoniosa trompa de la caza,
Y veréislo partir. La tierra toca
El delicado muso, alarga el cuello,
Y, cual la flecha que silbando rasa,
Con vivísimos saltos atraviesa
Tras la tímida corza ó suelta liebre
El llano, el bosque, el río, la alta roca
Hasta que al fin la presa
Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡ Con qué estúpido pasmo no vería
El indio inculto por la vez primera
El altivo corcel ! No de la trompa
El ronco son espera ;
La leve oreja tiende
Y el fácil cuello enarca
Al rumor de los céfiros de Mayo,
Y fogoso, impaciente se enarmona ;
Súbito fuego su pupila enciende,
Dejando ver de su ojo todo el blanco,
Atrás echa la crin en ondas sueltas
Sobre el trémulo flanco,
Y libre del ronzal que lo aprisiona
Vuela en el campo abierto ;
Traspasa el seco erial, solo y desierto,
Con duro casco el pedregal trillando ;
Ó para en alta loma
Y suelta su relincho sonoroso

Si oteó la yeguada desde lejos;
Ó á la orilla del río espacïoso
Tranquilo al ruido va del agua mansa,
Con las brisas del monte jugueteando,
Por la alta grama de la fértil vega
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿ cuál fué la española
(Pues mujer debió ser sensible y bella)
Que, cual triste recuerdo
De patria ausente ó fúnebres amores,
Pasando á la comarca
De la extensa y feliz Cundinamarca
Trajo consigo el germen de las flores?
Débenla nuestros prados y pensiles
Verse alfombrados de las nuevas rosas
Cuando en el cielo ríen los abriles;
Y el clavel salpicado
Con el múrice tirio
La altiva copa alzar en frágil ramo,
Y su manto ostentar, más esplendente
Que los del mismo Salomón, el lirio;
Y la albahaca, del hogar amiga,
Que crece sin fatiga,
Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,
Cuando apunta la luz del nuevo día,
No bajará quejoso el son agudo
De la campana desde excelsa torre
Á celebrar las glorias de María;
Mas del pajizo alar de la cabaña

Saldrá el clangor cual de clarín sonoro
Del gallo vigilante,
Que salude el lucero de la aurora,
Que sube por el éter rutilante
Tiñéndose del sol con la luz de oro ;
Y veráse después cómo á la turba
Que su serrallo numeroso puebla,
Con voz amante llama
Á recoger el derramado grano
Del rubio trigo entre la verde grama,
Como después que el labrador recoge
En la espaciosa troje
Los frutos que le dió próvido el cielo,
De las chisgas el pueblo numeroso,
En alas de los céfiros traído,
Cual en un gran palacio prevenido
Por el Dios bondadoso,
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.
Debajo de la tribu desparece
De repente el follaje ; el árbol brilla
Como una grande cúpula de oro,
Y de tanta avecilla
No cesa un punto el gorjear sonoro ;
Así de la Misión todos los niños
Cuando oyen la sonora campanilla,
Corren en torno de la Cruz que arranca
Enhiesta al aire y cercan al anciano,
Que entre tantas cabezas infantiles
Descuella allí con su cabeza blanca.
¡ Oh ! ni Platón, ni Sócrates, famosos
En los anales del saber, supieron
Tras largos años de velar contino

Lo que estos pobres niños, candorosos,
De los trémulos labios del anciano,
Al pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama
De los santos discípulos de Cristo
Una sola región y un solo clima.
Ellos irán de amor la pura llama
Á prender en el pecho del salvaje,
Á par las artes de la paz mostrando,
Al suelo donde Arauca se derrama
Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,
La inmensa soledad fertilizando.
Subirán á la cumbre siempre yerta,
Trono de la borrasca asordadora,
Y oirán por fin el cántico sonando
En loor de la Cruz reparadora,
En cuantas son las lenguas,
Por cuantas son las tribus que mi patria
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
Porque después de alzar templos suntuosos
Á nuestro Padre Dios que está en el cielo,
Al enfermo abrirán quietos asilos,
Darán madre á los huérfanos
Y bendecido lecho á los ancianos,
Donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡ Y es poco aún !... En su incansable anhelo
Por anunciar la vida á las naciones,
Quieren centuplicar la voz divina,

Fijando su fugaz é instable vuelo;
Y el árbol de la ciencia, [y muerte
Que es bien á un tiempo y mal, y vida
Que encontró Guttenberg, ellos plantaron,
Antes que otro, en la tierra granadina.

¡ Oh ! ¡ dadme frescas palmas
Con que tejer coronas
Que ornen la sien del vencedor ! ¡ Oh ! ¡ dadme
La lira de grandílocuos conceptos
Para cantar sus ignorados nombres;
Y en alas de los céfiros llevados
De la tierra á los climas apartados,
Sean amor y orgullo de los hombres !
¡ Á todo bien tributo de alabanza !
¡ Á toda noble inpiración un canto !
Lo mismo al que confiando su fortuna
Á frágil tabla y á delgado lino
Al océano férvido se lanza
Hallando de la América el camino,
Que al que rasgando el florecido manto
De la tierra el arado usó primero:
¡ Á todo bien tributo de alabanza !
¡ Á toda noble inspiración un canto !

BOYACA

Yo contemplé con pasmo religioso
Alzarse el sol ardiendo en vivo lampo,
Una vez y otra vez resplandeciente,
¡ Famoso Boyacá ! sobre tu campo.
Ya los ecos salvajes
De tu colina bella
No repiten del bronce el estampido :
Ya de tu antigua gloria en ti no hay huella;
Y aquí se dieron cita
Dos pueblos valerosos
Á definir una mortal querella;
Y éste es el mismo río que, engrosado
De las tormentas con las turbias aguas,
Sobre la roca solitaria espuma,
Donde enlazados en abrazo odioso
En la última agonía
Los cuerpos de los fuertes campeones
Arrastró confundidos aquel día.
No hay túmulos aquí, no hay inscripciones
Que conmemoren tan heroicos hechos.
Las cruces de madera
Con que la religión honró las tumbas

Cayeron; ahora extienden los helechos
Tan sólo aquí su movediza copa,
Y pasta mi corcel la verde grama
Que de los bravos el sepulcro arropa;
Y aquí, de noche, los labriegos oyen
Suspiros en el viento,
Tropeles de caballos desbocados
Y el retintín de aceros que se chocan,
Cuando se pone la menguada luna
Entre las negras nubes de Occidente,
Y el can ladra á las sombras tristemente.

Los Alpes gigantescos, la barrera
Que entre los pueblos asentó el Eterno,
No atajaron el paso al fiero Aníbal,
En Trasimeno vencedor y en Canas,
Ni al gran Napoleón para ceñirse
De Marengo los lauros
En las campiñas fértiles romanas.
Cállense estas empresas generosas; [grandes;
Que aquí hay mayor virtud y hechos más
Como á la cima de los Alpes vence
La excelsitud enorme de los Andes.

Desde donde el Apure al Orinoco
Con ronco estruendo su raudal tributa,
Hasta donde los Andes su cabeza
Alzan orlada de perpetua nieve;
Llanos inmensos, caudalosos ríos,
Soledad espantosa atravesando,
Bolívar salva, al español buscando.

No el cielo, triste con el largo invierno,
Que torna en mar inmenso las sabanas;
No la inclemente tierra, en que del tigre
Sólo se ven las huellas,
Á Bolívar detienen : marcha, abajo
Quedan los llanos; marcha, y á la cumbre
Trepa de los gigantes de la tierra,
Y pisa al fin la ubérrima comarca
De la bella y feliz Cundinamarca.

Cual tempestad horrenda que camina
Cubriendo con sus alas pavorosas
Monte y valle, poblados y colina;
La obscuridad y el miedo la preceden,
El exterminio y muerte van con ella;
Sopla abrasando el huracán; se raja
La obscura nube donde duerme el rayo,
Y en ángulos de fuego corre y baja;
Retumba rimbombando el ronco trueno
Y de la tierra se estremece el seno :
Así Bolívar llega y se presenta
Á la contraria hueste de improviso,
Que, asombrada, la fuga en vano intenta.
El héroe, como el águila, sedienta
De sangre y de furor llena y de rabia,
Que por doquier su presa enhambrecida
Sigue sin darle punto de respiro,
Cierra las sendas á cobarde huída.
Y se traba la lid : la muerte cruda
En ambos campos pasa la hoz aguda
Inmolando cien víctimas y ciento;
Y cuando en el hervor de la pelea,

El tronar del cañón cesa un momento,
De los heridos se oye la alarida
Con triste guaya ensordeciendo el viento,
Ó la voz de Bolívar conocida
Que al combatiente infunde nuevo aliento.

El sol que en la mitad de su carrera
Vió empezar el combate,
De púrpura riquísima en el velo
Que en el pórtico tiéndese del cielo
Ya con menos fulgor la frente abate;
Y la mortal contienda acaba sólo
Cuando llega la noche, y las estrellas
Con su luz celestial bañan el polo.
[¡ Cuántas veces
¡ Oh ! ¡ qué espléndido triunfo !
Cuando el héroe magnánimo,
En las noches sin sueño,
Solitario en su tienda se sentaba
Y el pensamiento inquieto revolvía
Al tiempo irrevocable,
Las inmortales hijas de su gloria,
— Ayacucho y Junín y Carabobo.... —
Radiosas desfilar ante él veía !
Cual Boyacá ninguna
Entre tanta victoria ;
Que así pierden su brillo las estrellas
Cuando aparece la fulgente luna.

Se figuraba entonce estar oyendo
El eco del clarín entre el redoble
Del atambor guerrero y las descargas ;

Del cañón el estruendo,
Los gritos de victoria, los quejidos
Del soldado muriendo,
Y el alto relinchar de los caballos
Que sin dueño en el campo vagueaban;
Y ver el flamear de las banderas
Y el brillo de las armas refulgente,
Y las nubes de humo....
Á nueva vida entonces renacía
Su corazón de penas expirante,
Cual cobra su esplendor por un momento
Lámpara moribunda
Cuando sopla una ráfaga de viento.
Es de inmortalidad el aura santa
Que de otros mundos á nosotros viene,
Que nuestro pobre corazón inunda
De paz, que en el martirio nos sostiene
Y á regiones de gloria nos levanta.

¡Todo pasó! Mas cierto
Que tal virtud, valor y patriotismo
Mejor corona y premio merecían.
¡Patria! tú mandas el deber severo,
Sin prometer el canto de la fama
Ni el honor del sepulcro postrimero.
¡Regocíjate ya! Los claros nombres
De tus hijos, á par pueden oírse
De los que fueron prez de otras edades,
Más semidioses que hombres,
Camilos, y Leonidas, y Milciades.

Mas si tales la suerte y los destinos
De nuestra raza son; y si el torrente

Del tiempo en sus revueltos torbellinos
Consigo arrastra á una
De los mortales glorias y fortuna,
Quedan con todo nombres
Que eternos vivirán entre las gentes;
Y el tuyo ¡ Boyacá ! fué consagrado
Á la inmortalidad en el gran día
En que Bolívar desnudó su espada
En tu glorioso campo,
Y disipó con victorioso lampo
De esclavitud la centenaria niebla
En que Colombia mísera yacía.

¡ Oh Boyacá ! ¡ Tú, testimonio vivo
Eres de esta verdad asombradora !
Vives; mas sólo reina en tu colina
El silencio sublime
De augusta majestad; si el viento gime,
Sólo la voz del río aduladora
Lleva, ó la del cansado peregrino
Que canta — y no á tu gloria, que él ignora —
Por consolar la pena del camino.

A TUNJA

DESDE EL ALTO DE SORACÁ

I

¡ Oh ! ved allí la antigua y noble villa
Patria del Zaque y tumba de Rondón,
Con su aire puro y su brillante cielo,
Sus altas torres que ilumina el sol.

Á su sagrado suelo no dan sombra
La palma, el limonero ni el jazmín ;
Ni se escucha la voz de los torrentes
Que ronca suena al último confín.

Esto conviene á sus pasadas glorias
Y á su terrible y fiera majestad ;
No el vuelo de la brisa entre las flores,
Mas ronco son de recio vendaval.

Ella, cual la Cibeles de la fábula,
Nos muestra, sonriendo, por blasón,
La virtud y belleza de sus hijas,
De sus heroicos hijos el valor.

Que tengan otras tierras bellos campos,
Ríos, flores... ¡ qué importa !... aquí nací :
¿ No ama también el águila su roca,
Cual su humilde rosal el colibrí ?

II

Esos despedazados monumentos,
Que no pueden mirarse sin dolor,
Son elocuentes ruinas que publican
Noble infortunio y sin igual valor.

¡ Qué luz de gloria en los antiguos días
Su augusta frente iluminó fugaz,
Cual se mira entre nubes tormentosas
El iris del Señor reverberar !

Cuando Aquimín manchaba con su sangre
Las aras en que amor le coronó ;
Cuando Quesada sus feroces huestes
Como un torrente asolador soltó ;

Y cuando, desplegando al vago viento,
Roto por la metralla en Boyacá,
El pendón de la patria flameaba
Prenda de redención y libertad....

De tu glorioso escudo los cuarteles
Por la injuria del tiempo destructor
Cayendo van sin remisión ¡ oh Tunja !
Cuna de la nobleza y del honor,

Cual vuelan por el bosque solitario
A impulso del horrísono huracán,
Una á una las plumas desprendidas
De las alas del águila caudal.

III

¡ Quién te volviera el esplendor perdido,
Tu majestad y tu opulencia, quién !
¡ Quién sobre ti vertiera los raudales
De riqueza, de gloria, dicha y bien !

¡ Oh ! si tus mismos hijos... Mas ¡ silencio !
Que de la ausencia escucho ya la voz
Inflexible sonar... Adiós ¡ oh Tunja !
Adiós ¡ oh Tunja, y para siempre adiós !

RAFAEL NÚÑEZ

Aunque Núñez ha sido una de las personas más discutidas, sobre todo por la elevada posición política que ocupó en su país en los últimos veinte años, nadie le ha negado sus dotes de escritor y su habilidad de gobernante. En los pocos ratos que sus complicadas y activas tareas de político y periodista le dejaban libres, cultivaba la poesía; y sus producciones se distinguen tanto por lo filosófico y expresivo del fondo, como por lo enérgico, conciso y á veces nuevo de la forma. En su juventud fué liberal avanzado en política y escéptico en filosofía; pero el atento estudio que hizo de las instituciones de Inglaterra, donde residió largo tiempo, y del sabio gobierno inglés, produjo en su amplio espíritu una revolución, en virtud de la cual la indiferencia se convirtió en tolerancia, en un tiempo de acostumbrada persecución oficial, y la tolerancia se tornó naturalmente en respeto y protección á las ideas morales y religiosas, única base sólida de todo buen gobierno. Así se explica la inmensa distancia que media entre su escéptico *Que sais-je?* y su bíblico *Moisés*. Núñez fué elegido miembro de la Academia Colombiana, mas no llegó á tomar posesión del puesto. Nació en Cartagena, Departamento de Bolívar, el 28 de Septiembre de 1825, y murió en la misma ciudad el 18 de Septiembre de 1894.

QUE SAIS-JE? (1)

EST QUAEDAM FLERE VOLUPTAS.
OVIDIO.

El corazón del hombre es un arcano
Inescrutable, imagen de Oceano,
Laberinto sin límites ni fin;
Ayer gozó y hoy sufre; ayer lloraba,
Y donde el yermo del dolor miraba,
Hoy encuentra un jardín.

Ésta es la ley: la ley á que obligados
Todos vivimos, buenos y malvados,
El niño, el viejo, el hombre, la mujer;
El vasallo y el rey, el opulento
Y el proletario, el de saber sediento
Y el harto de saber.

El dolor que en el alma halla cabida,
Pierde al cabo su espíritu homicida
Y cesa de ofender como dolor;
Y no hay de goce bulliciosa fuente
Que no agote ó desvíe indiferente
El tiempo volador.

(1) Lema de Montaigne.

¿ Es esto un bien ó un mal ? ¡ Oh ! yo he pen-
En ocasiones que uno mismo el hado [sado
Es de todos aquí ; que no es verdad
Que con la dicha priven los felices,
Si del destino en todos los matices
Existe la igualdad.

En balde el hombre la intención concibe
De mejorar su suerte, piensa, escribe,
Descuaja montes, profundiza el mar ;
Porque siempre la ley de la armonía
Hace que toda causa de alegría
Lo sea de pesar.

El aloe es amargo y oloroso ;
El opio que á los miembros da reposo,
También lleva el delirio al corazón ;
El hierro que extermina, también crea ;
Aurora á veces es la infanda tea
Que enciende la ambición.

Á la abeja que almíbar nos procura,
A un tiempo con la cándida dulzura
Su ponzoña le vemos infiltrar ;
El viento que nos lleva hacia otros mundos,
Nos sepulta también en los profundos
Osarios de la mar.

El Nilo al desbordar fecunda y tala ;
Como la Pitonisa, el genio exhala
Parte de su existencia al transmitir
La creación que su mente ha concebido ;
Y ¡ cuántos, ay, la muerte no han sufrido
Por la verdad decir !

Ignoro si mejor es el verano
De la existencia que el invierno cano,
Ser titán ó pigmeo, hombre ó mujer;
Si es mejor ser humilde que irascible;
Si es mejor ser sensible que insensible,
Creer que no creer.

No sé si deberemos dar gemidos
Cuando vemos en momias convertidos
Los ídolos de nuestro ardiente afán;
Ni sé si es egoísmo el sentimiento
Que nos hace sufrir en el momento
Que eterno adiós nos dan.

Ignoro si el azote de la guerra,
Como las tempestades, en sí encierra
Elementos de bien bajo su horror;
Si las hordas de Atila prepararon
Á las mismas comarcas que asolaron
Un destino mejor.

Así como el laurel el rayo atrae,
Sobre la gloria la centella cae
De la envidia encubierta y suspicaz.
Aquél de triunfo emblema fiel ha sido;
Mas, á pesar del rayo, ¿ quién ha huído
De ti, Circe falaz?

No sé si lo que llaman heroísmo
Es virtud, embriaguez ó fanatismo,
Odio, ambición, delirio, saciedad....
En la noche que forman las pasiones,
No alcanzo de mis propias emociones
Á saber la verdad.

El insecto coral labra su ruina,
Al elevar el suelo que hoy domina
El hombre, y el Oceano ayer cubrió :
El ensueño del áureo vellocino
Dió principio á la ciencia del marino
Que nunca lo encontró.

Á la cizaña el trigo anda mezclado ;
Así unidos, el riego y el arado
Los hacen de la tierra producir ;
Y, cuando la estación propicia llega,
Juntos y á un tiempo el labrador los siega
Su hoz al esgrimir.

Así ¡ oh dolor ! no sé cómo llamarte,
Aunque mi corazón tu espada parte
En mil pedazos al cebarse en él ;
No sé si de la vida en el abismo
Son en definitiva un jugo mismo
El néctar y la hiel.

No sé si la ignorancia y la pobreza
Dan al pecho del hombre más tristeza
Que el influjo del oro corruptor.
Si es la ciencia dudosa que aquí hallamos
Escala vacilante en que pasamos
De un error á otro error.

Ignoro si el veneno de Locusta
Sería en el ansia de congoja adusta
Para el pecho dulcísimo cordial ;
Si es más fuerte el que lucha con sus penas
Que el que quiebra de su hado las cadenas
Á un golpe de puñal.

El llanto en ocasiones es dulzura,
La sonrisa repliegue de amargura,
Sarcástica blasfemia la oración,
Aureola el estigma de un suplicio,
Implacable tortura el beneficio,
Plegaria la canción.

Á veces avaricia es la largueza,
Reserva y disimulo la franqueza,
La inocencia y candor, malignidad;
El intrépido arrojo, cobardía;
La prudencia, denuedo y osadía;
Impiedad la piedad.

No sé lo que deseo, lo que busco;
A veces con la luz misma me ofusco,
Á veces en tinieblas veo mejor;
Á veces el reposo me fatiga,
Cuando me muevo á veces se mitiga
De mi sangre el hervor.

¡Oh confusión! ¡oh caos! ¡Quién pudiera
Del sol de la verdad la lumbre austera
Y pura en este limbo hacer brillar!
De lo cierto y lo incierto ¡quién un día,
Y del bien y del mal, conseguiría
Los límites fijar!

EL MAR MUERTO

Hay en Judea un mar que la Escritura
Ha llamado Mar Muerto :
Sus aguas saturadas de amargura,
Cual ningún otro mar, no dan asilo
Ni al inocente pez, ni al cocodrilo :
Son un hondo desierto,
Y el huracán apenas las remueve,
Porque es para ellas demasiado leve.
Al fondo de ese mar yacen Gomorra,
Sodoma, Zeboín, Adam y Bala,
Como en inmensa sepulcral mazmorra;
Ninguna nave allí su quilla cala,
Y el triste peregrino
Que se acerca á su orilla pavorosa,
Lanza un grito de horror, y su camino
Desanda con carrera presurosa.

¡ Ay ! ese mar soy yo : mis ilusiones
Y mis placeres son esas ciudades
Que en su justicia Dios volvió carbones,
En pena de sus muchas liviandades.
Ninguna idea por mi mente cruza,

Pues todas las rehusa;
Ni al bien ni al mal doy en mi ser sustento,
Y ni aun el vendaval de las pasiones
Turba este inexorable abatimiento.

Á MI MADRE

EN UN MEMORÁNDUM

Yo quiero consagrarte una memoria
— ¿Y á quién mejor que á ti? —
En este libro donde está la historia
De mis placeres ¡ay! y de mis lágrimas,
De todo cuanto dejo tras de mí.

En ese mar tan lleno de emociones
Que llaman juventud,
Entre sus nieblas, rocas y turbiones,
Yo alcancé á descubrir tu faz profética
Mostrándome el deber y la virtud.

Cual en nombre de Dios paloma ungida
Á Noé señaló
El verde ramo, símbolo de vida,
Así también de mis tinieblas hórridas
El término tu imagen me anunció.

El negro caos do la fe naufraga,
Que hunde en la noche al ser,
Se evaporó ante mí cual sombra vaga,
Y desde entonces comprendió mi espíritu
Que amar no es otra cosa que creer.

Más tarde... cuando el soplo del destino
De tu hogar me lanzó,
Cuando tuve que andar otro camino
Donde no estabas tú, mi ángel benéfico,
Mi planta nuevamente vaciló.

Y el viento sepulcral de las pasiones,
Semejante al simún,
Rehizo los disueltos nubarrones;
Y la luz meridiana fué crepúsculo,
Y así ha quedado y se conserva aún.

Alejado de ti mi alma se agita
Cual nave sin timón,
Como la flor sujeta, aunque marchita,
Del oscilante y combatido vástago
Que brotó junto al mar roto peñón.

Necesario es reunirnos: la existencia
Sin el amor ¿ dó está ?....
Pero, como el amor es la creencia,
De tu asilo apacible busco el ámbito,
Porque sin ti mi pecho no creerá.

Quiero volver á mis pasados días
De calma. Yo bien sé
Que es difícil hallar las alegrías
Que en las alas del tiempo huyeron rápidas,
¡ Pero á tu lado, sí, las hallaré !

Quiero, sentado junto á ti, al reflejo
De la luz del hogar,

Contarte cuánto sufro cuando dejo
Por el ruido del mundo el rumor plácido
De esa morada de mi dicha altar.

Quiero abrirte mi pecho desolado :
En él encontrarás
Un corazón transido y desgarrado,
De las dudas flotando ¡ ay ! en el piélago,
Pero que tú á la orilla sacarás.

Quiero abrirte mi pecho cual si fuera
Un libro, y que al leer
Lo mucho que de ti mi vida espera,
Comprendas ¡ ay! que dejo en estas páginas
Aun más que una canción : ¡ todo mi ser !

PROMETEO

Épico Prometeo,
Más fuerte en su agonía
Que, cuando sojuzgado por deseo
De las tinieblas convertir en día
Del mundo decadente,
Robóle á Jove airado
El rayo refulgente
Insignia de oro del poder sagrado....
Clémine, de sus pechos maternales,
Dióle en la leche de los héroes fibra,
Y esa piedad por los ajenos males
Que en santos corazones alta vibra;
Con gracias de Pandora
Jove á su imperio sujetarlo quiso,
Mas cuando bien supremo el alma adora
Fruición venal carece ya de hechizo.

Fijo el dorso, del Cáucaso en la roca,
Donde el águila gusta alzar su nido
Y tempestades en su empeño evoca;
El hígado agotado y renaciendo
Sin cesar, que devora buitre horrendo,
Es para muchos el titán vencido,

Pero para la Gloria, el victorioso;
Y en su labio no ruge el alarido
De Satanás soberbio y envidioso;
Ensaya aun la sonrisa,
Voluptuosa amargura,
El esfuerzo sublime que idealiza
Del moribundo mártir la tortura;
Acaso la Medusa
Ciñóle de serpientes la cabeza,
Para expresar lo que el valor rehusa
De quien halla deleite en la tristeza.
Los músculos pudieran retorcerse
Como rïel en la abrasada hoguera,
La máquina falible deshacerse,
Pero en la ruina el pensamiento impera.

Gigante encadenado,
No se escucha un lamento
De su flanco ulcerado;
Ni el escozor del bárbaro tormento
Hace latir su pecho acelerado;
Su ojo no pestañea,
Fúlgida la pupila
Con fuego de la idea
Parece arder tranquila;
Ni en las venas del trágico semblante
Espasmódica angustia se refleja,
Ni plegaria de cuerpo agonizante
Cual fúnebre esquilón oír se deja,
Y si el sudor inunda
La poderosa frente,
Su mirada á la vez larga y profunda

Revela la fe altiva del vidente;
Si algo su ser quebranta
No es el dolor sino la rabia austera,
Aquella indignación tres veces santa
De un alma de injusticia prisionera.

Sublime Prometeo,
Á la tierra no imploras
Fuerzas como en su lucha pidió Anteo,
Sino de la Verdad á las auroras;
Al insaciable buitre tú desdeñas,
Que es sólo el instrumento,
Y en tu desdén le enseñas
Que puedes conquistar el firmamento
Con que en la roca agonizante aun sueñas.

MOISÉS

(FRAGMENTO)

Símbolo fiel del proceloso tránsito
Que lleva del error á la verdad,
¡Vedlo emprender su marcha en el desierto,
Inspirado piloto, más que experto,
Colón de una terrestre inmensidad!

Como en torno al panal la abeja gira,
Cual corre la ola en ciega dirección,
Cual Sirio alumbra, aun más que el sol ardiente,
Así, á veces, un hombre en su alma siente
Impulso de gloriosa vocación.

Órgano inmenso de infinitas notas,
La humanidad camina á un solo fin;
¿Quién la empuja? El que mece las espigas,
El que arte da al castor y las hormigas,
Vuelo á las aves, hálito al jazmín.

¿Quién hizo el telescopio? ¿Galileo?
¿De la brújula Gioja fué el autor?
¿Quién Nínive fundó? ¿Fué Nino acaso?
La obra se muestra, mas se oculta el brazo,
Cual se oye el grito y no se ve el dolor.

Cicerón no produjo su elocuencia,
Que nunca el arte esa altitud tendrá.
Si de Guido al pincel brilla la aurora,
Si de Fidias al tacto el mármol llora,
¿Quién, sino Dios, ese portento hará?

Del imberbe Alejandro ¿pudo el brazo
De Asia grandiosa la conquista hacer?
De Octavio débil ¿cómo surge Augusto,
Que vence á todos, se proclama el justo,
Desarma á Roma y la hace florecer?

Chispa de Morse es chispa de los cielos;
Arpa de Dante, ¿quién te pulsará?
El alfabeto es invención suprema;
Sin principio ni fin, divino emblema,
El número á los hombres Dios lo da.

¡Oh, sí! el factor terrestre de lo grande
Refleja nada más la excelsa luz.
Fuerza celeste el numen que nos mueve,
La carne humilde en ángel torna en breve,
¡Y aun la hace Dios, suspensa de la cruz!

De un pueblo conductor, no como Atila
Sediento de botín y destrucción,
Tú, Moisés, sin corona y sin espada,
De libertad á la emoción sagrada,
Quebrantaste el poder de Faraón.

Puñal de Bruto no emancipa un pueblo,
Porque el tirano de los pueblos es

La triste noche que en su vida interna
Forma la ausencia de la aurora eterna,
No el que cautiva sus mundanos pies.

Valor común no expresa el heroísmo:
Lo tiene el tigre, Boves lo mostró.
— Valor moral, abnegación, ejemplo,
Lo que hace al hombre de sí mismo templo,
Tal fué la savia que á Moisés creó.

¡Vedlo! ¡Vedlo! — Los mismos que redime
Contra él murmuran, débiles de fe.
No hay flaqueza mayor que la ignorancia;
La dicha el hombre ardientemente ansia,
Pero no siempre el derrotero ve.

El despotismo es además ponzoña
Que al hombre quita su virtud mejor,
Que es la conciencia de su real destino,
De ser en este mundo un peregrino
Cuya fuerza motriz es el dolor.

Al ungido de Dios es á quien toca
Aliento dar al vacilante pie,
Y afirmar las inciertas convicciones
Del porvenir midiendo las regiones
Con el compás que marca lo que fué.

Pasión del bien es fuerza irresistible
Como atracción de misterioso imán;
Dogal y llamas la verdad desprecia,
Y de lo bello el sentimiento en Grecia
Las mismas ruinas proclamando están.

Mártir San Pablo, sus palabras quedan,
Enseñando la fe por el amor :
Quiso ahogarlas en humo Torquemada,
Mas no vence á la luz la llamarada
Y antes bien la corona con su horror.

Corinto cae, y el Apóstol se alza
En pirámide eterna de verdad,
De la duda en la vasta región yerta,
Y aun en silencio da al viajero alerta,
Cual de un faro la muda claridad.

. . . .

De la patria anhelada sólo viste
¡ Oh Moisés ! el contorno, el denso tul,
Semejante al sinuoso lineamiento
Que el nauta, de reposo ya sediento,
Á ver alcanza en el confín azul.

. . . .

En la cumbre del Nebo halló ese signo
Del término feliz de su misión ;
Bajó las gradas del austero monte,
Y mostrando á su pueblo el horizonte,
Le dijo : *¡ Fuiste esclavo ; eres nación !*

¡ Después murió !... Del triunfo las angustias
Su corazón no tuvo que sufrir :
La ingratitud, más dura que el suplicio,
El laurel, más punzante que el cilicio,
No pudieron su sueño interrumpir.

Dios lo premió con la mejor presea,
Del ideal la casta juventud,
Librándolo del trance indescriptible
En que al sentir la realidad terrible
Vacila algunas veces la virtud.

Su obra moral fué grande, fué completa :
Las tablas de la ley del Sinaí.
— La fuente eterna del derecho humano,
Que en cada hombre nos dará un hermano,
Entre truenos y luz brotó de allí.

PSIQUIS.

¡Ven, Ven! ¡Oh arpa mía!
Ayúdame á mover con el agudo
Puñal de los recuerdos, una á una
Del corazón las fibras adormidas
Después de tantas lágrimas vertidas.

Será sangrienta acaso
La producción primera del esfuerzo,
Al arrojar la temeraria sonda
De esa interrogación á lo pasado
Por el opio del tiempo aletargado.

¡Ah! Yo fuí niño imberbe
Con cabello de oro semejante
Al que adorna la sien de los querubes;
Una madre amorosa me cuidaba,
Y en cuidarme su dicha ella cifraba.

Con su canto divino
Dulcemente el reposo me ofrecía....
Mi madre vive aún, y por mí vela;
Mas no su canto mi destino escuda,
Sino plegaria casi siempre muda.

De ese roto fragmento
De lo que fué, la exhumación es bella
Cual la de un torso de perdida estatua,
Pues del amor materno el limpio vaso
Es un foco solar cada pedazo.

No así la de otras fases
Del ardiente turbión de nuestra historia,
En las que desengaños sobrenadan,
Como el horror tras crapulosa orgía,
Por todo lo que más nos sonreía.

¿ Cómo rehacer la forma
De la que conmovió nuestro ser todo
Al contacto celeste de sus labios ;
De la que acompañó nuestra inocencia
Á entreabrir el botón de la existencia ?

¡ Cómo rehacer las noches
En que del mar la brisa estremecía
Su cabello, que el lirio embalsamaba
Con perfume que si hoy sentir pudiera,
Yo propio, que soy ruina, me rehiciera !

Á veces me pregunto:
¿ Soy yo mismo en verdad aquel amante
Que en la almenada torre se sentaba
Con ella, y á las sombras les pedía
Que no dejaran despuntar el día?

El hombre es un sepulcro
De sus propias heladas emociones,

Y cuando de ellas alza el mármol frío,
De su alma en lo profundo infeliz siente
Algo como incisión de sutil diente.

¡Oh, sí! de lo pasado,
Aun de lo envuelto en tenebroso limbo,
Flotan como visiones impalpables,
Hablando á nuestro ser lengua confusa,
Que la mortal disolución recusa.

La ilación no fracasa:
Llanto y placer mundanos se entretejen,
Cual la espina y la flor de madreselva;
La fe vacila, el corazón solloza,
Pero algo surge al fin que lo reposa.

Como en puente colgante,
¿Habrá un columpio y dos extremos fijos
De cada humano ser en la existencia?
¿Infinitos serán sepulcro y cuna,
Que en el curso del tiempo Dios aduna?

La obra del arquitecto,
Las columnas y cúpulas y ojivas,
La torre alada, los altares de oro
Que coronan los ángeles, expresan
Algo eterno que al fin todos confiesan.

Es artista el que advierte
En toda su existencia ese invisible
Enlace de la forma con su esencia,
Que el campanario es de la fe palabra,
Que el que labra un Moisés lo inmortal labra.

Amantes desvaríos
Son con frecuencia combustión del arte;
Ojos de una mujer, luces del cielo
Que nos conducen por mejor camino
Á obedecer sentencias del destino.

Sensualismo produce,
En vez de las Basílicas, Bazares,
Mesalinas en vez de las Madonas,
En vez de las consortes, favoritas,
Fra Diávolos en vez de cenobitas.

El arte verdadero
Enaltece con su óleo toda forma,
De los recuerdos el dolor perfuma,
De Elena frágil saca épicos cantos,
É idealiza de Eneas los quebrantos.

Por él de los cañones
El agrio bronce en cítaras se torna;
Pirámides levantan los esclavos,
Y en la tumba soberbia de Mausolo
Canta elegías el festivo Eolo.

Venus misma fulgura
Bajo el puro cincel de Praxiteles,
Que con el ideal sus gracias viste;
Y, al contrario, cincel sensual arranca
De la virgen mejor la toca blanca.

Aunque roto el alambre,
En apariencia, de la vida entera,

Una ilación latente sobrevive,
Cuyo lejano punto de partida
Fué tal vez anterior á la actual vida.

¿ Quién no lleva revueltos,
En su interior, de lontananzas de oro
Reflejos inefables, que repiten
Contornos de quimeras infantiles,
Flores de babilónicos pensiles?

Por la luz del recuerdo,
Tal vez cuando inclinados recorremos
De desierta necrópolis las ruinas,
Nos sentimos vivir á una distancia
Remota mucho más que nuestra infancia.

El arte es religioso,
Aunque profano su ministro sea;
Porque la voluntad no hace al artista,
Sino que ungido viene de antemano
Por prolífico polen sobrehumano.

Tal vez en sucesivas
Encarnaciones se retempla el arpa,
Y el pincel y el cincel se perfeccionan,
Ó, así como la gracia, Dios reparte
Las potencias estéticas del arte.

Amor y genio juntos
Andan con exaltado misticismo;
Que el sentimiento de lo grande es uno,
Y de la Santa de Ávila se admira
El canto á Dios en abrasada lira.

SÚRSUM

Todo está encadenado
En la creación: al reino de las flores
Dan el zafiro y el rubí sus tintes;
Y con los jugos que en su seno encierra,
De esmeralda ornaméntase la tierra.

La ley del desarrollo
Es de ascensión también: lo incandescente
Cesa de destruír, y se hace savia
Que se transmite al encumbrado monte,
Donde halla inmensidad por horizonte.

Al fondo de Oceano,
En ostra oscura aljófares florecen,
Que brillan luego en imperial diadema,
Y del coral la congelada planta
Pide calor á olímpica garganta.

El reptil insepulto
Que tuvo por mansión inmundo lodo,
Al águila caudal presta sustento,
Y se incorpora en ella, en sangre nueva,
Y á las regiones de la luz se eleva.

De humilde hoja de acanto
Calímaco ofrendó gentil corona
Á las columnas que admiró Corinto;
Los siglos pasan, y el cincel venera
En noble capitel la hoja ligera.

La corporal figura
Del hombre, dominada por su mente,
Formas etéreas cobra en ocasiones,
Y entonces, libre de presión profana,
Brilla con aureola sobrehumana.

Numen, genio, presciencia,
Profecía, intuición, arrobamiento,
Deliquios de exaltado misticismo,
Todo eso es impalpable, inaccesible;
Mas negar sus efectos no es posible.

Milagros y misterios,
Visiones de Ezequiel y de Isaías,
Escala de Jacob, Apocalipsis,
La Biblia entera... realidad es todo:
La causa es una, diferente el modo.

De la flor el perfume
Todo lo invade, aunque jamás se palpe;
La atracción del imán pasma á la ciencia;
El opio aduerme; pero nadie sabe
Dónde está del enigma la fiel clave.

La alegre flor de oro
Que en torno al sol, de que es imagen, gira,

Quizá es indicio de la ley secreta
Que nos lleva por giros invisibles
A espacios que parecen imposibles.

En la vida del alma
Tal vez haya estaciones progresivas,
Ojos cuya videncia se prolonga
Con la meditación, que es su alimento,
Si se empapa en la luz del sentimiento.

Ello es que el bien eterno
No presentimos en edad temprana
Por propia inspiración, sino aceptando
De nuestra amada madre la fe pura,
Que esa aurora esplendente nos augura.

Como encontró incompleto
Colón el mundo físico pesándolo
En la fina balanza de su mente,
Hallamos el moral en deficiencia
Cuando activa la edad nuestra conciencia.

Entonces comprendemos
Que la virtud no siempre al bueno escuda
Contra las asechanzas del malvado;
Que no siempre el laurel próspero crece
En el huerto de aquel que lo merece.

Vemos el sacrificio
Del que por la verdad se inmola estoico;
Á Cicerón librándose al sicario;
A Sócrates bebiendo la cicuta,
Que de noche inmortal la exedra enluta;

Vemos la virgen mártir,
Más fuerte que el león que la devora,
La rota veste recogiendo en calma,
Pues de ella el solo postrimer anhelo
Es elevarse inmaculada al cielo.

Y ¿ por qué, simpatías
Nos infunde la suerte del que sufre,
Y nos hiela de horror el victimario ?
¿ Por qué, si la justicia aquí padece
Siempre su instinto en nuestras almas crece ?

Lo grande tiene un habla,
Un no sé qué espasmódico y profundo,
Algo que hace entrever cosas remotas,
Ó recordar algunas que pasaron
Y que huellas visibles no dejaron.

También cuando miramos
Desde audaz eminencia los abismos,
Ó en estrellada noche el firmamento,
Ó escuchamos el trueno del torrente,
El mismo íntimo espasmo el alma siente.

Tenues signos son éstos
Que vienen, al azar, del nuevo Oriente;
Vagos anuncios del futuro día
En que, como tras largo parasismo,
Cada ser dudará de ser el mismo.

TEÓDULO VARGAS, S. J.

Nadie había oído hablar del P. Teódulo Vargas como poeta, hasta el año de 1894, en que *El Correo Nacional* de Bogotá publicó su oda *El Crucifijo del jesuita;* y por cierto que no se necesita más para calificarle de gran poeta. « Aplaudid hoy — dice D. Rafael Pombo en una introducción que puso á esa poesía — no al predicador sino al poeta, nacido para nosotros grande, amanecido en pleno medio día, no diremos como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino como los inspirados de súbito en Pentecostés, por la gracia de Dios.... ¿ Qué decir en lo literario é intelectual de este canto? Paréceme todo él precisión, limpieza, energía, elegancia, naturalidad de plan y ejecución, desde la primera estrofa, esculpida como su tema (el regalo de un bello Crucifijo, la inseparable arma de ordenanza de los caballeros soldados de Loyola), hasta el último verso, que lo resume :

Imagen de tu Dios crucificado.

Oda clásica, porque puede servir de modelo, por su regularidad y aristocrática pureza. » Y en verdad que no puede ser más poética y sentida la narración de la gloriosa carrera de la cruz que acompaña al hombre desde la cuna, al través de todas las tristezas y miserias de la vida, hasta depositarle en la tumba ; y aun allí, cuando todos se van, sólo queda el Crucifijo haciéndole eterna centinela. El P. Vargas, de origen santandereano, ha vuelto á Colombia, después de más de treinta años de residencia en el Ecuador.

EL CRUCIFIJO DEL JESUÍTA

Á SANTIAGO ARROYO

EL DÍA QUE HIZO SUS VOTOS DE RELIGIOSO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

> HOMINES MUNDO CRUCIFIXOS ET QUIBUS IPSE MUNDUS SIT CRUCIFIXUS, VITAE NOSTRAE RATIO NOS ESSE POSTULAT. (*Summa et scopus Constitutionum Societatis Jesu*)

Hoy que con triple misterioso clavo
Te aferras de la Cruz en la aspereza,
Y de Jesús imitador y esclavo
Renuncias libertad, placer, riqueza,
Inmolándote ¡oh fuerte!
En perenne holocausto hasta la muerte,

Acepta y guarda como gran tesoro
Esta de inmenso amor exigua ofrenda.
¿Exigua? no; de Ofir humilla el oro;
Es de gloria inmortal divina prenda;
Es el don más preciado —
¡Imagen de tu Dios crucificado!

Éste es el rostro que serena el cielo;
Éstos los brazos que los astros mueven;
Éstas las llagas del dolor consuelo;

Éste el costado abierto de do llueven
Deleites á raudales,
Cual de urna de alabastro y de corales.

Y si es también imagen del valiente
Que á sí se vence, al mundo y al infierno,
Y en pos siguiendo de Jesús paciente,
A la afrentosa Cruz se liga tierno
Y en sus brazos se inmola,
¡ Tu imagen es, nuevo hijo de Loyola !

« Á cuantos hubo el Hacedor previsto
Para reinar en la gloriosa altura,
Los llamó á ser imágenes de Cristo
Y á sufrir sus tormentos y amargura
Y ¡ ay del cristiano ingrato
Que en sí no ostente el divinal retrato ! » (1)

¡ Tú lo ostentas !... Si en noche tenebrosa
Por recia mar tu corazón navega,
Y la onda airada del dolor te acosa,
La Cruz abraza y con tu llanto riega,
Y hallarás para tu alma
Viva luz, santo gozo, estable calma.

Si acerbo desengaño, mustio tedio,
Helada ingratitud, odios insanos
Tu pecho oprimen con tenaz asedio,
Corre, corre á estos brazos soberanos,
Y en todo afán ayuda
Te dará el Corazón que no se muda.

---

(1) San Pablo, Epist. á los Rom., Cap. VIII.

Como al sentir la tímida paloma
El rayo que arrojóle mano astuta,
De la albarrada al hueco el vuelo toma,
Vuela, alma herida, á la encantada gruta
Que abrió lanza atrevida
Para ofrecerte en la aflicción guarida.

Mírala siempre con amor profundo,
¡Oh vaso de elección! y vivo celo
Tu noble pecho abrasará, que al mundo
Despierte, alumbre y le derrita el hielo
Con el amor que inflama
Y en torrentes de vida se derrama.

*
* *

¿Qué veo?... ante mis ojos se esclarece
El porvenir... ya apóstol te contemplo;
Ya enhestada en tu mano resplandece
La insignia redentora; ya en el templo
Tu labio se despliega
En voz tan dulce que hasta el alma llega.

Mueves guerra al infierno; muchedumbres
Tornas á Dios; en la nublosa mente
Derramas lluvia de celestes lumbres;
Y al escuchar tu voz, la torva frente
Humilla el error ciego,
Lava el crimen de lágrimas el riego.

Tu bondad hace de consuelo acopio
Para todas las penas; anhelante
En el ajeno bien busca el bien propio;

Que tu celo ardoroso, más radiante
Que el puro astro del alba,
Salvando á los demás á ti te salva.

La faz tostada por el sol ardiente
Y en la diestra el bordón del peregrino,
Discurres sin cesar de gente en gente,
De la ley santa anunciador divino;
Y el bien, la virtud brota
Doquier se estampa tu sandalia rota.

Y en afán, y en fatigas, y en ultrajes
Luchando brazo á brazo y pecho á pecho
Llevas la luz del Cielo á los salvajes
Hasta muerto quedar, pedazos hecho,
Sin nombre, cruz ni tumba,
Do el viento helado del desierto zumba.

Así, tras día largo y trabajoso,
Al morir de la lumbre vespertina,
Gimiendo el aura entre el follaje umbroso,
Cansado labrador la frente inclina,
Bañada en sudor noble,
Sobre el tronco musgoso de alto roble.

Santiago, esto serás: tan altos dones
Gozarás si la Cruz amares tanto,
Si fueren sus afrentas tus blasones;
Serás mártir sublime, apóstol, santo;
Serás otro Bobola,
Otro Javier, otro ínclito Loyola.

* * *

Ella será en las penas tu consuelo,
En las dudas tu sabia consejera,
En la acción y palabra tu modelo,
En el viaje mortal tu compañera:
¡ Llévala, pues, contigo
Como el más fiel y regalado amigo !

Llévala de la mar por la llanura,
Del guerrero á los móviles aduares,
Del criminal á la mazmorra oscura,
Del salvaje á los bosques seculares,
Del pobre al vil tugurio ;
Llévala de tus triunfos como augurio.

Llévala, mediadora soberana,
Á do entre hermanos la discordia prenda:
Do el sacro hogar disuelva furia insana,
Sin que á la prole su llorar defienda ;
Do cual hórrida nube
De muerte henchida, la venganza incube.

Llévala del enfermo al triste lecho,
Del dolor en los últimos destrozos,
Á verle en ella derramar deshecho
Su postrimero llanto entre sollozos,
Y entre el llanto, la carga
Soltar gozoso de la culpa amarga.

Llévala del cadalso á las sangrientas
Gradas, y ponla sobre el labio inerte
Del que sufre del crimen las afrentas:
Si la humana justicia le da muerte,
Esta imagen querida
En el suplicio le dará la vida.

Vaya contigo al campo de batalla
Á combatir por una y otra hueste,
Disputando entre el hierro y la metralla
Su botín á la cólera celeste;
Y allí el perdón extienda,
Lauro común en la mortal contienda.

Relumbre en el naufragio, á los fulgores
Del rayo cuando rompe y atropella
La nave en caos de gritos y de horrores.
Y si el mástil cayó, por mástil ella
Al cielo se levante,
Mostrándolo, cual puerto, al navegante.

Preséntala de lo alto mensajera....
(El tiempo vuela, y en llegar no tarda
La hora que el justo como premio espera
Y con pavor el delincuente aguarda).
¡ Preséntala á tu madre
Cuando el dolor su corazón taladre !

Cuando yazga en el lecho moribunda
Con su lánguida mano la sostenga,
Y tras la niebla que su vista inunda,
La última mirada en ella tenga,
Clamando : « ¡ Oh Dios, ten fijo
Que te dí mi ser todo al darte mi hijo ! »

Y porque el hijo en tan solemne instante
Cuanto debe á la madre restituya,
Sé tú entonces para ella padre amante....
Da nueva vida á quien te dió la tuya;
Mándale alzar el vuelo,
Y á quien te dió la tierra dale el cielo.

* * *

¡ Oh, cuán bella en el nítido horizonte
Se alza la nube !... pero en su albo seno
Duerme el rayo que pronto valle y monte
Hará temblar con pavoroso trueno.
¡ Ya la tormenta estalla !
¿ Quién á su ímpetu fiero pondrá valla ?

Tal hoy de tu vivir la flor temprana
Con risueña frescura lozanea;
Pero ¡ ay ! marchita morirá mañana
Para que pasto al desengaño sea :
Que en nuestro seno duermen
Larvas traidoras de la muerte germen.

¡ Sí, morirás !... mas triunfador guerrero,
Sobre el rico montón de tus despojos;
Y de la Cruz armado, placentero
Verás la eternidad ante tus ojos:
Si Cristo fué tu gloria,
Te dará entonces la final victoria.

¡ Y gozarás aunque luchando mueras !
Que al dar la vida entre congojas tantas,
Tus suspiros, tus lágrimas postreras

Recogerán sus llagas sacrosantas
 Y harán que, sin recelo
Dormido aquí, despiertes en el Cielo.

Acepta, pues, y guarda cual tesoro
Esta de inmenso amor exigua ofrenda.
¿ Exigua ? no ; de Ofir humilla el oro ;
Es de gloria inmortal divina prenda ;
 Es el don más preciado —
¡ Imagen de tu Dios crucificado !

BELISARIO PEÑA

Este es uno de los poetas más notables de Colombia. Su clásica y magistral poesía *Á María* saldrá airosa de la comparación que de ella se haga con cualquiera de las mejores que en lengua castellana se han escrito en loor

De esta á quien tanto amamos Madre hermosa.

Peña nació en Zipaquirá, Departamento de Cundinamarca, hacia el año de 1836; desde 1857 vive en el Ecuador, y es miembro de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Española.

Á MARÍA

Penas del corazón, duro quebranto
Del ánimo y del cuerpo, en largo olvido
Me han puesto ya del canto:
Ronca la voz me sale con gemido,
Y del estro divino el rayo ardiente
Ya no me inflama la marchita frente.

¿Y pedirme aun osáis cantos y flores?
¿Y queréis que la lira polvorosa
Resuene con loores

De esta á quien tanto amamos Madre hermosa?
¿ Y yo á arrojarme á dároslos no dudo
Con lengua torpe y con el labio rudo?

No, no dudo de dároslos. ¡ María,
Amor de mi niñez, luz de mis ojos,
Única madre mía,
Permite que á tus plantas hoy, de hinojos
Rompa el amor filial, si tanto alcanza,
El silencio á mi voz en tu alabanza!

Si nunca al crimen yo, si á vil grandeza
Jamás orgullecí con mis cantares,
Ni á guerrera proeza
Tributé gloria, pueda en tus altares
Sonar mi lira, con tu nombre ufana,
Indocta, humilde, pero no profana.

Ni la impiedad proterva ó duda inerte
Ó indiferencia helada me apagaron,
Con las sombras de muerte,
El sol de viva fe; nunca albergaron,
Como en cavernas, en la mente mía
Miedo y tinieblas, á pesar del día.

Yo creo en ti, y sé que ante el fulgente
Trono do estás, espíritus alados
Postran la inmortal frente;
Y que á velar tu gloria, meneados
Los áureos incensarios por querubes,
Vuela el incienso celestial en nubes;

Que de éxtasis divinos poseídos,
Los que la lumbre ven de tu hermosura
Anhelan más sentidos

Para gozar lo bello. Eres tan pura
Que el puro sol y cándidas estrellas
Indignos son de recibir tus huellas.

Sé que tú eres el iris que se ostenta
Deteniendo al nublado en que se inflama
El rayo y la tormenta;
Que eres lucero y sol y mar y llama,
Lirio y rosa del valle, y que los hombres
De cuanto hermoso ven te dan los nombres;

Que á ti llegan con súplica y lamento
Los dolores humanos, y el profundo
Gemido y el tormento
De almas que esconden su dolor al mundo,
Y que tienes de madre, entre mil dones,
De madre amor, de madre los perdones.

Sé... nada sé, Señora. ¡ Quién supiera
Decir lo que eres tú ! Corredme el velo
De la celeste esfera;
Dádmela ver como se ve en el Cielo,
Y entonces ¡ necio yo ! ¿ qué hombre podría
Balbucir tus grandezas, oh María ?

¿ Cómo te alabaré ? ¿ Qué necesito
Para agradarte yo ? ¡ Corazón, toma
Con ímpetu infinito
Vuelo de rayo en alas de paloma,
Y flameando amor, arde y recibe
Muerte de amor, y á más amor revive !

Esto grato te fuera ; mas las vendas
Terrenas me aprisionan : ¡ ay ! culpado
Yo también por las sendas

Y las zarzas anduve del pecado,
Y cien veces y mil estampé en ellas,
Como en el polvo del camino, huellas.

Ven, pues, á mí, Señora; una palabra
Di que me purifique de su escoria
El corazón, y labra
Un trono en él, do estés: así en tu gloria
Se abrase el mundo, y ciña esa corona,
Galardón prometido al que perdona.

Yo, ¿qué podré ofrendarte? No diamantes,
Que estrellas mil y mil de la mañana,
Y soles rutilantes,
Brillos y luz te rinden por peana;
Ni el oro con que dieron viles manos
Paga al pudor y cetro á los tiranos.

¡Ah! ¿Qué podré ofrendarte? Niños, vamos,
Llevadme á la florífera colina
Donde enlazáis en ramos
Vario clavel con rosa purpurina,
Do para el ara vuestra mano arranca
El lirio azul y la azucena blanca.

En armónica voz y alterna en coro
Con ruido de aguas, y de brisas y aves,
Soltad los labios de oro;
Guirnaldas retejed, y aromas suaves
De inocencia infundidles, que yo pío
Lágrimas pondré en ellas por rocío.

¡ Ah, cuánto es grato al alma, cuán hermoso
Gozar vuestra alegría! Sienta al menos
Con verla yo, reposo.
Labios que no han mentido, ojos serenos,
Paz sin deseos... mi paterna estancia,
¿ Do están, y la pureza de mi infancia?

Sólo quedan memorias dolorosas
Cual de prístina esencia al botecillo
Su fragancia de rosas.
No tengo ya ese don puro y sencillo
Que á ti, Virgen de vírgenes, agrada
Más que otro don de la terrena nada.

Sí, sí lo tengo y dártelo hoy ansío:
Dime, ¿ mi hijo adorado que allá tienes,
No es el corazón mío?
Él fué mi bien, el oro de mis bienes,
Y tú me lo arrancaste en esa amarga
Noche de mi dolor, oscura y larga.

Aun recuerdo, Señora, de sus ojos
El sidéreo mirar ; aun veo ahora
En ambos labios rojos
Las tintas sonrosadas de la aurora,
Y entre albor de azucenas dulcemente
La inocencia riéndole en la frente.

En exceso le amé : por eso tierna
Y sin hacerle en el semblante agravios,
Con la leche materna

Y tu nombre dulcísimo en los labios,
Mano de ángel á ti raudo llevólo
Mi hogar dejando silencioso y solo.

Solo, mas no en silencio : llena el viento
En vez de su bullicio y su argentina
Voz, la de mi lamento,
Y al morir de la lumbre vespertina
Le llamo por doquiera, y á mi oído
Hiere en respuesta el maternal gemido.

Tú, que eres madre y padesciste tanto,
Lo que se ama y se llora al hijo sabes :
¿ Y por qué de mi llanto
No te doliste y de mis penas graves ?
Con él perdí mi luz, perdí mi calma,
Cuanto es el corazón, cuanto es el alma.

Aun hoy de llanto ciego, y desatando
Con sollozo el aliento en la garganta,
Trémulo voy alzando
El paterno holocausto á tu ara santa.
¿ Lo aceptas ?. . ¡ Ah ! me embarga la alegría,
El gozo de ofrecértelo, María.

Á LA MUERTE DE F. ORTIZ BARRERA

¡ Apagóse tu vida ! el pensamiento
Voló como el perfume
Que hurta al clavel y al nardo el vago viento
Y vuela en el espacio y se consume.

Hoy sin ti, solo, vuelvo á la colina
Do íbamos á sentarnos,
Viendo morir la lumbre vespertina
Y de la patria ausencia á consolarnos.

Á hablar de nuestras penas y alegrías
Cual lo hacen dos hermanos,
Á hablar de nuestra patria, y de otros días
¡ Ay ! más felices cuanto más lejanos.

Y, como entonces, hoy las sombras vagan
Aquí y allí indecisas;
Los colores se encienden y se apagan,
Y bullen y sollozan mansas brisas.

Al tocarla del sol el sesgo rayo,
Proyecta larga sombra
La campesina cruz que enfloró Mayo,
Del gramal verde en la movible alfombra.

El azul de los montes se oscurece
Y el sol, al fin, del cielo
Con visos de oro y bermellón guarnece
De riza nube el apiñado velo.

Los mismos melancólicos rumores
En los bosques y el río,
Y la misma tristeza hay en las flores,
Y del sembrado en el verdor sombrío.

El águila cansada se desliza,
Sin dejar huella alguna,
Con tardo vuelo, entre la luz rojiza
Del sol que muere y la naciente luna.

Ráfagas raudas de cambiante lumbre
Varetean el lago,
Y de insectos la turbia muchedumbre
Crúzanse urdiendo en remolino vago.

Hoy los ecos del campo como entonces
Á la plegaria pía
El clamoreo espacian de los bronces,
Lejos muriendo en la región vacía.

¡ Oh sombras que enturbiáis el cristalino
Azul del puro cielo !
¡ Cuán tristes sois al vago peregrino !
¡ Cuántos recuerdos dais del patrio suelo !

Á esta hora, triste tú, los ojos grandes
Hacia la patria fijos,
Buscábasla en las sombras de los Andes
Y orabas por tu esposa y por tus hijos.

Sí, por tus hijos huérfanos ; ¡ ay ! y ellos
No lo saben siquiera,
Ni velada la faz con los cabellos
Llora viuda tu dulce compañera.

Era entonces tu voz tan blanda y suave,
Tu mirar tan sereno,
Como el adiós que trina al sol el ave,
Como del cielo inmaculado el seno.

Y ya la vasta frente sombreaba
Honda melancolía,
Ya férvida en tus ojos chispeaba
La inspiración vivaz de una poesía.

Hoy, solo voy, y pienso vas conmigo :
Me vuelvo á hablarte y callo ;
Torno la vista á verte, á ti, mi amigo,
Y á mi lado como antes no te hallo.

¿ Por qué me abandonaste tú tan presto ?
¿ Se deja así á quien se ama ?
Aquí nada ha cambiado : aun en tu puesto
Ajada todavía está la grama.

Requiebra con tu amada redondilla
Á su querida el toche ;
Tu predilecta estrella limpia brilla
Entre la muda pompa de la noche.

¡ Si estuvieras aquí !... ¡ Cómo se ofusca
Mi ojo de ver ya lacio,
Que sin hallar confín, tiende y te busca
En los abismos hondos del espacio !

¡ Si estuvieras aquí, cómo te hablara
Con íntimo cariño !
¿ Qué te dijera yo ? ¿ qué ? ¡ Me embargara
Riendo y llorando cual lo hiciera un niño !

¡ Si por sola una vez volviese á verte
Estrecho en mis abrazos,
No pudiera la mano de la muerte,
No, llevarte sin mí de entre mis brazos !

¡ Oh ! yo no sé de amor en la demencia
Lo que sentir pudiera ;
Ni sé si á mí, pasmado en tu presencia,
Vida inmortal ó muerte el placer diera.

¿ Y es verdad ? ¡ tú sin luz ! ¡ los miembros lasos
Sin vida ! No lo creo :
¡ Si ya vienes á mí, si oigo tus pasos
Y oigo tu voz y tus sonrisas veo !

¡ Pero nó llegas nunca ! ¿ Á dó te has ido ?
¿ Tu sueño es tan profundo
Que nunca te despierte mi alarido,
Ni el llanto acerbo en que por ti me inundo ?

Si golpeo á tu losa y te reclamo,
La tumba que te esconde
Hueca resuena cuando yo te llamo ;
¡ Torno á llamar, y nadie me responde !

Ya muere el sol, y el cielo luz no tiene ;
No brilla ni una estrella ;
La majestad de las tinieblas viene :
¡ Voy á dar rienda á mi dolor en ella !

A MARÍA MAGDALENA

Cuando postrada ante Jesús los bellos
Pies divinos al pecho recogías,
Y con hilos de lágrimas vertías
De nardo y de jazmín esencia en ellos;

Y á enjugarlos tendiste esos cabellos
Que fueron redes de oro en otros días,
Do con lazos de amor prender solías
De amadores lascivos torpes cuellos,

Osó vilipendiarte la ilusoria
Piedad de la avaricia que envenena
Las almas viles de piedad desnudas;

Pero Jesús te ensalza: ¡doble gloria
Eterniza tu nombre, Magdalena!
Te alaba Cristo, y te escarnece Judas.

EPIFANIO MEJIA

Este otro bardo de las montañas antioqueñas, inspirado y elegante cantor de las palomas y las tórtolas, alcanzó á escribir poco, pues cuando preparaba un poema de largo aliento le sobrevino un completo trastorno de las facultades mentales, que aun dura. Sin embargo, por las producciones suyas que publicamos, puede juzgarse de cuánto habría sido capaz. En *La Paloma del arca* se conserva la poética sencillez de la narración biblica, *La Muerte del novillo* es una bella y fiel descripción de naturalidad homérica, y *La Tórtola*, á que se ha puesto música, anda de boca en boca. Mejía nació en Yarumal, Departamento de Antioquia.

LA PALOMA DEL ARCA

Á MIS AMIGOS JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA
Y ADRIANO PÁEZ

Cuarenta días y cuarenta noches
Llovió sobre la tierra... Entre las aguas
Se fueron sumergiendo lentamente
Las colinas, las selvas, las montañas.

Á las cumbres más altas de la tierra
Subiéronse las gentes, espantadas;
Pero de allí se fueron desgajando
Como las hojas que el turbión arrastra.

En la copa de un árbol centenario
Un águila quedó... batió las alas....
La cólera de Dios iba creciendo....
La cólera de Dios subió hasta el águila.

Gentes, montes, camellos, golondrinas,
En el revuelto piélago flotaban....
El arca de Noé se iba elevando,
Blanca y serena, cual marina garza.

Rasgando el seno de enlutada nube,
El sol apareció... Su roja llama
Que antes bañara bulliciosos pueblos,
Bañó de resplandor mundos de agua.

Llenóse el aire de flotantes nieblas
Cuando el cielo cerró sus cataratas:
Entre espumas y olas lentamente
Remolinaba, descendiendo, el Arca.

En ella, al lado del hambriento tigre
Manso cordero sin temor balaba....
Tu cólera, Señor, ¿ á quién no aterra?
Tu cólera, Señor, ¿ á quién no ablanda?

Un día, Noé, para buscar la tierra
El negro cuervo á los espacios manda;
El animal por los espacios vuela,
Nieblas rasgando con sus anchas alas.

Solo y perdido en los helados vientos
Divisa al fin en la extensión lejana
La negra cima de encumbrada roca
Que su cabeza entre la mar levanta.

Vuela... y subiendo á su escampada cumbre
La encuentra de cadáveres regada,
Y como el genio de la guerra, inquieto,
Aquí y allá sobre los muertos anda.

Noé, cansado de esperar, suspira,
Y la paloma á los espacios larga;
El ave santa de rosado pico
Hiende las brumas con sus blancas alas.

Sola y perdida en solitarios aires,
Al fin divisa, por el sol bañada,
Como pedazo de flotante musgo,
La verde cima de glacial montaña.

Brillan sus ojos como dos rubíes;
Como dos azucenas son sus alas;
Vuela... y al fin sobre la verde oliva
Sus rojos dedos de coral descansa.

Suelta su pecho cadencioso arrullo,
Coge su pico humedecida rama,
Y como el ángel que bajó á María
Desde la cumbre en el azul se lanza.

Mientras el ave de nevadas plumas
Lleva la oliva de la paz al Arca,
El negro cuervo en la escampada roca
Su sed de sangre entre la sangre sacia.

Noé de pie sobre el flotante buque
La ansiosa vista en los espacios clava,
Y de repente de rodillas cae
Y al alto cielo su mirar levanta.

Mudo y absorto en oración ferviente
« ¡ Gracias, Dios mío ! » en su interior exclama ;
Posando en su hombro la paloma llega
Y el verde ramo entre sus manos larga.

El sol muriendo entre la mar y el cielo
Con roja lumbre los espacios baña:
De iris de paz abrillantados arcos
Cubren el techo de la nave santa.

Pasan y pasan silenciosas noches;
Brillan y brillan rutilantes albas,
Y albas y noches en la mar encuentran
La santa nave que en silencio baja.

Un día, al fin, de la lejana Armenia
Sobre los montes, de repente para....
Merman las aguas... en la negra cumbre
Como un castillo se divisa el Arca.

Abre Noé la ventanilla y mira....
Riega la luna su fulgor de plata :
Brilla en la mar la matutina estrella ;
Abre la aurora su brillante alcázar.

Van asomando los desnudos montes....
Aquí aparecen las colinas, calvas....
Allá el sol dora los abiertos valles....
Buscan sus lechos las dispersas aguas....

Vuelve la mar á su cajón de tierra....
Azota el viento las desiertas playas....
No hay una nave que sus ondas surque....
Plateadas fuentes de las cumbres bajan....

Conchas del mar sobre los montes brillan;
Bosques enteros en la mar sobreaguan:
En donde un pueblo levantó sus torres,
Brota un volcán sus relumbrantes llamas.

Abre Noé la ya deseada puerta....
Vuelan las aves y al azul se lanzan;
Corren las fieras y los montes buscan;
Ruedan los peces y á las ondas saltan.

Muge en la altura el arrogante toro;
La yegua al viento su relincho alarga;
Ladra saltando de la nave el perro;
El gallo airoso sobre el mástil canta.

Ved, la paloma en el vecino bosque
Llena su pico de menudas pajas;
Bajo el alar en donde halló refugio
Arma su nido y sus polluelos saca.

Mientras las aves, compañeras suyas,
Huyen y dejan para siempre el Arca,
Ella se queda acompañando al hombre
En la desierta terrenal morada.

¡Triste es su arrullo! Su doliente arrullo
Es una queja agonizante y larga;
Pero consuela al corazón que sufre,
Porque de quejas se alimenta el alma.

Pisa Noé la humedecida tierra
Y sobre el punto en que su pie descansa,
Con su mujer y con sus hijos todos
Un alto templo al Hacedor levanta.

En su altares sacrificio ofrece :
Cuando el cordero entre sus manos alza,
Brilla el reflejo de seiscientos años
En su cabeza, cual la nieve, blanca.

LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero, y maniatado, y triste
Sobre la tierra quejumbroso brama
El más hermoso de la fértil vega,
Blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado;
El bruto ve con timidez el arma;
Rompe el acero palpitantes nervios:
Chorros de sangre la pradera esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
El arma brilla purpurina y blanca;
Se queja el bruto y forcejando tiembla,
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolinando por el aire, vuelan
Los negros *guales* (1) de cabeza calva,
Fijan el ojo en el extenso llano
Y al matadero, desbandados, bajan.

---

(1) Gallinazas.

Brama escarbando el arrogante toro
Que oye la queja en la vecina pampa,
Y densas nubes de revuelto polvo
Caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
Corre el ganado por las verdes faldas,
Huele la sangre... y el olor á muerte
Quejas y gritos de terror le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
Por eso lloran la común desgracia
En ese clamoroso de profundis
Que todos ellos á los vientos lanzan.

LA TÓRTOLA

Joven aún entre las verdes ramas
De secas pajas fabricó su nido :
La vió la noche calentar sus huevos,
La vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
Buscó alimento en los lejanos riscos,
Trajo de frutas la garganta llena
Y con arrullos despertó á sus hijos.

El cazador la contempló dichosa....
¡ Y sin embargo disparó su tiro !
Ella la pobre en su agonía de muerte
Abrió las alas y cubrió á sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
Su compañero en el laurel vecino :
Cuando la aurora apareció en el cielo
Bañó de perlas el hogar ya frío....

AGRIPINA MONTES DEL VALLE

De los muchos y merecidos elogios que de ella hace con motivo de su poesía *Al Tequendama* D. Juan Valera en las *Cartas Americanas*, tomamos lo siguiente : « La ilustre poetisa antioqueña Agripina Montes siente y refleja con gran viveza y vigor la hermosura y sublimidad de los seres inanimados ó inferiores al hombre. El sentimiento de la naturaleza es en su alma todo lo profundo que puede ser en un alma católica y española; porque la idiosincrasia de nuestra raza pone la propia individualidad por cima de todo, y jamás hubo teósofo español que la disolviese en la inmensidad del Universo, ni místico, y eso que los hemos tenido maravillosos, que la sepultase en el abismo interior del centro del espíritu... Con el Tequendama ocurre lo mismo que con el Niágara. Cualquiera descripción en prosa, la de Humboldt, la del matemático Caldas, la del varón de Japurá, dan más cumplida idea que los mejores versos. La masa de agua que se precipita es muy inferior, pero cae de un lugar cerca de cuatro veces más alto. El agua además choca primero contra un banco de piedra, y allí revienta; hierve y se lanza de nuevo un plumas divergentes hacia el abismo. En el fondo es más terrible el choque y no puede mirarse sin horror. Las plumas de agua, las puntas de lanzas, que tal parecen, se despeñan con increíble rapidez y se suceden unas á otras. Al llegar al fondo, cuando no antes, en virtud de su vertiginoso descenso, se desmenuza el agua y se pulveriza, y asciende luego en forma de nubes, que el sol dora y adorna con el iris. Se diría que el Bogotá, acostumbrado á correr por las regiones elevadas de los Andes, baja á pesar

suyo á aquella profundidad y quiere otra vez elevarse orgulloso en difusos vapores. Estos vapores, asegura Humboldt que se ven desde la ciudad de Bogotá, á cinco leguas de distancia. Después de esto, ¿qué podrá añadir la poetisa; qué ponderación realzará en sus versos la pintura de la catarata? La impresión propia, el vuelo de su espíritu, su humano pensamiento y su elevada fantasía, que entrevé á Dios en el horrendo arco que forma el agua... El desaliento que se apodera del espíritu en presencia de tan grande escena, hace concebir mejor su magnificencia que la descripción más atinada y exacta. Manzoni, cantando á Napoleón, que al fin era un hombre como él, y por la elevación del pensamiento mucho menor que él, puede decir, sin que nos ofenda la jactancia, que va á entonar un cántico que *forse non morrà*. Simónides, reviviendo en los versos de Leopardi, puede pedir para sus versos la misma inmortalidad que da la gloria á los trescientos héroes que los versos celebran; pero ante el espectáculo solemne de aquella fuerza ciega, fatal y sin término, el ánimo se apoca. Es además una mujer la que canta, y yo veo algo de amable y de muy delicado en la timidez y desconfianza con que la poetisa predice, engañada por su modestia, que su canto va á morir; que

Así como se pierden á lo lejos,
Blancos al alba y al morir bermejos,
En nívea blonda de la errante nube,
Ó en chal de la colina,
Los primorosos impalpables velos
De tu sutil neblina,
Va en tus ondas mi cántico arrollado
Bajo tu insigne mole confundido,
É, inermes ante el hado,
Canto y cantor sepultará el olvido.

No es de recelar que tal suceda, porque los versos son hermosos y muestran el arte de la poetisa, su viva imaginación y el buen gusto para la dicción poética.» Doña Agripina Montes del Valle nació en Salamina, Departamento de Antioquia.

AL TEQUENDAMA

Á MI NOBILÍSIMO AMIGO EL DOCTOR CARMELO ARANGO

Tequendama grandioso:
Deslumbrada ante el séquito asombroso
De tu prismal riquísimo atavío,
La atropellada fuga persiguiendo
De tu flotante mole en el vacío,
El alma presa de febril mareo
En tus orillas trémula paseo.
Raudas apocalípticas visiones
De un antiguo soñar al estro vuelven,
Resurgen del olvido sus embriones
Y en tus iris sus formas desenvuelven.
¡ Y quién no soñará, de tu caída
Al formidable estruendo,
Que mira á Dios crear omnipotente,
Entrevisto al fulgor de tu arco horrendo... !

¡ Á morir !... Al abismo te provoca
Algo á la mente del mortal extraño;
Y del estribo de la ingente roca
Tajada en babilónico peldaño,
Sobrecogido de infernal locura,
Perseguido dragón de la llanura,
Cabalgas iracundo
Con tu rugido estremeciendo el mundo.

¿ Qué buscas en lo ignoto ?
¿ Cómo, á dónde, por quién vas empujado?...
Envuelto en los profundos torbellinos
De la hervidora tromba de tu espuma
É irisado en fantástico espejismo,
Con frenesí de ciego terremoto
Entre tu aérea clámide de bruma
Te lanzas despeñado,
Gigante volador, sobre el abismo.
Se irgue á tu paso murallón inmoble
Cual vigilante esfinge del Leteo,
Mas de tu ritmo bárbaro al redoble
Vacila con medroso bamboleo.
Y en tanto al pie del pavoroso salto
Que desgarra sus senos al basalto,
Con tórrida opulencia
En el sonriente y pintoresco valle
Abren las palmas florecida calle.
Por verte allí pasar, la platanera
Sus abanicos de esmeralda agita,
La onduladora elástica palmera
Riega su gargantilla de corales,
Y al rumor del titán cosmopolita,
Con sus galas y aromas estivales
La indiana piña de la ardiente vega,
Adorada del sol, de ámbar y de oro
Sus amarillos búcaros despliega.
Sus ánforas de jugo nectarino
Te ofrece hospitalaria
La guanábana en traje campesino,
Á la par que su rica vainillera
El tamarindo tropical desgrana,

Y la silvestre higuera
Reviste al alba su lujosa grana.
Bate del aura al caprichoso giro
Sus granadillas de oro mejicano
Con su plumaje de ópalo y zafiro,
La pasionaria en el palmar del llano;
Y el cámbulo deshoja reverente
Sus cálices de fuego en tu corriente....

Miro á lo alto. En la sien de la montaña
Su penacho imperial gozosa baña
La noble águila fiera,
Y espejándose en tu arco de topacio
Que adereza la luz de cien colores,
Se eleva majestuosa en el espacio
Llevándose un jirón de tus vapores.
Y las mil ignoradas resonancias
Del antro y la floresta
Y místicas estancias
Do urden alados silfos blanda orquesta,
Como final tributo de reposo
¡ Oh émulo del Destino !
Ofrece á tu suicidio de coloso
La tierra engalanada en tu camino.
Mas ¡ ah ! que tu hermosura,
Desquiciada sublime catarata,
El insondable abismo desbarata,
La inmensidad se lleva,
Sin que mi osado espíritu se atreva
Á perseguirte en la fragosa hondura.
Átomo por tus ondas arrastrado,
Por retocar mis desteñidos sueños

Y reponer mi espíritu cansado
En tu excelsa visión de poesía,
He venido en penosa romería;
No á investigar la huella de los años
De tu drama en la página perdida,
Hoy que la fe de la ilusión ya es ida,
Y abatido y helado el pensamiento,
Con el adiós postrer de la esperanza,
En tu horrible vorágine se lanza
Desplomado al más hondo desaliento.
En vano ya tras el cristal enfriado
De la vieja retina,
El arpa moribunda se alucina,
Y en el triste derrumbe del pasado
Cual soñador minero,
Se vuelve hacia el filón abandonado
De nuevo á rebuscar algún venero.

¡Adiós! ¡adiós! Ya á reflejar no alcanza
Del alma la centella fugitiva,
Ni tu ideal fastuosa perspectiva,
Ni el prodigioso ritmo de tu danza:
Y así como se pierden á lo lejos,
Blancos al alba y al morir bermejos,
En nívea blonda de la errante nube,
Ó en chal de la colina,
Los primorosos impalpables velos
De tu sutil neblina,
Va en tus ondas mi cántico arrollado
Bajo tu insigne mole confundido,
É, inermes ante el hado,
Canto y cantor sepultará el olvido.

JOAQUÍN PABLO POSADA

Joaquín Pablo Posada, « en cuyas manos era la lengua blanda cera », es, en opinión del señor Menéndez y Pelayo, « digno del mayor encarecimiento, no por la pobre materia poética de sus composiciones, sino por sus admirables dotes de versificador, en que pocos ó ninguno de su tierra le ha igualado. » Las poesías suyas que en seguida publicamos, son ejemplo inimitable de una musa pedigüeña. Posada nació en Cartagena el 17 de Agosto de 1825, y murió en Barranquilla, Departamento de Bolívar, el 4 de Abril de 1880.

Á PABLO

Desde el lecho, caro Pablo,
Te dirijo estos renglones
Que, apostara cien doblones,
Van á hacerte dar al diablo.

Mas, francamente te hablo,
Prefiero ser importuno
Á pasar en el ayuno
Toda la mortal semana
Que ha de comenzar mañana,
Mañana viernes, por Juno.

Aunque el médico ilustrado
Diariamente me receta
La más rigurosa dieta,
Siempre habrá que hacer mercado;
Y como tú me has rogado,
Con tu habitual elocuencia,
Que te dé la preferencia
Caso de necesidad,
Si abuso de tu bondad
Sopórtalo con paciencia.

Cierta vez que ocurrí á ti
Me serviste como amigo,
Y yo quedé mal contigo;
Pero no consistió en mí.
Fué que en situación me ví
Tan triste y tan afanosa,
Que si pintara la cosa
Te había de ver, afligido,
Llorar á moco tendido
Sobre mi suerte horrorosa.

La suerte de que *me chillo* (1)
Es la suerte pecuniaria,
Puramente monetaria,
Puramente de bolsillo.
Suerte que sin un cuartillo
Me tiene siempre: de suerte

---

(1) Me quejo.

Que si no fuera tan fuerte,
Como tú sabes que soy,
Al mirarme como estoy
Me hubiera dado la muerte.

Figúrate que le debo
Á todo el que en torno miro ;
Debo el aire que respiro
Y debo el agua que bebo.
Casi ni á salir me atrevo,
Porque si salir consigo,
Mis acreedores, amigo,
Me atacan de llano en llano,
Desde el primer ciudadano
Hasta el último mendigo.

Con otro fuera torpeza
Ser, como soy, tan sincero ;
Debiendo, al pedir dinero,
Ocultar tanta pobreza.
Mas contigo, con franqueza
Hablo de la suerte mía :
Ingrato y falso sería
Si no hablara cômo hablo,
Porque fuera olvidar, Pablo,
Tu nobleza y tu hidalguía.

Quiero acabar : necesito
Diez y seis pesos cabales ;
Para conseguir los cuales
Estas décimas he escrito.
Préstamelos, que infinito

Será mi agradecimiento,
Como lo es el firmamento
Y como el poder de Dios,
Quien, acá para los dos,
Me tiene muy descontento.

Ninguna promesa haré,
Porque á ti no se te esconde
Que cómo, cuándo ni dónde
He de pagarte, no sé.
Pero que te pagaré
Y que á pagarte me obligo,
Poniendo á Dios por testigo,
Es tan seguro y tan cierto
Como lo es que sólo muerto
Dejaré de ser tu amigo.

Á JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

REMITIÉNDOLE UN LIBRO DE VERSOS

Manuel de mi corazón:
Hace un año... más de un año,
Que tuve el capricho extraño
De darle publicación
Á la adjunta colección
De versos. Y así los nombro
Porque, con maligno asombro
Si no los llamara versos
Se reirían mil perversos,
Viéndome por sobre el hombro.

Dirás que no es *ver por sobre,*
Sino *mirar por encima;*
Y añadirás que mi rima
No es dulce, sino salobre.
¡Qué demonio! Yo estoy pobre,
Más de lo que se te alcanza,
Y, según dice Carranza,
Si la pobreza enflaquece,
También, y mucho, embrutece,
Por más que parezca chanza.

Además, yo no las echo
Ni de Tirso ni de Inarco (1);
Conque, mi amado Aristarco,
Déjame seguir derecho.
Digo pues, volviendo al hecho,
Que hace poco más de un año
Que, para mi desengaño,
Cometí la necedad
De darle publicidad
Al libro que te acompaño.

Fué, sí, necedad la mía
Haberlo dado á la estampa;
Y no me llevó la trampa
Porque los Echevarría
Con singular hidalguía,
Me imprimieron la edición
Sin más remuneración,
Aunque se convino en precio,
Que conservarles mi aprecio
Y darles mi corazón.

No pienses que pienso yo,
Y ésta no es falsa modestia,
Que el público es una bestia
Porque el libro no compró.
Si el libro no le gustó
Sin duda no serviría;

(1) *Inarco Celenio*, nombre con que se conoce entre los Árcades á D. Leandro Fernández de Moratín.

De seguro no valía,
Como yo pensé, un Perú :
La prueba es que compra tu
Tratado de ortografía.

Perdona que me encumbre
Y divague como un sabio :
Esto es en mí ya un resabio,
No lo llamaré costumbre.
Ésta es una servidumbre
Rústica, pues no es urbana,
Pesada, pues no es liviana,
En que habrás de consentir :
Y no me he de corregir,
Porque no me da la gana.

Vuelvo al parto de mi ingenio
De que hablaba, y que lo vende
El mismo Navamorcuende
Que cita Inarco Celenio.
Yo, para probar mi genio,
Otro haré que al mundo asombre,
Tal, que al pronunciar mi nombre,
Diga el universo entero,
Echando abajo el sombrero :
¡Joaquín Posada era un hombre!

Mientras llega ese momento,
De mi gratitud en gaje,
Y como humilde homenaje
Á tu virtud y talento,
Con el mayor sentimiento

De no ser un Moratín,
Te suplico, Marroquín,
Aceptes este cuaderno,
Prenda del cariño tierno
De tu devoto
Joaquín.

POST-SCRÍPTUM

Hace, Manuel, casi un mes
Que te escribí lo que has visto,
Y que en casa estaba listo
El libro tal cual lo ves.
Pero al mandártelo, Inés,
Que es delicada en exceso,
Esclamó : Joaquín, ¿ qué es eso ?
¿ Mandas el libro sin pasta ?
El día de gastar se gasta
— Si... pero... ¿ dónde está el peso ?

Sin embargo, mi mujer,
Á quien no sé decir no,
En su opinión insistió
Y fué preciso ceder.
Mas viendo al tiempo correr,
Y viendo que tarda el *cuando,*
Á guisa de contrabando
Libro al libro de derecho,
Y de un descuido aprovecho,
Y á la rústica lo mando.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

En Marroquín más que en nadie forma contraste la severidad de su carácter con sus temas favoritos. Como muestra presentamos su famosa y popular *Perrilla* y sus *Estudios sobre la Historia romana*. La narración del rapto de las sabinas, después de una fiesta celebrada no ya á la española sino á la bogotana, es ingeniosa y graciosísima. La descripción de los pobres sabinos, que fueron á Roma acompañados y alegres sin saber lo que les esperaba, y volvieron á sus casas solos y tristes, es gráfica.

> Y á esa hora, de Sabina en el camino,
> Ver hubiera podido algún curioso,
> Á la luz del crepúsculo indecisa
> Los sabinos pasar unos tras otros,
>
> Sus bestias arreando, que llevaban,
> Sillones y galápagos tan sólo,
> Y haciendo los estribos y los frenos,
> Al trotar de las bestias, rumor sordo.

Marroquín es además autor de obras didácticas conocidas en toda América y de excelentes cuadros de costumbres, especialmente contra el lujo y otros malos hábitos sociales. Nació en Bogotá el 7 de Agosto de 1827, y es miembro de la Academia Colombiana.

LOS CAZADORES Y LA PERRILLA

Es flaca sobremanera
Toda humana previsión,
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros
Y de mozos de traílla;

Van todos apercibidos
De las armas necesarias,
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza
Cornetas de monte; en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema *La Caza*.

Levantan pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo á viento,
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña,
Pero ella se da tal maña
Que á todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,

Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vió:

Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía,
Que oyó ladrar á los perros;

Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta
Á eso del anochecer;

Con ella iba una perrilla....
Mas sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla :

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Era tenida en su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El más flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo ;

Sarnosa era... digo mal ;
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal ;

Era, otrosí, derrengada ;
La derribaba un resuello ;
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

Á ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía,
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Escondido, por si así
Se libraba de la muerte ;

Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego;

La vieja entonces al ver
Que escapaba por la loma,
¡Sus! dijo por pura broma,
Y la perra echó á correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada;

Aquella perrilla, sí,
¡Cosa es de volverse loco!
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA ROMANA

Res gestae, regumque, ducumque, et tristia bella.
Quo scribi possent numero, monstravit Homerus.
(HORAT., ARTE POÉTICA)
Homero enseñó en qué clase de versos podrían escribirse los hechos de los Reyes y de los Capitanes y las guerras tristes.

CAPÍTULO I.

SUMARIO.

Situación y primeros progresos de Roma después de su fundación. — Notable vicio en su organización social. — El pueblo es convocado. — Arenga de Rómulo. — Plan que se propone al pueblo. — Aprestos para la ejecución de los proyectos del monarca. — Nueva asamblea del pueblo.

Dos ó tres años hacía
Que estaba fundada Roma,
Y en la naciente ciudad
Iba todo viento en popa.
Ya había Alcalde ordinario,
Que lo era Torcuato Cotta;
El ayuntamiento estaba
Establecido, y á la obra

De la escuela y el cabildo
Le faltaba poca cosa.
 Sólo una cosa faltaba
En la ciudad, una sola,
Cosa por la que á los hombres
Se les hace agua la boca
Si falta, y que apenas llegan
Á conseguirla, les sobra.
Quiero decir que no había
Mujeres; y si la Historia
Dicho tan inverosímil
No abonara como abona,
Yo temiera se tomase
Lo que estoy diciendo á broma.
No tenían los romanos
Quien les guisara la olla,
Quien un botón les pegara,
Quien manejara la escoba,
Quien les hiciera un pocillo
De chocolate; la ropa
Estaba siempre los sábados
Sin almidonarse y rota.
Tenían criados varones,
Canalla puerca y ladrona,
Y respondona y soberbia,
Que pierde el tiempo, que roba,
Que se huye y le deja á uno
Solo á la mejor de copas.
Hasta se cuenta que Rómulo
Tuvo una vez entre otras,
Que hacer él mismo su cama
Y que cepillar sus botas.

Era el estado de célibe
Estado normal en Roma:
Cuando para declarar
Es llamada una persona,
Se le pregunta su estado,
Si la acción pasa en Colombia;
Pero en Roma esta pregunta
Era una pregunta ociosa.

Estaba todo en tal punto,
Cuando Rómulo convoca
Una tarde á los romanos
Y les habla en esta forma:
« Quirites, esto no es vida!
¿ Tal situación quién soporta?
Hacernos á bello sexo
Es preciso á toda costa.
Yo les pensaba mandar
Decir á las Amazonas
Que de nuestras dos naciones
Hiciésemos una sola,
Con lo que acaso pudiéramos
Remediarnos unos y otras;
Pero luego he discurrido
Que era una cosa muy tonta
Llenarnos de marimachos
Gente *murciélaga y frondia* (1);
Y á fuerza de cavilar,
He inventado una tramoya
Que ha de darnos mucha fama

(1) Gente noctívaga y sucia.

En las edades remotas;
Mas como exige reserva
No os la diré por ahora.

Hoy os bastará saber
Que lo que á vosotros toca
Es disponer unas fiestas
De tanto aparato y pompa,
Que se hable de ellas un año
Diez leguas á la redonda. »
Oyendo esta perorata
Todo el pueblo se alborota,
Y á hacer sus preparativos
No hay nadie que no se ponga.
El cabildo parroquial
Las sumas precisas vota;
El área de la plaza
Se remata en catorce onzas;
Se comienza á hacer tablados
Y toldos, que es una gloria;
Los bisbises se previenen
Se aprestan las cachimonas (1);
No queda cebón en pie
Ni viva marrana gorda;
Pónense á la obra los sastres,
Los zapateros las botas;
Brandy por mares se vende,
Por Orinocos la aloja,
El anisado por Niágaras
Y el vino por Amazonas;

(1) Especie de juego de dados.

Mas los que venden todo esto
Al pedir echan por copas.

Para comenzar las fiestas
Se han señalado las nonas
De julio, y para ese día
(Notable luego en la Historia)
Se convida á los sabinos,
Para que, con sus esposas,
Sus hijas y sus hermanas,
Sus sobrinas y sus novias,
Y sus nueras y sus suegras,
Y con todas, todas, todas
Las mujeres de Sabina
Vengan á fiestas á Roma.
Cuando la época fijada
Va hallándose ya muy próxima,
Á convocar para un meeting
El viejo Rómulo torna,
Á fin de que los romanos
Del oculto plan se impongan.

CAPÍTULO II.

SUMARIO.

Afluencia de extranjeros á la ciudad. — Pintura de ellos. — La problación se agita. — Espectáculos públicos. — Desacuerdo en que se hallan algunos historiadores. — Crisis. — Combate dentro de la ciudad. — Sus resultados.

Dóciles los sabinos al convite
Que para fiestas les hiciera Rómulo,
Ya en grandes caravanas, ya en pequeñas,
Á Roma van llegando poco á poco.

En yeguas aguilillas valonadas (1),
Con rico jaquimón (2), cuyos adornos
En la frente del bruto hacen una equis,
Como se usaban en el año de ocho;

En su sillón de plata guarnecido,
Todo forrado en terciopelo rojo,
Con su galón de cuatro dedos de ancho
Recamado espaldar y guardapolvo;

Con su sombrero alón de barboquejo
Y pañolón plegado sobre el rostro,
Hacen su entrada, orondas, las abuelas,
Con aire sosegado y majestuoso.

---

(1) *Valonadas* es participio de *valonar*, cortar la crin á las caballerias, sea enteramente al rape, sea dejándoles algunos centimetros de largo.
(2) Aumentativo de *jáquima*.

De corpiño ajustado, de velillo,
Y arrastrando los luengos faldistorios,
Vienen las niñas y al entrar se llevan
De los romanos, que las ven, los ojos.

En caballos herrados, bailarines,
Con ruanitas (1) de seda entran los mozos,
Y hacen saltar el caño á los caballos,
Y enarcar el pescuezo y dar corcovos.

En mulas y con jáquimas tejidas
De prolija labor, sin tapaojos,
Con zamarros de tigre y retranca ancha,
Vienen los viejos á pasito corto.

Pellón de cuatro borlas trae alguno,
Ruanas con fluecos y paraguas otros;
Y el pañuelo que cubre las narices
(Embrión de la bufanda) casi todos.

Gran movimiento la ciudad anima;
Sabinos y sabinas vense á rodo;
Y las postreras prevenciones se hacen
Con grande diligencia y alboroto.

La gente moza fragua bailecitos;
En la plaza y las calles ponen bolos;
Mientras, para ir aprovechando el tiempo,
Los jugadores juegan que es un gozo.

---

(1) Diminutivo de *ruana*, prenda de vestir muy usada en América y que consiste en una manta con un agujero en la mitad, por donde se saca la cabeza. En algunas provincias de España se le da el nombre de *manta ruana*.

Conforme á lo prescrito en el programa
Que publicaron con chinesco y bombo
Por toda la ciudad, se da principio
La noche de la víspera al holgorio.

Con candiles de sebo y trementina
Ilumínanse plaza y Capitolio,
Y hay vaca loca (1), y hay maroma y fuegos,
Patriótica canción y cuatro globos.

Estuvieron las fiestas al principio
Tan buenas como estar entre nosotros
Suelen en los periódicos descritas,
Cuando describen fiestas los periódicos.

Hubo fuentes de chicha en los encierros,
Y muchas colaciones y bizcochos
Hechos por reposteros italianos,
Que son los reposteros más famosos.

La tropa hizo despejo por las tardes,
Y se corrieron los mejores toros:
De éstos, algunos eran jarameños,
Conejerunos y futeños (2) otros.

Para el último día, que era el cuarto,
Ó el quinto cuando más, según Suetonio;
Mas, que, según afirman Tito Livio
Y Veleyo Patérculo, era el nono,

(1) Figura de cabeza de vaca, con cuernos de fuego, que pasean los muchachos las noches de fiestas y que es el centro de la diversión.
(2) De Jarama, la Conejera y Fute, haciendas en que se crian buenos toros de lidia.

Se previno un encierro de disfraces,
Con el que el buen humor llegó á su colmo
Y en que tales figuras se iban viendo
Que á los sabinos los dejaban bobos.

Vestidos iban dos de inglesas viejas:
De papalina la una, otra de moño;
Otro representaba un congresista
Y llevaba una máscara de loro.

De general moderno colombiano
Se quiso disfrazar Aulo Sempronio,
Y á fin de ser por tal reconocido
Lo que hizo fué vestirse como todos.

Cierto pepito (1) se vistió de gente,
Y no hubo en el concurso un solo prójimo
Que, mirándole bien, podido hubiera
Quién era sospechar, ni por asomo.

Un hombre rico se vistió de rico:
No se le pudo conocer tampoco;
Ni á un mozalbete elegantón y pobre
Que se vistió de manta del Socorro.

En suma, hubo de todo en el encierro:
Españoles antiguos, druidas, moros,
Indios jauleros (2), viejos jorobados,
Y calentanos (3) con carate (4) y coto (5).

---

(1) Lechuguino.
(2) Hombres que llevan á la espalda jaulas en que se transportan pollos y otras aves, huevos y frutas.
(3) Habitantes de los climas cálidos.
(4) Enfermedad que consiste en la coloración de la piel, de blanco, azul ó rojo.
(5) Bocio, ó sea hipertrofia de la glándula tiroides.

¡Extraña variedad! Sólo una cosa
Era en todos igual, común á todos:
Cada uno se mostraba persuadido
De que el concurso le miraba á él solo.

Los sabinos estaban boquiabiertos
Mirando los encierros, cuando al coso
Metieron un novillo colorado,
Cansado de correr y hacer destrozos.

En este punto, al dar con la corneta
El toque de « que saquen otro toro, »
Los disfrazados las barreras salvan
É invaden los tablados y los toldos.

De aquella evolución, los convidados,
Que debían de ser algo bolonios,
Aun aguardaban, carcajada en ristre,
Un desenlace de los más graciosos,

Cuando oyen con terror que los romanos
Les dicen, ya sin máscara y en tono
De *aquí nadie nos tose* : « Caballeros,
Las sabinas se quedan con nosotros. »

Ninguna pluma humana pintar puede
¡Cuál fué de los sabinos el asombro,
Al contemplar aquella tropelía,
Ni cuál la confusión, cuál el trastorno!

Mas pasa el estupor, y de los pechos
De pronto se apodera el ciego enojo;
Los sabinos defienden sus mujeres
Y se arma un zipizape del demonio.

Lucharon, pero en vano. Entre arreboles
De ópalo y nácar, y topacio y oro,
El esplendente sol su disco hundía
En los abismos del lejano Ponto,

Y á esa hora, de Sabina en el camino,
Ver hubiera podido algún curioso,
Á la luz del crepúsculo indecisa,
Los sabinos pasar unos tras otros,

Sus bestias arreando, que llevaban
Sillones y galápagos tan sólo,
Y haciendo los estribos y los frenos
Al trotar de las bestias rumor sordo.

Si pareció pesada á las sabinas
La chanza de las fiestas y del robo,
Ó antes bien, divertida y de buen gusto,
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador las consolase
Me parece seguro; ello es notorio
Que de una suerte ó de otra, con su suerte
Al fin se conformaron. Testimonio

Dan de su descendencia las historias,
Y viven en Colombia entre nosotros
Bassani y Menegusi, que se precian
De hallar su origen en tan noble tronco.

JOSÉ CAICEDO ROJAS

Como muestra de producciones poéticas suyas publicamos *El Primer Baño* de Eva y *La Fuente de Torca*. Caicedo Rojas es uno de los más amenos, elegantes y castizos escritores de Colombia; de preferencia ha empledo su gallarda pluma en asuntos históricos y de costumbres, y entre sus obras en prosa merecen especial mención los *Apuntes de Ranchería*. Es miembro de la Academia Colombiana. Nació en Bogotá el 8 de Agosto de 1816.

EL PRIMER BAÑO

Eva al acaso discurriendo un día
Del encantado Edén por las praderas,
Sin pensarlo sus pasos dirigía
De un cristalino arroyo á las riberas.

Contemplando la extraña maravilla
Alegre llega á la espumosa fuente,
Y admirada detiénese en la orilla
Escuchando el rumor de la corriente.

Curiosa inclina el cuerpo hacia delante,
Allí donde la onda se dilata,
Y en el líquido espejo en el instante
Su hechicera figura se retrata.

La bella aparición la mira atenta,
Y al verla sonreír también sonríe,
Y acércase también, si ella lo intenta,
Sin que una de otra tema ó desconfíe.

Seña por seña al punto la devuelve,
Tan pronto se retira como avanza,
Una y mil veces á mirarla vuelve,
Y Eva el misterio á comprender no alcanza.

De la muda visión un ser se fragua,
Y de entusiasmo en inocente acceso
El labio de coral acerca al agua,
Y ambas se dan un amoroso beso.

Su delirio á abrazarla al fin la lleva;
Mas pagando bien caro el dulce engaño,
Se sumerge en las ondas: ¡así Eva
Se da en el Paraíso el primer baño!

LA FUENTE DE TORCA

Fuente undosa y cristalina
Que por las rocas murmuras,
Buscando á tus aguas puras
Entre la arena vecina
Blando lecho,
¿ Á dónde vas tan derecho ?
¿ Cuál será, di, tu destino
Cuando concluya el camino
De musgo, grama y helecho
Donde ahora
Bulles alegre y sonora ?

¡ Cuántos hondos precipicios
Recibirán tu corriente,
Convertida ya en espuma
Tan blanca como la pluma
De la paloma inocente !
¡ Cuántas simas
Cercadas de ásperos troncos
En ecos fúnebres, roncos,
Convertirán tu murmullo !
No besarás ya el capullo
De las flores,

Ni sus vívidos colores
Retratarás en tu seno,
  Turbio y lleno
De inmunda y vil hojarasca.

  Tus ondas, antes tranquilas,
Se estrellarán en las peñas,
Ó escondidas en las breñas,
En vez de rosas y lilas
  Sólo abrojos,
Sólo marchitos despojos
Hallarán por dondequiera.
  La pradera
Con su color de esmeralda,
De las colinas la falda,
El soto espeso y umbrío
Que en los calores de estío
  Dulce sombra
Esparce en la verde alfombra,
  Todo, todo,
Hasta la arena, hasta el lodo
  Do naciste;
Hasta la tímida yedra
Que corona la ancha piedra
Y el rugoso tronco viste,
Para ti se acabará.
  ¿Dónde irá
Tu corriente bulliciosa,
Entre arrayanes nacida
Y sobre cama musgosa
Blandamente remecida?
Con la corriente medrosa

Del Funza, en íntimo abrazo
Recorrerás perezosa
La llanura,
Que ostentando su hermosura
Mar en bonanza parece;
Como la cándida joven
Que viaja con el esposo
Débil, enfermo, achacoso,
Y le sigue por doquiera
Y si naufraga, perece.

Mas antes que el sol se oculte
Sobre la nevada cima
Del Tolima,
Su aterradora garganta
Abrirá el abismo horrendo
Que te espera,
Y entre el rugido que espanta
Y entre el fragoroso estruendo,
Preciso será que muera
Tu despedida postrera.

Y viajarás por el mundo
Aumentando otros raudales,
Por montañas y arenales,
Hasta que en el mar profundo
Encuentres tu sepultura.
Desventura
Allí tan sólo te aguarda
Y agitación y tormento;
Combatido por el viento
Que en sus negros antros guarda

Se levanta el mar bravío,
Y hasta el cielo
Cual otro Titán impío
Llevar pretende su vuelo.

Ya descubre sus entrañas
Insaciables,
Ó ya sus ondas variables
En espumosas montañas
Atropella,
Formando líquida pella
Sobre su pérfido lomo;
Y brama y muge violento
Como tigre enfurecido
Que busca la presa hambriento.

Cuando el huracán lo bate,
Ya se abate
Ó ya enroscado se sube
Á provocar la alta nube
Que sobre él furiosa estalla:
¡ Cruel batalla,
Terrible, espantoso duelo
Entre la tierra y el cielo !
¡ Torca humilde ! ¿ Quién creyera
Al ver tu raudal modesto,
Que tan presto
Ése tu destino fuera ?
¡ Cuántas veces yo sentado
Sobre tus frescas orillas
Contemplé las piedrecillas
Agrupadas en tu fondo,

Que yo juzgaba tan hondo
Cuando, niño todavía,
Inocente repetía :
  Torca es ésta !
¡ Cuántas veces en la siesta,
  Tu murmullo
  Cual arrullo
Maternal, ó cual beleño,
Á mis ojos blando sueño
  Regalaba !
¡ Y cuántas en el regazo
De la que tierno adoraba
Reclinado contemplaba
Correr tus nítidas ondas,
Y en ellas sus trenzas blondas
  Retratadas !

  Deleitábame en seguir
Tus giros y tus rodeos,
Imagen de mis deseos
Y de mis ansias calladas.
Tus aguas bebí mil veces
  De rodillas,
Y refresqué mis mejillas
  Y mi frente,
Que tostaba el sol ardiente ;

  Jamás pisé tus arenas
Sin saludarte amoroso :
Jamás tu raudal undoso
Dejó de calmar mis penas
  Al mirarte
Y al escuchar tu armonía.

Cuando al norte dirigía
Mis pisadas el destino,
Siempre te hallé en mi camino
Corriendo al pie de la peña,
Tan risueña
Como la inocente niña
Que corre en la selva umbrosa
Tras pintada mariposa.

El céfiro embalsamado
Que tu margen acaricia
Llenó siempre de delicia
Mi corazón angustiado.
Tan sólo, Torca, con verte
¡ Ah ! tan bella
Me parece distinguir
Allá á lo lejos la estrella
De un dichoso porvenir ;
Un rayo, sí, de esperanza,
De dicha y de bienandanza,
De otro mejor existir.

Imagen fiel de mi vida,
Fuente clara y apacible,
¡ Oh, si me fuera posible,
Junto á tu corriente pura,
En la maleza escondida
Cavara mi sepultura !

LORENZO MARÍA LLERAS

Lleras ocupa un puesto distinguido entre los escritores de Colombia. Publicó varias obras didácticas, y tradujo otras del inglés. Pasó gran parte de su vida dedicado á la enseñanza; así es que dejó muchos y aprovechados discípulos. Nació en Bogotá el 7 de Septiembre de 1811, y murió en la misma ciudad el 3 de Junio de 1867.

ORIGEN DE LA LENGUA CASTELLANA

Una región lindísima demora
Allende el mar, y por el mar bañada,
Que las cadenas del Pirene excelso
Con el antiguo continente enlazan :
La Tharsis de fenicios y de hebreos,
La Iberia que sus viajes limitaba,
Del griego mercader última Hesperia,
Del latino invasor altiva Hispania.

Piérdese en la tiniebla del pasado
De esta región la primitiva raza.
Veintiocho siglos ha, celtas veían
Nacer el Tajo, el Ebro y el Guadiana.

Viviendo entremezclados con los hijos
De la agreste, la indómita Cantabria,
Cuando, ávida, Cartago les impuso
Su comercio á la sombra de sus armas.

Tan rica presa, tan feraz colonia,
Asaltaron las águilas romanas,
Y una vez y otra vez manchó la tierra
Noble sangre vertida en las batallas;
Repitiendo los ecos todavía,
Sin distinción de tiempos ni comarcas,
De monte en monte, en funeral lamento,
Las glorias de Sagunto y de Numancia.

Uncida al carro del Augusto César,
Por cuatro siglos recibió la España
Lenguaje, ciencias, leyes y costumbres,
De la Roma imperial, potente y sabia.
Pero enjambres de bárbaros venían,
Y á despecho de Roma la asolaban,
Y de suevos y vándalos hicieron
Huellas de sangre por doquier las plantas.

Y nuevas hordas, que brotó la orilla
Del Ponto Euxino y la oriental Asgarda,
Lanzáronse sobre ella, sometiendo
El latino poder á su pujanza.
Dueños los visigodos de la tierra,
Fundó su imperio el animoso Valia,
Y Eurico y Alarico y Leovigildo
Dictaron leyes á la gente hispana.

Del un extremo al otro de la Europa
Dos naciones innúmeras luchaban,
Y las dos lenguas madres confundidas,
Y en una jerga bárbara mezcladas,
Eran apenas la expresión del odio,
De la necesidad ó la arrogancia;
Y la de vencedores y vencidos
Informe lengua, se llamó *romana*.

Pueblos sin voluntad para el estudio
Del idioma enemigo, en ignorancia
La más profunda, por doquier cercados
De obstáculos sin cuento, que se hallaban
Sin guías, sin fijeza en un lenguaje
Que á cada cambio de señor cambiaba,
Al fin hicieron, con sus mil dialectos,
Una nueva Babel de la palabra.

Mas la preciosa fuente primitiva,
Cuyas reliquias el vascuence guarda,
La Fenicia y Cartago enriquecieron,
Y el copioso raudal entró en las aguas
De esa mezcla teutónicolatina,
Que en distintos dialeetos fracturada,
Origen fué del habla que hoy ostenta
Potente y rica sus egregias galas.

Y cuando del ultraje de Florinda
El conde don Julián tomó venganza
En Rodrigo, su rey, traidor trayendo
Hasta Jerez las sarracenas lanzas

Y fundando el poder de los Califas
En lo más rico, lo mejor de España,
Refugio y libertad dieron al godo
Los peñascos de Asturias y Vizcaya.

Y allá también con él llevó la informe
Romana lengua, en que lanzó el hosanna
De victoria, Pelayo en Covadonga,
Y después de León en la explanada
El católico Alfonso, y don García
En toda la extensión de la Navarra,
Y, andando el tiempo, en el confín del moro,
De Aragón y Castilla los monarcas.

Tantos pequeños reinos, divididos
Por miras y pasiones encontradas,
Que á palmos arrancados en la lucha
Fueron al musulmán; las recias vallas
De situación, distancias y costumbres;
Todo fué parte á confundir el habla,
Y á producir dialectos que ha vencido
La poderosa lengua castellana.

Clara, enérgica, fácil, melodiosa,
Llena de majestad y de elegancia,
De su base latina los sonidos
Al nervio del teutónico y la audacia
Sabe juntar, y amalgamar con ellos
El tesoro poético de Arabia,
Que, en sapiente raudal, la Media Luna
Por ocho siglos derramó en España.

Todo pueblo naciente, cuyos labios
Apenas articulan las palabras,
Mas cuya mente abriga altos designios,
Cuyo pecho acomete empresas arduas,
Sus guerras, sus triünfos, sus desdichas,
Sus caudillos, su amor, todo lo canta.
La poesía, cuna de su lengua,
La nutre, le da formas, la engalana.

Y así en Castilla sucedió : las rimas
De trova montaraz, desaliñada,
Sirvieron al amor, á la belleza,
Al son caballeresco de las armas,
Y al espíritu audaz y religioso
De la Edad Media. Desplegó sus alas
Años después la musa de Castilla,
Y alzóse al éter sonorosa y blanda.

Los sencillos cantares que enaltecen
Del Cid Vivar las ínclitas hazañas,
Son la joya primera recogida
Por esos tiempos en la ciencia gaya ;
Y Berceo y el sabio don Alfonso,
El príncipe Manuel, Castro y Ayala,
Y el de Villena y Santillana y otros
Los arrullos rimaron de su infancia.

Tal fué la cuna, tales los vagidos
Del que ahora en el ámbito de España,
Único idioma y absoluto reina ;
Del que reina en la tierra americana

Que descubrió Colón, y sometieron
Los Pizarros, Corteses y Quesadas,
Y del que puede con razón decirse
Que no se pone el sol en sus comarcas.

Si el cielo azul, si escenas pintorescas,
Si el aromoso ambiente y brisas blandas
Diéronle fuerza, giros y dulzura,
Allá donde la mente estuvo esclava,
¿Qué no podrá esperar de estar regiones
De torrentes y valles y montañas,
Que en veste virginal, con voz sublime
La libertad del pensamiento aclaman?

¿Qué no podrá esperar si en algún día
Los dispersos fragmentos de su raza,
En la patria común del patrio idioma
Dan á las letras y al saber morada?
Se abrirá nuevo campo á sus conquistas,
De otros lauros será su sien orlada,
Lucirán en su cielo otras estrellas,
Y ecos sin fin pregonarán su fama.

JOSÉ MARÍA PINZÓN RICO

Pinzón Rico es uno de los poetas más populares de Colombia; y *El Despertar de Adán* y la elegía á *José María Quijano Otero*, son dos de sus mejores producciones. Sólo la primera figura en la *Antología de Poetas hispanoamericanos* de la Academia Española. Nació en Bogotá el 1º de Abril de 1834, y murió en la misma ciudad.

EL DESPERTAR DE ADAN

Á JOSÉ MARÍA QUIJANO OTERO

Y Dios partió, formada solamente
Del universo la sidérea cuna;
Y al ocultarse el sol en Occidente
Dejó su luz á la temblante luna.

Con el alma naciente fatigada
De cuanto en derredor y en sí veía,
Sorprendido del paso de la nada
Á lo excelso del ser, Adán dormía (1),

---

(1) Buscando el paso de la nada al ser. (J. E. Caro)

Y con él la creación; porque sumisa
Al sentir el letargo de su dueño,
De sus nobles destinos indecisa
Cual primero tomó la paz del sueño.

Y el coro de magníficos querubes
Al contemplar la inmensidad dormida,
Admiraba, desde ámbito de nubes,
Tan profundo silencio en tanta vida.

Mas era transición, y no el imperio
De oscura muerte, para el hombre ignota;
Era que de lo creado el gran misterio
Á vibrar iba su primera nota.

Adán en tanto, con la mente llena
De sombra y luz, en giro indefinible,
Dejó vagar sobre su faz serena
Sonrisa de los cielos apacible.

Y era que vislumbraba los inciertos
Contornos de esos mundos ignorados,
Que se incuban tras ojos entreabiertos,
Y sólo pueden ver ojos cerrados.

Y Dios volvió; y al hombre contempland,
Más beldad, más vigor, dejóle impresos;
Y carne de su carne desligando,
Y distrayendo hueso de sus huesos,

Savia de ángeles y astros agregando
Y la propia, de amor en los excesos,
Compendio de lo bello en forma nueva,
Lanzó á brillar sobre los mundos á Eva.

Y Dios partió; y Adán tornó á la vida;
Y abrió los ojos; y encontró á la hermosa
Del ángel por la esencia, sorprendida,
De mujer por el fuego, ruborosa.

Sintió el hombre de súbito en sus venas
Desconocido ardor; y allá en su mente
Algo que bulle y se colora apenas,
Pero que es fuerza ya, grande y potente.

Sintió su ser girar en dos mitades,
En dos cerebros fulgurar su idea,
En dos senos nacer las tempestades
De cuanto asombra, encanta, alumbra y crea.

Palpó sus miembros: túrgidos, ilesos,
Aun conociendo en Eva sus pedazos;
Y palpitaron en sus labios besos,
Como vibraron en su pecho abrazos.

Y se alzó de su lecho de azucenas
Y besó y abrazó; y entero el orbe
Sintió de inmenso amor las fibras llenas,
De amor, que todo forma y todo absorbe.

Se infiltraron doquier fuerzas secretas
De gestación inmensa en los afanes,
Y el éter, envidioso, ardió en cometas,
Y la tierra, envidiada, hirvió en volcanes.

Más esplendor buscando, desquiciadas
Se acercaron al mundo las estrellas,
Y de Eva, cual de Adán, en las miradas
Lumbre tomaron al dejarla en ellas.

Las brisas y las aguas undularon
Por imitar las formas virginales,
Y al universo atónito mostraron
Líneas de aromas, senos de cristales.

Se inclinaron las rosas á las fuentes,
Se entreabrieron los lirios al rocío,
Y perfumes, y rayos esplendentes
De guirnaldas llenaron el vacío.

Ensancharon los peces sus esferas,
Ensayaron las aves sus conciertos,
Y se buscaron, tímidas, las fieras
En la vasta extensión de los desiertos.

Sus coronas los árboles juntaron
Con leves lazos de floridas hiedras,
Y tapices de grama cobijaron
La tersa faz de las desnudas piedras.

Todo fué amor; misterio comprendido;
Plenitud interior; halago externo;
Gran complemento, dado y recibido;
Ósculo universal, abrazo eterno;

Claridades que, unidas, se abrillantan;
Sonidos que, mezclados, son canciones;
Sentimientos acordes, con que cantan
Su consorcio eternal los corazones.

Y del Edén los ámbitos, estrechos
Quedaron á los seres transfundidos;
Y el mar cerúleo se pobló de lechos,
Y el bosque inmenso se colmó de nidos.

Y Dios sonrió desde la excelsa altura
Al infinito amor; su ley es ésa;
Y al lanzar del Edén á la criatura
« Creced, multiplicad », le dió en promesa.

Y Adán, viendo lo cierto en lo preciso,
Ciñendo al bello ser en quien creía,
Dejó la vaguedad del paraíso,
Do tanta plenitud ya no cabía.

Y de santa ternura arrebatado
Bendijo á Dios en himnos inmortales;
. . . .
La lira universal ha preludiado,
Pero nunca lanzó notas iguales.

JOSÉ MARÍA QUIJANO OTERO

Es en el alma mía
En donde está el dolor tocando á muerto,
Un inspirado trovador decía;
La dulce madre de mi amor vivía,
Con sus alas mi cielo estaba abierto,
Y yo, ¡pobre de mí, no comprendía
Que dolor tan intenso fuera cierto!

Por vez segunda el alma se estremece
Y hace vibrar la lúgubre campana
Que en lo profundo de su ser retumba;
Despiertan al mañana
Las vagas sombras de hoy, y me parece
Que se alzan de esta tumba.
Que se alzan, envolviendo con sus velos
De la ilusión las matizadas flores,
Las risas, los amores,
La lucha, los desvelos,
De este minuto que llamamos vida;
Y al dejar en la mente conmovida
De miedo y estupor las anchas huellas,
Sólo permiten ver la prometida
Suerte méjor de allende las estrellas.

¡ Quijano ! ayer no más, entre mis manos
Tus manos generosas
Temblaban al pesar ó á la esperanza ;
De mi suerte en los míseros arcanos
Buscando lo que cede ó lo que avanza
Me estrechaban, ya tristes, ya dichosas.
Hoy... lívido reposas
En donde yo no puedo acompañarte ;
¿ Es inercia ? ¿ Es el bien ? ¿ Es amargura ?
¡ Ay, mi alma en su tortura
Sólo sabe que estás en otra parte !
¡ Sabe que sin buscarte
Debe cruzar aislada, casi sola,
La inmensidad del mundanal desierto,
Hasta perderse, cual la frágil ola
En las resecas playas del Mar Muerto !

Yo, inútil en el mundo,
Abajo, muy abajo del segundo
En cuanto anima, y engrandece, y crea,
Del éxtasis llegaba á lo sublime,
Viéndote diligente
Dar todo el corazón á lo que gime,
Como todo el espíritu á la idea
Y lo mejor del ser á lo que siente.
¡ Ay ! ¡ quién me hubiera dicho
Aun siguiendo la vida en su capricho
Que en tu sepulcro, de improviso hallado
Hubiera de verter llanto sombrío,
Llanto del corazón despedazado,
Antes que tú lo hicieras en el mío !
En vano la gentil naturaleza

Desplegará sus cambiadoras galas,
Buscando de tu lira en la grandeza
Vigor para sus alas.
Ya no lanzas el verbo poderoso
Que revelando anima,
Que enseña engrandeciendo,
Que engrandece las lides y el reposo
Si traduce el suspiro ó el estruendo :
La inmensa prosa está ; falta la rima.
El bardo entusiasmado
En todo digno, en todo delicado,
De cuyo acento el español se engríe,
No mostrará más rayos en la aurora,
Ni vendrá á sollozar con el que llora
Ni á gozar y reír con el que ríe.

Enluteció la musa de la historia ;
Como la prensa, la tribuna calla
Viendo yacer su vigoroso atleta ;
Aliento falta al grito de victoria
Al describir homérica batalla ;
La epopeya patricia está incompleta.
Junto al hogar modesto
Do tanta luz como ventura diste,
Tu recuerdo inmortal, solemne existe ;
¡ Y dicen que los muertos pasan presto !
No pasarás, QUIJANO,
Del noble corazón ni de la mente,
Mientras haya en el mundo Colombiano
Quien aprender, quien enseñar intente
Cuál es el tipo máximo, esplendente,
De esposo, padre, amigo y ciudadano.

¡Partiste! ¡Dios lo quiso! ¡Su justicia
En vano el hombre comprender pretende!
¿Quién nos dice si un sol que se desquicia
Mil soles más no enciende,
Si hay aquí destrucción y allá primicia,
Si nuestra imbécil duda no le ofende?
Siempre en su amor creíste;
Le dabas en descuento
De la existencia trabajada y triste
Las prolongadas horas de tormento.
Goza en su seno el galardón sublime;
Necesitabas plenitud de vida,
Y allá nada limita, nada oprime;
No queda allá palpitación perdida,
Allá cabe lo excelso de tu idea;
Allá el amor es ámbito incambiable;
Delante de tu dicha perdurable,
¡Este dolor, en Dios, bendito sea!

No regaré tu lápida de flores;
No le daré mis lágrimas de fuego;
Harto dicen intensos torcedores
Que tendré, junto á ti, tiempos mejores;
Otros digan adiós... ¡Pepe, hasta luego!

CÉSAR CONTO

Este poeta y Joaquín Pablo Posada son sin duda los dos más fáciles versificadores que ha habido en Colombia : Conto era especialmente hábil en la improvisación. Hizo además excelentes traducciones del alemán y del inglés, que conocía á fondo. Como muestra de sus poesías originales, damos *El Remordimiento del seductor*, y de sus traducciones el *Salmo de la vida* de Longfellow. Dejó importantes obras didácticas sobre las lenguas castellana, inglesa é italiana. Conto nació en Quibdó, Departamento del Cauca, en 1836, y murió en Guatemala en 1891.

EL REMORDIMIENTO DEL SEDUCTOR

Gran Dios, tu mano airada yo bendigo
Tu fallo omnipotente yo venero,
Y resignado sufriré el castigo,
Porque eres grande, sabio y justiciero.

Yo contra ti me rebelé : mi audacia
Me hace, gran Dios, de tu bondad indigno ;
Tú sobre mí concitas la desgracia ;
Castígame, Señor, yo me resigno.

Yo me humillo, Señor: en tu presencia
Átomo soy, insecto miserable;
Que se cumpla en tu siervo la sentencia
De tu justicia excelsa, inescrutable.

Yo tu ley desprecié: lancéme ciego
Por la senda tortuosa de los vicios:
Necio busqué el placer, y he visto luego
Abiertos á mis pies mil precipicios.

Tú del bien y del mal la ley eterna
Revelaste al humano entendimiento,
Y diste al hombre aquella voz interna
Que hace temblar con su indignado acento.

Yo cegué mi razón: de la conciencia
Quise acallar el ominoso grito,
Cuando, haciendo á tus leyes resistencia,
Los placeres buscaba en el delito.

Hoy esa voz potente se levanta
Y en el fondo de mi alma, horrenda ruge,
Y es voz atronadora, voz que espanta
Cual bramido del mar que airado muge.

Yo oigo esa voz cuando en el claro día
Todo bañado en luz se ostenta el cielo,
La oigo también cuando la noche umbría
Cubre la tierra con su denso velo.

Doquier escucho aquella voz severa
Que en mi oído resuena pavorosa,
Y el recuerdo del crimen por doquiera
Como un espectro lívido me acosa.

Inútilmente en apartar me empeño
Ese fatal recuerdo de mi mente,
En vano busco en la quietud del sueño
Algún alivio al corazón doliente ;

Pues si en breve sopor aletargado
Por un momento mi pesar olvido,
Pronto despierto trémulo, turbado,
Y lanza mi alma un lúgubre gemido.

Porque sueño que gira en torno mío
El torvo espectro de ademán severo,
Y que su brazo descarnado y frío
Extiende sobre mí con gesto fiero.

Siento su mano seca que me agarra,
La voz me falta si gritar intento,
Y siento que el terror mi lengua amarra
Dejándome sin voz ni movimiento.

Así pasan las noches y los días
De mi existencia llena de amargura,
Así en remordimiento y agonías
¡Ay ! se trocó lo que soñé ventura.

Y la infeliz que al seductor acento
De mi pasión cedió, también ahora
Víctima de su propio sentimiento,
Con llanto inútil su desgracia llora.

Llora su honor que le arrancó mi mano,
Llora la calma que perdió, infelice ;
Y en las angustias del dolor insano
Al autor de su mal tal vez maldice.

Tipo ella fué de gracia y de belleza,
Modelo de pureza y de candor ;
Yo el cristal empañé de su pureza,
De su hermosura marchité la flor.

¡ Maldición sobre mí ! Mas ¿ no es bastante
Este remordimiento que me acaba,
Este agudo aguijón, este punzante
Dardo que firme al corazón se clava ?

Gran Dios, sublime, excelsa es tu justicia
Que hiere al malo, al bueno galardona ;
Yo la adoro, Señor ; mas ya propicia
Vuelve hacia mí tu faz, y me perdona.

¡ Perdóname, Señor ! ¡ Yo me arrepiento !
Tú conoces las penas que me oprimen :
¡ Haz que el dolor profundo que ahora siento
Vuelva á mi alma la paz y borre el crimen !

SALMO DE LA VIDA

(TRADUCCIÓN DE LONGFELLOW, DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL DOCTOR SALVADOR CAMACHO ROLDÁN)

No me digáis con dolorido acento;
« La vida es solamente una ilusión, »
Porque está muerta el alma que dormita
Y las cosas parecen, mas no son.

La vida es realidad, no vano ensueño;
No es la tumba su término fatal;
Que jamás del espíritu se dijo:
« Eres polvo y al polvo tornarás. »

No es el dolor el gaje de la vida
Ni su objeto final es el placer,
Sino la acción, á fin de que el mañana
Nos encuentre más lejos que el ayer.

El arte pide tiempo, el tiempo vuela,
Y aunque es el corazón fuerte y audaz,
Late no obstante cual tambor que toca
Hacia el sepulcro marcha funeral.

El mundo es vasto campo de batalla,
Nuestra efímera vida es un vivac;
No os dejéis arrastrar como rebaño,
Antes cual héroes con valor luchad.

No os burle el porvenir con falso brillo,
El pasado sepulte lo que fué,
Trabajad, trabajad en el presente,
Que Dios da al corazón aliento y fe.

Grandes hombres ha habido, y en su historia
A ser grandes podemos aprender,
Y vestigios dejar de nuestro paso
Que nunca pueda el tiempo obscurecer;

Huellas que acaso servirán de guía
Y el perdido valor devolverán
Á algún hermano náufrago y errante
De la existencia en el revuelto mar.

¡Ánimo, pues, y varonil esfuerzo,
Ya sea la suerte próspera ó fatal!
Siempre avanzando, trabajando siempre,
Sepamos ser activos y esperar.

JORGE ISAACS

Isaacs es un poeta de imaginación oriental, lo que hace que á veces sus producciones sean un tanto nebulosas. Su obra *María* es la novela colombiana más conocida fuera del país y ha sido traducida al inglés y al francés. Isaacs nació en Cali, Departamento del Cauca, en 1837, y murió en Ibagué en Abril de 1895.

RÍO MORO

Tu incesante rumor vine escuchando
Desde la cumbre de lejana sierra;
Los ecos de los montes repetían
Tu trueno en sus recónditas cavernas.
Juzgué por ellos tu raudal, fingíme
Tras vaporoso velo tu belleza,
Y ya sobre tu espuma suspendido,
Gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

¡ Qué mísera ficción ! Quizá en mis sueños
He recorrido tus hermosas playas,
En esas horas en que el cuerpo muere
Y adora á Dios en su creación el alma ;

Que sólo dejan en la mente débil
Pálidas tintas y memorias vagas ;
Pero te encuentro grande y majestuoso,
Rey ponderado del desierto hermoso.

Bajo el techo de musgos y de pancas,
Abrigo del viajero solitario,
El rudo y fatigoso movimiento
De tus ondas veloces contemplando,
Del fondo de las selvas me traían
Las auras tus perfumes ignorados,
Mezcla del azahar y del canelo,
Gratos aromas de mi patrio suelo.

Entonces una lágrima rebelde
Humedeció mi pálida mejilla,
Dulce como esas que á los ojos piden
Caros recuerdos de felices días :
Elocuente, si hay lágrimas que encierren
La historia dolorosa de una vida ;
Aquí llevóla indeferente el río,
Murió como las gotas de rocío.

Eres hermoso en tu furor : del monte
Lanzado en tu carrera tortüosa,
Vas sacudiendo la melena cana
Que los peñascos de granito azota ;
Y detenido, de coraje tiemblas,
Columpiando al pasar la selva añosa.
Las nieblas del abismo son tu aliento,
Que en leves copos despedaza el viento.

¿ De dó vienes así desconocido
Con tu lujo y misterios ? ¿ Gente indiana
Hacia el Oriente tus orillas puebla
En verdes bosques y llanuras vastas,
Cuyo límite azul borran las nubes
Que en el confín del horizonte vagan?
Dime, ¿ esas tribus que do naces moran,
Viven felices ó miseria lloran ?

Pienso que á orillas del raudal velado
Por grupos de jazmines y palmeras,
Púdica virgen de esmeraldas ciñe
Su negra y abundante cabellera;
Y acaso el homicidio sangre humana
Á los cristales de tus linfas mezcla,
Y al odio y al amor indiferente
Confunde sus despojos tu corriente.

Vi al pescador de los lejanos valles
Tus peñas escalando silencioso,
La guarida buscando de la nutria
Y el pez luciente con escamas de oro ;
Contóme azañas de su vida errante
Sentado de mi hoguera sobre el tronco ;
Le ví dormir el sueño de la cuna,
Y envidié su inocencia y su fortuna.

La fúnebre viragua (1) repetía
Sus trinos que saludan al invierno,
Y luces de topacio y de diamante
Te daba del relámpago el reflejo:

(1) Ave de canto triste.

En las cavernas tu rumor ahogando
Tristes gemidos modulaba el viento:
Así admiré tu pompa y hermosura
Entre las sombras de la noche oscura.

Viajero de regiones ignoradas
¡Ay! ni una sola de tus ondas crespas
Á encontrar volveré, ni de mis pasos
En tus orillas durará la huella.
Más celosa que el tiempo que convierte
Ricas ciudades en llanuras yermas,
Guarda natura su secreto al hombre
Y do escribirle osó, borra su nombre.

Como burbujas en tu manto llevas,
Irán los soles sobre ti pasando,
Y te hallarán los de futuros siglos
Como hoy undoso, transparente y raudo.
No existirá ni la ceniza entonces
De mí, que rey de la creación me llamo,
Y si guarda mi nombre el mármol frío,
Lo hollará con desdén el hombre impío.

Más felices las flores de tu orilla
Nacen, al aire su perfume exhalan,
Marchitas ya, se mecen en la espuma,
Y mil, más bellas, sus cupullos rasgan;
Más felices tus ondas, al Oceano
Van á gemir en extranjeras playas;
Y yo con mi ambición pobre y proscrito,
De mi raza (1) infeliz purgo el delito.

---

(1) La raza judaica.

JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO

D. Juan Valera califica á González Camargo en estos términos: « Sus versos *Viaje de la luz* son *becqueristas*; pero, ¡yo no sé! me siento inclinado á decir que me gustan más que los mejores de Bécquer y de Heine.» Y después de insertar la composición en una de sus *Cartas Americanas*, agrega: « Ahora que acabo de copiar los versos del señor Camargo, comprendiéndolos bien, no vacilo ni dudo. Digo, parodiando al Duque de Rivas, que, en esta ocasión,

> No el padre guardián, el lego
> Tuvo la revelación.

El discípulo Camargo se adelanta aquí á sus dos maestros, al español y al alemán, y hace una linda poesía, sobria de palabras, rica de pensamientos, llena de imágenes y de galanura.» Insertamos además otra composición suya, *Estudiando*, que no es inferior á la primera y que revela una delicada sensibilidad. Lo más raro del caso, es que González Camargo, que no alcanzó siquiera á terminar sus estudios de medicina, hizo muy pocos ó ningunos de literatura; de modo que su inspiración es enteramente natural y espontánea. González Camargo nació en Sogamoso, Departamento de Boyacá, el 15 de Enero de 1865, y murió en Zipaquirá el 9 de Diciembre de 1886.

VIAJE DE LA LUZ

Empieza el sueño á acariciar mis sienes:
Vapor de adormideras en mi estancia:
Los informes recuerdos en la sombra
Cruzan como fantasmas.

Por la angosta rendija de la puerta
Rayo furtivo de la luna avanza,
Ilumina los átomos del aire,
Se detiene en mis armas.

Se cerraron mis ojos, y la mente,
Entre los sueños, á lo ignoto se alza;
Meciéndose en los rayos de la luna
Da formas á la nada.

Y ve surgir las ondulantes costas,
Las eminencias de celeste Atlántida,
Donde viven los genios, y se anida
Del porvenir el águila.

Allá rima la luz, y el canto alumbra,
Aire de eternidad alienta el alma,
Y los poetas del futuro templan
Las cristalinas arpas.

Auroras boreales de los siglos
Allá se encuentran recogida el ala;
Como una antelia vese el pensamiento
Que gigantesco se alza.

Allá los Prometeos sin cadenas,
Y de Jacob la luminosa escala;
Allá la fruta del Edén perdida,
La que el saber entraña.

Y el libro apocalíptico sin sellos
Suelta á la luz sus misteriosas páginas,
Y el Tabor del espíritu, su cima
De entre la niebla saca.

Y allí el Horeb de donde brota puro
El casto amor que con lo eterno acaba;
Allá está el ideal, allá boguemos:
Dad impulso á la barca.

Despertéme azorado... ¿ y ese mundo?
Para volar á él ¿en dónde hay alas?
Interrogué á las sombras del pasado,
Y las sombras callaban.

Pero el rayo de luna ya subía
Del viejo estante á las polvosas tablas,
Y lamiendo los lomos de los libros,
En sus títulos de oro se miraba.

ESTUDIANDO

En la sala anatómica desierta,
Desnudo y casto de belleza rara,
El cuerpo yace de la virgen muerta,
Como Venus tendida sobre el ara.

Lánguido apoya la gentil cabeza
Del duro mármol en la plancha lisa,
Entreabiertos los ojos con tristeza,
En los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
Del hombro haciendo torneado lecho,
Viene á cubrir la suelta cabellera
Las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
Pero hay en ella contracción de frío;
Es que al morir, el cuerpo se estremece
Cuando siente el contacto del vacío.

Mas yo que he sido de la ciencia avaro,
Que busco siempre la verdad desnuda,
A estudiar aquel libro me preparo,
Interrogando á la materia muda.

Al cadáver me acerco : en la mejilla
Brilla y tiembla una lágrima luciente;
¡ Un cadáver que llora !... Mi cuchilla
No romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
Tanto esa gota silenciosa y yerta,
Que los raudales de mi llanto en breve
Se juntan con el llanto de la muerta.

RAFAEL TAMAYO

Su valiente oda *Al trabajo* fué premiada en público certamen, en el concurso poético que sobre ese tema abrió el Gobierno nacional en 1881. Tamayo, uniendo el ejemplo al precepto, vive consagrado al trabajo, y no hace versos sino en sus horas de solaz. Nació en Bogotá el 2 de Marzo de 1851, de padres oriundos del Departamento de Antioquia.

AL TRABAJO

Mirad la augusta selva : el éter puro
Con sus ramajes seculares hiende,
Y de su fondo en el recinto oscuro
La enredadera su follaje extiende.
Bajo los densos toldos de verdura
Rueda sus turbias ondas fragoroso,
Rompiéndose al correr contra las peñas,
Indómito torrente, y hondas breñas
En sus lóbregos antros lo reciben ;
Y en medio la espesura
Sin trabas, ni señor, ni leyes, viven
Los salvajes monarcas de los bosques,

Del rey de la natura
Temidos por su fuerza y su bravura.
No penetran del sol los limpios rayos
El tupido dosel; y eterna sombra
La flor envuelve que con tintes gayos
No alza arrogante su corola al cielo,
Y mustia y sin olor se inclina al suelo
Que cubre espesa, enmarañada alfombra.

Hora mirad: al golpe del acero
Los centenarios troncos se estremecen
Y el campo cubren con su inmensa mole;
El tigre carnicero
Huye al mirar por extranjera planta
Su misterioso asilo profanado;
El sol que en el Oriente se levanta,
Sobre la parda alfombra brilla puro;
Las sombras dejan el recinto oscuro;
Y la antes mustia frente,
Del astro rey al cariñoso rayo
Yergue la flor que del festivo Mayo
Al amoroso ambiente
Al aire libre se desvuelve y crece,
Y al aura inquieta sus estambres mece.

La labor de las hachas viene luego
El devorante fuego
Activo á completar: al cielo sube
De humo espeso vagarosa nube;
Centellas lanza el abrasado tronco,
Antes columna de la selva oscura;
Y en la feraz llanura

Que en la extensión abierta se dilata,
Se ve rodar el mugidor torrente,
En cuyas crespas ondas se retrata
Del vivo sol el rayo refulgente
Y de la luna el resplandor de plata.

Después vendrá el arado, las entrañas
De la tierra á romper : lindas cabañas
Al aire elevarán su frágil techo ;
Y en los estivos meses
Con gentil susurrar, el vago viento
En blando juego doblará las mieses.
El rápido torrente sus furores
Y su vital aliento
Al hombre rendirá, y en su camino
Hará girar la rueda del molino,
Ó regará la tierra en los calores
Del sufocante, agobiador verano.
Del labrador la encallecida mano
Los frutos cogerá que en los racimos,
Cual justo galardón á sus sudores,
Le brindará naturaleza opimos ;
Y á la ambición y á la codicia ajena
Su quieta vida correrá serena,
Como callada fuente entre las flores.

¿ A quién prodigio tal, á quién se debe
Tan benéfico cambio ? ¿ Los portentos
Quién realizó de transformar la selva
En campo cultivado, cuyas galas
Con cariñosas alas
En trémulo vaivén doblan los vientos ?

El genio del Trabajo; su alto influjo
En provechosos dones cambia el lujo
Con que vistió la próvida natura
La secular montaña;
El Trabajo, potencia que encadena
Las fuerzas de los libres elementos;
Que cambia la llanura
En alegres y ricas heredades;
La selva de los siglos respetada
En bulliciosos pueblos y ciudades,
Y en risueños y plácidos recintos
Sus misteriosos densos laberintos.

Nada en el mundo á su poder resiste,
Nada á su empuje colosal: él viste
De edificios flotantes
Del vasto mar las procelosas ondas;
Y de flores fragantes
La campiña feraz y espigas blondas;
Y hienden á su esfuerzo
Las aéreas regiones del espacio,
Con agudas almenas el palacio,
Y con sus techos de livianas cañas
Del labrador sencillo las cabañas.

Monstruos formó que la ancha faz del mundo
Veloces surcan con potente aliento,
Y que alígeros más que el raudo viento,
Á impulso del vapor llevan doquiera
Los variados productos con que inunda
Activa industria la terrena esfera.
Una mano fecunda

Que millares de copias produjera
Del fugaz pensamiento el alma quiso,
De ansia noble de elevar su vuelo
Y de su imperio dilatar sedienta;
Y el Trabajo tenaz creó la imprenta.

Rasga el Trabajo con divina antorcha
Las densas nieblas de la mente humana,
Y con las nobles dotes del ingenio
Benigno la engalana,
Y la hace de las ciencias y las artes
Egregia soberana.
Él de Colón el poderoso genio
Impulsó á que trazara en blanca estela
Con la quilla de frágil carabela
De la ignorada América el camino,
Sobre el cristal enantes no empañado,
De misteriosos mares;
Y dióle la constancia,
Para lanzarse tras ignota zona,
Por móviles aliento y osadía,
Por alas rizos de flotante lona;
Y por premio á su esfuerzo y gallardía
Y sin igual victoria,
Le discernió la Historia
De bienhechor del mundo la corona.

Calma el Trabajo el angustioso llanto
Con que la faz del hombre artera inunda
La desgracia cruel, y en las heridas
Del roto corazón bálsamo santo
Derrámale propicia

Con blanda mano la labor fecunda.
La sudorosa frente
Que á su yugo se rinde, no se abate:
No; que antes bien, altiva se levanta,
Y sobre ella el letargo
Ó el fastidio indolente
Nunca sus alas perezosas bate.
Á la insegura planta
Que en la insidiosa senda de los vicios
Llega á posarse, con potente mano
Benéfico el Trabajo la desvía;
Y á la región de la virtud excelsa
Do brilla puro de verdad el día,
Lleva al mortal que en su poder confía.

Fácil conquista al ambicioso ofrece
La postrada nación que en la indolencia
Y en ocio blando y en miseria yace,
Y fácil presa de sus hijos hace
El despotismo audaz; no á sus furores
En cambio cede quien el fuerte brazo
Acostumbró desde la tierna infancia
Del obrador ó el campo á las labores;
No, que jamás al ominoso yugo
De extranjera legión la altiva frente,
Do brilla de los bravos la arrogancia,
Cobarde rendirá: arde en su mente
De libertad la sacrosanta llama,
Y altanero señor en la impotencia
Se verá de abatir su independencia
Y de apagar el fuego
Que su alto pecho poderoso inflama.

¡Oh Santa Providencia!
Tú, que colmas de encanto y de alegría
Cuanto creó tu bondadosa mano,
Y das al claro día
Su mágico esplendor, al oceano
Sus turbias ondas, misterioso arcano
Al corazón del hombre, y del destino
Llevaderos hiciste
El amargo pesar y la agonía,
Cuando la sabia ley nos impusiste
Del bienhechor Trabajo, que la vida
De almo consuelo y de esperanzas llena,
Haz á la patria mía
En alas del Trabajo, á las regiones
Del progreso volar: sus altos dones
Prenda de paz y venturanza sean.
Caigan también sus gratas bendiciones
Sobre mi humilde frente;
Luzca en ella el sudor con que á los buenos
Ganar mandaste el terrenal sustento;
En incesante brío
Haz que jamás desmaye, ni indolente
Ante el cansancio ceje el brazo mío;
Y cuando llegue para mí el momento
De recibir el eternal salario,
Grabe una mano amiga
En la sencilla losa
Que cubra mi sepulcro solitario,
Una inscripción que al caminante diga:
Al fin aquí de su labor reposa;
Cumplió en el mundo su mortal tarea:
Blanda la tierra á sus cenizas sea.

LA ESPUMA

Nació al arrullo que jugando forma
Entre peñascos cristalina fuente :
Temblorosa un instante en la corriente,
Mecida por los céfiros bogó.
La tibia luz de la naciente aurora
En mil colores se trocó al mirarla;
Á su paso, la flor al saludarla
El perfumado cáliz inclinó.

Quiso jugar con ella el cierzo leve
Enamorado de sus ricas galas,
Y al tocarla no más con tenues alas
Su efímera existencia arrebató.
Así la dicha fué que el alma mía
Creyó gozar un rápido momento;
Que al tocarla del mundo el vago viento
Cual la espuma fugaz se disipó.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

En el Prólogo de un tomo de poesías que con el título de *Ecos perdidos* publicó Gómez Restrepo en París, dice D. Rufino J. Cuervo: « Cuando en 1890 publicó *La Nación* de Bogotá la poesía titulada *Amor supremo*, la leímos en casa con tanto deleite que, al reproducirla en un periódico de París, anunciábamos que sería aplaudida de los conocedores por la armonía de la versificación, la nitidez del lenguaje y lo profundo del sentimiento, y lamentábamos que fuera parte del plan de la composición ocultar su nombre el autor, porque el del verdadero poeta de todos ha de ser conocido. » Superfluo sería lo que nosotros agregásemos á tan autorizada opinión. Gómez Restrepo, que desempeña actualmente el puesto de secretario de la Legación de Colombia en Madrid, nació en Bogotá el 13 de Enero de 1869.

AMOR SUPREMO

¿ No has visto, amiga mía,
La lamparilla que ante el ara enciende
La fe cristiana y pía,
Que huye los rayos fúlgidos del día
Y entre las sombras de la noche esplende ?
Apacible y modesta,

Ardiendo muda, á su Señor adora,
Lo mismo en medio de ruidosa fiesta,
Cuando los sones de armoniosa orquesta
Hacen vibrar la bóveda sonora,
Que cuando reina la quietud nocturna,
Amiga del misterio,
Y extiende entre la sombra taciturna
El sueño blando su callado imperio.
Nada la turba : si la inquieta brisa
Sus impalpables alas desplegando
Llega á rozarla, temblorosa oscila
Y lame el borde del cristal la llama ;
Mas luego, reavivándose, tranquila
Sobre el altar su resplandor derrama.

Tal es mi amor ; ante tus aras arde
Y mis entrañas sin cesar devora,
Ama el silencio, la doblez ignora
Y odia la pompa de mundano alarde ;
Despierto lo halla la rosada aurora,
Lucir lo ven las sombras de la tarde,
Y cuando reina oscuridad profunda
Mi quieta estancia con su luz inunda.

Del mundo á veces el turbión deshecho
Fiero me embiste y lo resisto en vano,
Y en loca exaltación ardiendo el pecho
De la vida me arrojo al oceano ;
Ni ¿ quién puede esquivarse á la pelea
Que con fragor los ámbitos asorda ?
¿ Quién mirar impasible la marea,
Que crece, que amenaza y que desborda ?

¿Ni qué alma noble permanece sorda
Si la llaman las lides de la idea?

Mas entre el fiero estrago
Fué tu recuerdo impenetrable escudo,
Fué talismán benéfico que pudo
Sacarme ileso del turbión aciago.
¡Ah! sí, que cuando el cielo
Se encapotaba en tenebroso velo
Y me ocultaba la segura vía,
Buscando á mi alma bienhechor consuelo,
Á tus plácidos ojos lo pedía:
Y á su fulgor, tornaba halagadora
La dulce paz al pecho palpitante,
Y con voz exclamaba triunfadora:
¡Qué importa que la mar ruja traidora
Si el puerto de salud no está distante!

¡Ah! cuántas veces en la edad florida,
Que el sol de juventud de encantos baña,
El hombre siente palpitar la vida
Y al peso cede de emoción extraña
Que ofusca y ciega su razón serena
Y con pérfidos lazos lo encadena;
Y por la senda del placer avanza
Precipitado en rápida carrera,
Hasta que al fin al vórtice se lanza
En cuyo fondo desolado y mudo
Entre las sombras el Despecho impera
Mostrando al alma, de piedad desnudo,
Lo que siguiendo á la virtud ser pudo
Y lo que quiso su abyección que fuera.

Dios me salvó del proceloso abismo
Dándome en ti mi salvadora guía,
Que rugir la tormenta entre mí mismo
Al empezar la juventud sentía;
Pero te ví y tu encanto
De celestiales resplandores lleno,
De negra sombra desgarrando el manto,
Calmó el hondo tumulto de mi seno:
Durmiéronse las olas,
Huyó la Duda, la Esperanza vino
Y alzóse, circundada de aureolas,
La Fe á mostrarme mi final destino.
Todo lo debo á ti, pues ¿ cómo osara
Rendir tributo á frívola hermosura,
Cómo insanos deleites codiciara,
Si eres tú la deidad que alcé en el ara,
Hermosa al par que recogida y pura ?
¿ Cómo de lodo salpicar mi frente,
Cómo manchar con el error mi labio,
Si á mi lado tu imagen siempre asiste,
Y sé que grave y triste
Me reprendiera el atrevido agravio ?
¿ Cómo no orar con fervoroso celo
Cuando te miro en templo solitario
Como ángel bello que bajó del cielo,
Y yace oculto bajo humano velo
En muda adoración ante el Sagrario ?

Tú eres la Musa que á la indócil lira,
Que á mis halagos respondió insonora,
Diste la voz con que de amor suspira
Y tus amargas esquiveces llora.

Antes sumido en hórrido marasmo
Sin rumbo alguno mi vivir corría,
La ola de la emoción y el entusiasmo
Entre mi helado corazón dormía ;
Tú la agitaste : con asombro y pasmo
Ví despuntar en mi horizonte el día,
Y al brillar de tu sol los resplandores
Cantando coronaron los amores
De la ilusión el árbol bendecido,
Cual bandada de alegres ruiseñores
Que dulces cantan al formar el nido ;
Y eternizar queriendo tu hermosura
Y acompañar mis infantiles goces,
Con ansia viva demandé á Natura
El concierto infinito de sus voces,
Y el mar y el bosque umbrío
Y el murmurante río
Que rueda y huye sin saber adónde,
Y el ave agreste, y la errabunda abeja,
Y el viento que en los árboles se queja
Y el eco que á lo lejos le responde,
Tu idolatrado nombre repitieron
Y sus varios acentos me prestaron,
Las sílabas amantes sonrieron,
Y en melódico ritmo se enlazaron.

¡ Ay ! y nunca tal vez sabrás, hermosa,
El fuego ardiente en que por ti me abraso,
Y me verás con ojo indiferente
Descender de la vida la corriente
Y perderme en las sombras del ocaso ;
Que no á mi nombre oscuro

Puédense unir los ínclitos blasones
Del nombre tuyo, que sin par fulgura,
Ni alcanzarán mis débiles canciones
Á alzar mi pequeñez hasta tu altura.
Mas ¡ ay ! aunque el destino
Quiera romper de mi pasión los lazos,
Alejando del tuyo mi camino,
Jamás aleve romperé en pedazos
El ara santa en que te rindo culto;
Y si en la odiosa realidad te pierdo,
De mi alma amante en el retiro oculto,
Unido viviré con tu recuerdo.
No serás para mí la hermosa niña
Ingenua y hechicera,
De blando seno que al amor provoca,
De nívea tez, de negra cabellera,
Rasgados ojos y menuda boca,
Que surgiendo de pronto en mi carrera
Cambió al infante soñador en hombre,
Haciéndome entrever en lontananza,
Á la engañosa luz de la esperanza,
Un mundo nuevo de placer sin nombre;
Pero serás el símbolo bendito
Del Ideal que el corazón anhela
Para calmar su duelo de proscrito,
Que vislumbres nos da de lo Infinito
Cuando en formas sensibles se revela.
No arrancarás con tu mirada ardiente
Al muerto corazón palpitaciones,
Pero darás fulgores á mi mente
Y á mi arpa débil inmortales sones.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

Éste es uno de los poetas de la nueva generación cuyas composiciones se leen hoy con más gusto por los conocedores. No hace versos sino ocasionalmente, pues vive entregado á las labores comerciales. Fernández nació en Medellín, Departamento de Antioquia.

EN EL TEMPLO

Refugio del espíritu creyente,
Capitolio del Rey de las alturas,
Abismo á donde van cual río ingente
Y en humano turbión las desventuras,

Tú tienes para todos techo amigo,
Para pueblos y reyes enseñanzas,
Opulencia inmortal para el mendigo,
Para el soldado eternas esperanzas.

Nace el infante y luego en tu piscina
Lava su culpa original primera;
Ama el adulto y bendición divina
Le brindas tú y amante compañera.

De sur á septentrión, de ocaso á oriente
Humanas greyes en rebaño inmenso,
A ti confluyen, entre casto ambiente
Y nubes albas de fragante incienso.

Eres redil de vírgenes cristianas,
Y penúltima cita de los muertos,
De donde al triste son de tus campanas
Van á yacer en los sepulcros yertos.

De oraciones maternas rebosantes
Sollozan tus penumbras y rincones,
Cuando quizá entre copas embriagantes
Lanza el hijo hasta Dios sus maldiciones.

La golondrina como niño alado
Entra por las ojivas en tu seno;
Es la inocencia que huye del pecado
Y busca el bien de que te encuentras lleno.

Te alzas á estilo de los templos godos,
Ó cual toscano y dórico modelo;
Grande, porque eres el hogar de todos,
Alto, porque eres símbolo del Cielo.

Bajo los brazos de la Cruz te ufanas,
Tu majestad el pensamiento absorbe,
Y el robusto clamor de tus campanas
Llena la vasta redondez del orbe.

Al diapasón de tus sagradas notas,
Cuando vibra el tremendo Miserere,
Sienten las almas sus pasiones rotas
Y sed de lo alto sus entrañas hiere.

Ya en ti no se alza Venus Citerea
Ni se rinden á Júpiter tributos :
El resplandor de la cristiana idea
Avergonzó á los dioses disolutos.

Huyeron las vestales de tus aras,
¿ Ni quién en tus baldosas sangre ha visto ?
Te quedaron imágenes preclaras
Y Rey entre ellas se levanta Cristo.

Y vive en tus sagrarios, blanca y pura,
Hostia que engendra luz y da sustento ;
Astro del alma que al mortal augura
La santa eternidad del pensamiento.

Te consagran las artes sus primores,
Naturaleza fértil su opulencia,
El corazón humano sus dolores,
Y sus hondos secretos la conciencia.

Y pasan años, y centurias, y evos
Sobre tus gruesas torres descollantes,
Y se yerguen tus muros siempre nuevos,
Siempre hermosas tus cúpulas triunfantes.

Y cuando todo en el postrero día
Se hunda, de ruina y de terror ejemplo,
Tú te alzarás, grandioso todavía,
Porque ¿ qué es el espacio sino un templo ?

ROBERTO MAC DOUALL

Desde que Mac Douall publicó *El joven Arturo*, que tanta polvareda levantó en la prensa á causa de su intención política, dejó bien sentada su reputación de poeta. Es lástima que las proporciones que debemos guardar en esta Antología, no nos permitan insertar ese poema, relativamente largo. No obstante, para juzgar del buen gusto del autor, basta su sentida composición *Á mi hermana Elena*. Mac Douall nació en Zipaquirá, Departamento de Cundinamarca, el 6 de Septiembre de 1842.

A MI HERMANA ELENA

EN EL DÍA DE SU MATRIMONIO

Abandonas tu hogar, modesto asilo,
Apartado y tranquilo,
Donde corrieron tus primeros años;
Jardín donde la flor de tu inocencia
Derramaba el tesoro de su esencia
Lejos de mundanales desengaños.

Vas á tender el atrevido vuelo
En busca de otro cielo
Que con sus esplendores te convida;
Tiendes, paloma cándida, las alas,
Tu último arrullo en este albergue exhalas
Al empezar el vuelo de la vida:

Vas á seguir en pos de tu destino
El áspero camino
Que Dios á la mujer ha señalado;
Abandonas tu hogar y hasta tu nombre,
Y á impulso del amor sigues al hombre
A quien hoy ante el ara has aceptado.

Hoy doblarás la cumbre de la vida.
Desde allá, conmovida,
Arrasados en lágrimas los ojos,
Mirarás este asilo de tu infancia
Perderse como un punto en la distancia
Que baña el sol con sus fulgores rojos.

Y en él fuiste feliz. Bajo este techo
Nuestro mundo era estrecho,
Pero bastó á encerrar nuestra ventura;
No tuvimos tesoros ni opulencia,
Mas tuvimos la paz de la conciencia,
Fuente de dicha sempiterna y pura.

Jamás del mundo pérfido los males
Salvaron los umbrales
De esta choza olvidada y escondida;
El turbión mundanal contra ellos choca,
Cual contra el flanco de la inmoble roca
Rompe sus olas mar enfurecida.

Dos veces solamente hemos llorado,
Pero ésas han bastado
Para sumirnos en horrible duelo,
Para eclipsar el sol de la ventura
Y en una nube lóbrega y oscura
Envolver el fulgor de nuestro cielo.

Por dos veces la muerte despiadada,
Inexorable, airada,
Llamó con dura mano á nuestra puerta,
Y vimos del hogar la dulce calma
Con pedazos queridos de nuestra alma
Rodar en una sepultura abierta.

Mas nos queda el hogar, asilo santo
Do corrió nuestro llanto,
Lejos del mundo que el dolor condena;
Aquí escondido, bajo humilde techo,
El corazón en lágrimas deshecho
Pudo entregarse á su terrible pena.

Y hoy abandonas el amado nido
Do alegres han corrido
Nuestras horas de plácida alegría;
Este rincón donde lloramos tanto,
Cuando tan sólo en un raudal de llanto
Un alivio encontró nuestra agonía.

Acaso temblarás al ver delante
El mundo que distante
En tus cándidos sueños entreviste.
No tiembles: sigue sin temor ni duda,
Que la virtud tu porvenir escuda
Y á su inmenso poder nada resiste.

Esa frente ceñida de azahares.
Del mundo los pesares
No mancharán jamás con lodo inmundo :
Guarda un destello del fulgor divino
Y nada temas : tu feliz destino
Será el del ángel que atraviesa el mundo.

¡Padre querido! tú, que desde el cielo
Con paternal anhelo
Velas por los que amabas en la tierra ;
Tú, que incesante en la labor prolija,
En el alma purísima de la hija,
Sembraste las virtudes que ella encierra ;

Tú, que cruzaste el campo de la vida
Cual la fuente escondida
Que esparce en sus riberas la frescura ;
Tú, que venciste al mal en ruda guerra,
Sin que alcanzara el lodo de la tierra
Á manchar tu alma virginal y pura,

Acoge mi plegaria, padre mío,
Como blanco rocío
Caiga tu bendición sobre su frente ;
Aparta de su senda los abrojos,
Las lágrimas aparta de sus ojos,
Y las sombras del duelo, de su mente.

Haz que cuando termine su jornada,
Su frente inmaculada
Guarde de su inocencia los fulgores ;
Pueda ella, como tú, tender el vuelo,
Dejar la tierra y remontarse al cielo
Pura como el perfume de las flores.

Y á mi madre, la dulce compañera
Que en tu ruda carrera
La dicha y el dolor partió contigo ;
La que invocando tu recuerdo santo
Baña con los raudales de sü llanto
La cruz que presta á tu sepulcro abrigo ;

Á mi madre infeliz dale consuelo,
Hoy cuando tiende el vuelo
La prenda de su afecto peregrino ;
Haz que recobre la perdida calma,
Infunde nuevas fuerzas en esa alma
Hasta que llegue al fin de su camino.

Al entregarte al hombre generoso
Que eliges por esposo,
¿ Qué más puedo yo hacer, hermana mía,
Que invocar de mi padre la memoria ?
Él velará por ti desde la gloria,
Él, que tanto te amó, será tu guía.

Tu madre ha bendecido ya tus lazos ;
Si sufres, en sus brazos
Hallarás contra el mal seguro abrigo ;
Yo, que tu gracia virginal adoro,
En nombre de ese padre por quien lloro,
En nombre de mi padre te bendigo.

ARCESIO ESCOBAR

Por no tener á la mano algunas composiciones originales de este notable poeta, insertamos *La Partida*, traducción de Byron, que es la única suya que figura en la obra de la Academia Española. Escobar nació en Medellín, Departamento de Antioquia, el 16 de Julio de 1832, y murió en un viaje de Colón á Nueva York el 9 de Febrero de 1867.

LA PARTIDA

(TRADUCCIÓN DE BYRON)

¡Todo acabó! La vela temblorosa
Se despliega á la brisa de la mar,
Y yo dejo esta playa cariñosa
En donde queda la mujer hermosa,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

Si pudiera ser hoy lo que antes era
Y mi abatida frente reclinar
En aquel seno que por mí latiera,
Quizá no abandonara esta ribera
Y á la sola mujer que pude amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
Que fueron mi contento y mi pesar:
Hoy los amo á pesar de sus enojos;
Pero abandono á Albión, tierra de abrojos,
Y á la sola mujer que pude amar.

Y rompiendo las olas de los mares
Á tierra extraña patria iré á buscar;
Mas no hallaré consuelo á mis pesares
Y pensaré desde extranjeros lares
En la sola mujer que pude amar.

Como una viuda tórtola doliente
Mi corazón abandonado está;
Porque en medio la turba indiferente
Jamás encuentro la mirada ardiente
De la sola mujer que pude amar.

El ser más infeliz halla consuelo
En brazos del amor ó la amistad;
Pero yo, solo en extranjero suelo,
Remedio no hallaré para mi duelo
Lejos de la mujer que pude amar.

Mujeres más hermosas he encontrado,
Mas no han hecho mi seno palpitar;
Que el corazón ya estaba consagrado
Á la fe de otro objeto idolatrado,
Á la sola mujer que pude amar.

¡Adiós, en fin! Oculto en mi retiro,
En el ausente nadie pensará,

Y ni un solo recuerdo, ni un suspiro
Me dará la mujer por quien deliro,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

Comparando el pasado y el presente
El corazón se rompe de pesar;
Pero yo sufro con serena frente,
Y mi pecho palpita eternamente
Por la sola mujer que pude amar.

Su nombre es un secreto de mi vida
Que el mundo para siempre ignorará,
Y la causa fatal de mi partida
La sabrá sólo la mujer querida,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

¡Adiós! quisiera verla... mas me acuerdo
Que todo para siempre va á acabar....
La patria y el amor, todo lo pierdo....
Pero llevo el dulcísimo recuerdo
De la sola mujer que puedo amar.

JULIO FLÓREZ

Julio Flórez, aunque de una familia de poetas, era poco conocido como tal hasta el año de 1893, en que publicó con el título de *Horas*, algunas composiciones que en nuestro concepto son muy bellas. De ellas tomamos *Ocaso y Noche* é *Idilio eterno*.

OCASO Y NOCHE

Sangriento el sol corona la alta cumbre,
Y mustio, al despedirse de la tierra,
Se amortaja con sábanas de lumbre
Y expira como un dios tras de la sierra.

La tarde entorna los cansados ojos,
Y al sucumbir, doliente y abrasada,
Cual sobre inmensos almohadones rojos,
La cabeza reclina destrenzada.

Y entonces Dios, enamorado de ella
Desde su trono azul lleno de galas,
Al verla triste, moribunda y bella,
Poco á poco la cubre con sus alas.

Y del silencio ante el solemne halago,
La alba luna, esa anémica sublime,
Que finge amor al soñoliento lago,
Llega y un beso á la expirante imprime.

Óyense preces en ignotas aras;
Y al fin, envuelta en sus obscuros velos,
La inmensa negra de pupilas claras
Penetra en el alcázar de los cielos.

Llena al punto el espacio de crespones,
Hace vibrar el arpa del mutismo,
Y comienza á llorar exhalaciones
Como gotas de fuego en el abismo.

La flor cierra los labios; calla el mundo;
En luz se rompe en lo infinito el astro;
Y del negro horizonte en lo profundo,
Sube la niebla en olas de alabastro.

Surge Morfeo, el dios ebrio de opio
Que al pardo buho del osario alegra,
Y el astrónomo apunta el telescopio
Á las pupilas de la inmensa negra.

En tanto, del vacío en la negrura,
Como lagos de pétalos de rosas
Frescas y blancas, en la eterna altura
Se ven palidecer las nebulosas.

Transpira el bosque aromas embriagantes,
Y aduerme los monótonos rüidos
De sus hojas, temiendo por instantes
Que despierten las aves en sus nidos.

Perteneciente a.